Sophie Saint Rose

Serie Montana



Tenemos toda una vida

Tenemos toda una vida

Sophie Saint Rose

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14

Capítulo 1

Alice salió del supermercado cargada de bolsas de papel. Mierda, tenía que haber cogido un carrito. Tuvo que dejarlas en el suelo para abrir la caja de la camioneta. Al coger la última bolsa, distraída miró a la entrada del supermercado y se detuvo en seco porque Colin estaba entrando en el establecimiento con su familia. Había ido de visita al pueblo para pasar unos días con su padre. En los últimos años solía hacerlo un par de veces al año, pues vivía en Nueva York, pero era evidente por cómo iba cargado su coche que ya se iban. Se les quedó mirando. Ya tenía un bebé y por su tamaño debía tener al menos diez meses. Se alegró mucho por él, pero ver su rostro le hizo recordar a Harmon y se le retorció el corazón. Cerró la puerta reprimiendo el dolor y después de sentarse tras el volante lo apretó con fuerza. Respiró hondo y cerró los ojos intentando reprimir esos pensamientos. —Ya no está y tienes que aceptarlo. El dolor cesará. Algún día cesará.

Arrancó el motor y salió del aparcamiento entrando en el pueblo. Pasó el enorme cartel que anunciaba que era muy bienvenido a GoldRiver, el mejor pueblo para pescar en Montana. Pasó por la calle mayor, entre las bonitas casas pintadas en blanco. Al detenerse en un semáforo, saludó con la mano a Molly Richmond, una amiga del colegio, que sonrió acercándose a su ventanilla.

La bajó y Molly preguntó —Vendrás a la fiesta, ¿no? No me dejarás tirada como siempre.

—Claro que iré. Mañana por la noche, a las seis. No se me ha olvidado.

—Bien. Habrá sangría, es una bebida que me sale que te mueres. Y para ti, además hay un nuevo vecino muy mono que quiero que conozcas.

—El semáforo está en verde, Molly.

—Sí, ya me callo. —Le guiñó un ojo antes de alejarse. —¡Trae vino tinto! ¡Que no falte el tintorro!

Rio por lo bajo. —¡Hecho!

Aceleró saliendo del pueblo y a dos kilómetros se desvió a la derecha para entrar en la que todos conocían como la granja Morton. Frenó ante la que hace cien años era la casa más importante del contorno. Pero varias crisis habían hecho que los Morton se la vendieran a su tío, que en aquel momento tenía bastante dinero por la herencia de su padre. Cómo habían cambiado las cosas, ahora les costaba pagar los impuestos y si todo seguía así, puede que tuvieran que venderla también.

Se bajó y cerró la puerta para ir a la parte de atrás de la camioneta. Su tía abrió la mosquitera y salió con el niño en brazos. Sonrió a la única alegría que tenía en la vida. —Hola, cielo.

Su hijo de tres años extendió los brazos. —¡Mami!

Subió los escalones y le cogió para besarle toda la cara. —¿Lo has pasado bien en el cumple?

—Le han regalado muchas golosinas y menos mal que llegué a tiempo de evitar que se las comiera todas.

—Tía, ibas a vigilarle.

—Niña, yo también quería tarta. Sí, ahora estará como una moto y no cenará, pero no hay cumpleaños todos los días.

Miró los ojos azules de su hijo, igualitos a los suyos. —¿Qué te dijo mamá antes de irte?

—Solo un pedazo de tarta —dijo como si fuera muy cansina antes de mirarla con picardía—. Mami, yo no quería, pero estaban ahí. —Abrió sus manitas como si él no tuviera la culpa de nada y Alice tuvo que reprimir la risa.

—Ah, pues si estaban ahí, qué le vamos a hacer. Con tanto azúcar estarás más dulce.

—No.

—Sí, claro que sí.

—No, mami.

—Voy a comprobarlo. —Le empezó a besar el cuello haciéndole cosquillas por lo que le hizo reír.

—Basta, basta.

—No demasiado dulce. Estás perfecto.

—¿Ves, mami? No ha pasado nada.

Le dejó en el suelo y acarició sus rizos rubios. No podía negar que era su hijo, eso estaba claro. Bajó los escalones del porche y el niño gritó —¡Dibus!

Entró en casa antes de que pudiera negarse. Bueno, al menos al día siguiente era sábado. Esperaba que cuando le echara en la cama estuviera tan agotado que durmiera doce horas, que eran las que ella necesitaba para recuperarse de la mierda de semana que había tenido.

Su tía la observó mientras sacaba las bolsas. —¿Cómo ha ido? ¿Te han dado el aumento?

—Mucho mejor, me han despedido.

Shelly dejó caer la mandíbula del asombro. —Pero si hace un mes te dijo que eras la mejor vendedora de la tienda.

—Pues al parecer ya no lo soy. —Pasó ante ella con las bolsas y entró en la casa. Estiró el cuello para cerciorarse de que el niño estaba ante el televisor y fue hasta la cocina. Dejó las bolsas sobre la vieja encimera de linóleo y empezó a meter las cosas en la nevera. —Y todo por cien pavos de mierda —siseó.

—Será cabrona. Se va a enterar, pienso contárselo a todas las del club de lectura para que no le vuelvan a comprar un vestido nunca más.

—Gracias, tía, pero eso no nos soluciona la papeleta. Tengo que encontrar otro trabajo cuanto antes.

Empezó a asustarla todo aquello, con la pensión de su tía no tenían suficiente para los gastos de la casa. Apoyó las manos en la encimera y respiró hondo. Shelly preocupada se acercó de inmediato y acarició su espalda. —Todo irá bien.

—Desde que murió Harmon nada va bien —dijo intentando retener las lágrimas.

—Es una mala racha.

Rio sin ganas. —Una mala racha de casi cuatro años.

—No todo ha sido malo.

No, su pequeño merecía todos los sufrimientos del mundo. Asintió antes de respirar hondo de nuevo.

—¿Ya ha pasado?

—Sí, gracias.

—Encontrarás otro trabajo. Siempre salimos adelante. Prepararé la cena.

—Gracias, tía. —La abrazó. —Por todo.

—Eres mi niña, haría lo que fuera por ti y lo haré siempre.

Emocionada asintió. —Pediré trabajo en la residencia de ancianos, me han dicho que buscan gente.

—No soportas los hospitales.

—Tendré que superarlo. Quedan tres meses para las navidades, no puedo permitirme usar los ahorros.

Shelly apretó los labios y abrió la nevera. —¿Espaguetis con albóndigas?

Gimió de gusto. —Por favor.

Su tía rio. —Siempre sé cómo animarte.

—Te quiero.

—Y yo a ti, niña.

—Voy a ducharme.

La escuchó subir las escaleras y cómo entraba en la habitación. Fue a echarle un ojo al niño que jugaba con un tren ante el televisor. Un halo de luz iluminó la mejilla del pequeño y miró hacia la chimenea para ver que un rayo de sol que entraba por la ventana se reflejaba en la medalla de Harmon. Había sido entregada a su viuda a título póstumo. Se acercó para mirar su foto vestido con el uniforme de gala y sintió un nudo en la garganta. Qué guapo estaba. No le extrañaba que Alice no lo superara. Siempre había pensado que era el chico más guapo del condado, con su cabello moreno y aquellos increíbles ojos verdes. A su niña le estaba costando superarlo, era el amor de su vida. Habían empezado a salir cuando él llegó de un permiso del ejército, aunque ella había estado enamorada de su vecino media vida. Pero en ese permiso se fijó en ella en el baile de Navidad y se pasaron bailando toda la noche. Dios, recordaba esa noche como si hubiera ocurrido ayer mismo. Alice nunca fue tan feliz y esa felicidad duró los seis meses de noviazgo hasta la boda. No hubo viaje de novios, su marido tenía que irse de maniobras, así que le dijo que cuando regresara se la llevaría a la base con él, que no era el momento de mudarse ya que no estaría a su lado. Alice lo aceptó, por supuesto, aunque no le había dicho nada sabía que la asustaba un poco irse de Montana y como él no iba a estar, prefería esperarle. Acarició la foto de Harmon. Dos meses después en los que no habían tenido noticias suyas, lo que fue un auténtico infierno para Alice, dos hombres de uniforme se presentaron en la puerta para darle la peor noticia que cualquier esposa de un soldado pudiera recibir. Apretó los labios porque ese día había empezado el calvario de su sobrina y al parecer no había terminado.

Dejó que el agua cayera por su espalda mientras intentaba reprimir las lágrimas. Esa zorra, llevaba un año en la tienda y si tenía clientela era gracias a ella. Y cuando le pedía un aumento, la echaba. Es que era para prenderle fuego a su mierda de tienda. Pero ya se lo cobraría, esto no pensaba olvidarlo. Levantó la cara para

dejar que el agua cayera sobre su rostro. Necesitaba dinero o perderían la finca tarde o temprano. Un grito en el piso de abajo la sobresaltó y a toda prisa salió de la ducha, resbalándose en la baldosa del baño y golpeándose en la cadera, pero ni se dio cuenta cogiendo la toalla para salir corriendo.

—¿Tía? —Bajó la escalera como una exhalación y al llegar a la cocina allí estaba con el niño en brazos. —¿Qué? ¿Qué pasa? —Cogió al niño y le revisó de arriba abajo en menos de tres segundos. —¿Qué pasa?

Shelly señaló la televisión y sin comprender nada miró la imagen. Una periodista estaba ante un campo de trigo. —Así que ya ves, Matt, esta masiva intoxicación va a cambiar mucho las cosas de ahora en adelante. De momento se ha prohibido cualquier producto perecedero que no sea nacional y que se críe o plante según las normas sanitarias americanas. A partir de ahora nuestros agricultores tendrán preferencia de venta, lo que impulsará el sector primario y secundario del país. Así que ya ven, amigos, si tienen, aunque sea un pequeño campo, árenlo porque le sacarán beneficio.

Asombrada miró a su tía. —¿Intoxicación? ¿Qué intoxicación?

—No lo sé. Algo de unos cereales en mal estado, que ya han matado a más de doscientas personas.

Frenética cambió de canal, pero no salía nada.

—¿Te das cuenta de lo que significa eso?

—Tía, espera a que me entere, tiene que haber un error. —Siguió cambiando de canal, pero perdió la paciencia, así que tiró el mando sobre la encimera antes de correr hacia su viejo portátil que estaba en el salón. Dejó al niño ante la tele y lo abrió a toda prisa. —Seguro que nos estamos haciendo ilusiones para nada.

—Dios mío, que sea cierto, que sea cierto…

Miró el canal de noticias estatal y había un montón de titulares sobre la intoxicación. Ya iban trescientos muertos en el estado de Nueva York. —Dios mío…

—Es horrible. ¿Está mal que me alegre de las consecuencias que va a traer esto? —preguntó mientras ella no dejaba de leer—. Si ya lo decía tu tío, los pesticidas que usan en el extranjero son mil veces peores de los que usamos nosotros y siempre apostaba por los productos más orgánicos. Menos mal que te enseñó bien y tú seguiste sus consejos. ¿Recuerdas aquel que vino a venderte aquella mierda? Afortunadamente no le hiciste caso y no le compraste nada. Ese hombre no me gustaba, estoy segura de que vendía ese producto malo que está matando gente y…

—Tía…

—¿Qué?

Alice levantó la vista hacia la ventana, hacia sus campos sembrados y a punto de ser recogidos. —Es cierto. Van a quemar todo lo que haya sido rociado con ese pesticida.

—Eso aumentará el precio de nuestra cosecha, ¿verdad? Nos pagarán un precio justo por el trigo.

—Si van a quemar cosechas, nos pagarán el doble o el triple porque habrá escasez.

Se miraron y empezaron a chillar de la alegría abrazándose locas de contentas. —¡Al fin se acabaron las calamidades! —gritó su tía.

Emocionada asintió.

—¿No te lo dije, mi niña? Cuando se cierra una puerta siempre se abre una ventana. Tenemos sesenta hectáreas del mejor trigo del país. Tendremos dinero para mantenernos tres años por lo menos.

Su tía se apartó y acarició sus mejillas. —Tenías razón, niña. Todo tu esfuerzo por cultivar los campos ahora tendrá su recompensa.

Sonrió. —Podremos tener unas buenas navidades. Santa Claus le traerá al niño ese juego tan caro que quería.

—Sí, mi niña. Habrá regalos para todos. Y para celebrarlo iré a comprar helado para la cena de esta noche…

—Déjalo tía, no hace falta.

—¡Helado, helado! —gritó su hijo loco de contento.

—Será un momento. Volveré antes de que te des cuenta.

A pesar de que el niño ya iba de azúcar hasta arriba, un día era un día y que pudieran salir de apuros económicos era para celebrar. —Está bien.

—Qué alegría para todos los agricultores de la zona. Qué alegría. —Cogió las llaves del cuenco. —De chocolate, menta y fresa.

—¡Sí, sí! —gritó el niño ilusionado antes de que su madre le cogiera en brazos.

—Y traeré unos zumitos de esos que te gustan.

Salió de la casa y divertida miró a su pequeño. —Te tiene muy consentido, ¿sabes?

Soltó una risita y mirándola con picardía dijo —Sí, pero me quiere mucho.

Le besó en la mejilla haciéndole reír. —Sí que te quiere mucho.

Comiendo helado sentadas en el sofá, veían en el portátil todas las noticias que estuvieran relacionadas con la intoxicación y empezaron a preocuparse porque la cantidad de enfermos estaba elevándose a otros estados.

—Nosotras no tenemos de esos cereales, ¿no? —preguntó asustada.

—No, cielo. Ya sabes que no me gusta que el niño coma de esos productos manufacturados. Todo lo que hago, lo hago con nuestra propia harina.

Asintió. —¿Y no le has dado al niño ningún bollo o…? —Se miraron con los ojos como platos. —El cumpleaños.

—Cielo, tranquila. —Su tía se levantó a toda prisa y cogió su viejo móvil que estaba sobre la mesa del salón. Llamaré ahora

mismo a los Sherman. —Se puso el teléfono al oído. —¿Teresa? ¿Hiciste tú la tarta de esta tarde? —Suspiró del alivio llevándose la mano al pecho. —De la harina que te regalé. Menos mal… Sí, estamos viéndolo. Es una tragedia. Estábamos preocupadas por el niño y… ¿Las bolsas de ganchitos llevan cereales? No, mi niño no comió ninguna de esas bolsas, no le gustan. —Frunció el ceño tensándola. —¿Qué? ¿Cuántos? —La miró asustada. —Han enfermado ya doce personas.

—Dios mío…

—Dicen que hay más productos afectados. Cientos de productos.

A toda prisa se levantó y fue hasta la despensa. Empezó a buscar en las estanterías mirando los ingredientes, qué llevaban, y empezó a tirar cualquier cosa relacionada con los cereales. Pasta, tortitas de maíz, salsas, galletas…. Todo fue a parar al cubo. No pensaba arriesgarse. Se pasó la mano por la nuca y empezó a abrir los armarios buscando entre los botes de conservas. La cantidad de cosas en las que se malgastaba el dinero.

Su tía entró en la cocina y jadeó al ver lo que hacía. —Ni hablar.

—¿Quieres arriesgarte?

—¡Hay cosas que se compraron antes de todo esto!

—Y como no sabemos cuándo empezaron los problemas se van al cubo.

—¿No es evidente? ¡Empezaron a fallecer ayer! Tiene que ser algo reciente. No pierdas la cabeza, niña.

—No pienso arriesgarme —dijo revisando una etiqueta antes de tirar el chocolate al cubo.

—¿Estás loca? ¡Eso cuesta seis pavos! —Cogió el cubo de la basura y empezó a revisar las cosas.

—Tía…

—Esperaremos antes de tirar nada. Darán con todos los productos implicados y mientras tanto cocinaré de manera natural.

Tenemos el huerto lleno, ganado, trigo y maíz, pero esto no lo tiro hasta que confirmen las marcas.

—Está bien, pero no lo uses, por favor.

—Ni se me ocurriría. —Le enseñó un bote de salsa. —¿De veras? Está a la mitad y no te has muerto.

—Me he dejado llevar por el pánico, ¿vale?

—Piensa, seguro que son esas marcas de cereales que anuncian en la televisión.

—Pobres niños.

—Sí.

—El lunes no irá a la guardería. No irá hasta que no se sepa lo que está pasando.

—Estoy de acuerdo, niña. Con nosotras estará mejor que en ningún sitio.

El martes de la semana siguiente, ya era de noche cuando dejó su caballo en el establo y fue hacia la casa. Suspiró porque el niño ya estaría dormido. Subió los escalones del porche y agotada se sentó en la silla de mimbre para quitarse las botas. Las dejó a un lado y apretó los labios mirando sus campos. Su tía se acercó. —¿Un día duro?

—¿Qué han dicho en la televisión?

—Han impuesto el toque de queda.

—Estoy empezando a asustarme.

—Y yo. La gente ha dejado de comprar productos por miedo y cientos de personas de las fábricas han sido despedidas. Esto apunta a algo tan grave como la gran depresión. —Se sentó a su lado y suspiró. —Yo no la viví, claro, pero mi abuela sí y dijo que había sido horrible. Ni tenían qué llevarse a la boca. —Se quedaron las dos en silencio. —Intentarán quitarnos el grano.

Asustada la miró. —¿Qué estás diciendo?

—He sacado las armas del abuelo. Debemos aprender a disparar, esto se convertirá en la ley del más fuerte.

—Tía, exageras.

—No, no lo creo. Ahora somos unas privilegiadas, no nos falta la comida y muchos intentarán arrebatarnos lo que tenemos. —Cogió su mano. —Debemos recolectar cuanto antes y guardar el grano que vayamos a necesitar, pero el resto debemos venderlo para librarnos de él.

—¿Tan grave crees que es?

—Y creo que se va a poner peor, niña. Cuanto antes recojamos el grano más seguras estaremos.

—Aún le quedan un par de semanas.

—Si no lo recogemos nosotras nos lo robarán. En dos semanas no tendremos nada. Hoy he visto unas imágenes muy preocupantes de un granjero en Texas al que han tiroteado para robarle sus reses y venderlas en el mercado negro.

—¿Mercado negro?

—¿Crees que los ricos no pagarán lo que sea por seguir comiendo como hasta ahora? De algún lado tienen que sacar lo que necesitan.

Apretó los labios. —Muy bien. —Agarró las botas.

—¿Ahora?

—Cuanto antes mejor. Me has acojonado, literalmente. Sacaré la cosechadora y…

Un sonido la interrumpió y ambas miraron hacia el camino. Parecía el motor de un camión y se lo confirmaron las luces de los faros que se acercaban.

—Tía, trae la escopeta —dijo tensándose.

Shelly abrió la puerta y sacó las viejas escopetas de su abuelo dándole una. Con ella en la mano vieron como los faros se acercaban y ambas suspiraron del alivio al ver el cuatro por cuatro

del sheriff que frenó ante la casa. Robert salió del coche y dijo —¿Todo bien?

—Eso nos gustaría saber a nosotras, sheriff —dijo su tía.

—No voy a preguntar si tenéis permiso para esas armas, pero ¿sabéis usarlas? —preguntó divertido.

Shelly se encogió de hombros. —El que llegue no sabe si sé usarla o no.

El hombre que ya estaba a punto de jubilarse asintió.

—¿Una cerveza, sheriff?

—Te lo agradezco, Alice, pero solo estoy comprobando que todo está bien por la zona. ¿Habéis tenido algún problema? —Miró alrededor. —¿Os han robado algo?

Esa pregunta tensó a Alice. —¿Ha habido robos?

—Unos cuantos.

—¿Heridos?

—Han apuñalado a George Hamilton al intentar defender su gallinero.

—Dios mío…

—El país se está paralizando y debéis prepararos —dijo muy serio.

—¿Por qué el ayuntamiento no ha hecho una reunión para avisarnos?

—Porque el alcalde no quiere fomentar el pánico.

—¡Pero es que hay mucha gente desprevenida!

—He hecho lo que he podido. El alcalde me ha dicho que bastante alarmados están todos ya con las noticias que hay en los medios, pero yo creo que no se están dando cuenta del problema. Afortunadamente vosotras sí estáis prevenidas, pero…

—Nos encargaremos de la cosecha cuanto antes —dijo Alice muy seria.

Robert asintió. —Perfecto. Cuanto antes os lo quitéis de encima mucho mejor. —Regresó a su coche y abrió la puerta. —Y lo que os quedéis, conservarlo en un lugar seguro. Lo necesitaréis.

—Gracias, sheriff —dijo aún más asustada que antes, aunque intentaba disimularlo.

En silencio vieron cómo se alejaba el coche y cuando desapareció por el camino Alice bajó los escalones llevándose la escopeta consigo. —Tía cierra la puerta con llave.

—Sí, niña. Ten cuidado.

—Lo tendré.

Capítulo 2

Al día siguiente detuvo su camioneta en la gasolinera y saludó con la cabeza a la señora Gómez que se iba en ese momento. Esta se despidió con la mano mientras Bert salía del taller fumándose un cigarrillo. La observó mientras abría las garrafas de la gasolina. —Niña, ¿vas a cosechar?

—Lo prepararé todo para la semana que viene. Tengo miedo de que luego falte la gasolina, ya sabes.

—Sí, muchos ya han hecho acopio de ella. —Se acercó y cogió uno de los surtidores mientras ella agarraba el otro. —¿Y a cuánto vas a vender el grano?

—Ni idea —dijo como si le diera igual—. Ahora lo único que me preocupa es que mi hijo no enferme. —Metió la boquilla del surtidor en el envase y apretó la manilla. —¿Hay muchos enfermos más?

—No, no muchos. La gente ha dejado de comer lo que se vendía en los supermercados. —Se acercó a ella y metió su surtidor en otro bidón. —Niña, te aconsejo una cosa, no te dejes ver mucho por el pueblo —susurró.

—¿Por qué?

—Se oyen cosas raras como que todos los agricultores de la zona deberían dar su grano al pueblo y cosas así.

Se tensó. —¿Acaso ellos me dieron algo cuando estaba embarazada y sin trabajo?

—Cuídate. En situaciones así siempre hay mucho listo suelto.

—Ya veo.

—Larry Smith no habló de tus campos, pero sí de los de tu suegro.

Enderezó la espalda. —A ver quién es el guapo que se atreve con Isaías Ballingham.

El hombre sonrió. —Tengo entendido que sigue teniendo muy buena puntería.

—¿Crees que le atacarán?

—Salió en la conversación con Larry porque al parecer ayer por la tarde ya le dieron un susto. Sorprendió a unos golfos cuando intentaron robarle algo del granero, no sé lo que era. Y al parecer dio a uno de ellos porque había rastro de sangre. ¿Cuánto crees que tardarán en ir a tu casa, muchacha? Dos mujeres solas con un niño y tanta comida…

—Gracias por el aviso.

—Yo que tú hablaría con tu suegro. Vuestras tierras están unidas por el norte y podríais hacer un frente unido.

Teniendo en cuenta que no se hablaban desde hacía tres años y medio un entendimiento sería imposible. —Gracias —dijo cerrando el bidón.

—Niña no seas terca, no sé a ciencia cierta lo que ocurrió entre vosotros, aunque he oído rumores y lo demás me lo imagino porque no ha mirado ni una sola vez a su nieto.

—No te hagas el tonto conmigo, por favor —dijo con burla—. Todo el mundo sabe que no cree que sea nieto suyo.

—Quién te conoce sabe que eso es mentira.

—Al parecer él no me conoce. Mi hijo es un Ballingham, aunque él me amenazara con quitármelo todo si se me ocurría ponerle su apellido. ¿En serio crees que hará algo para protegernos? No, estaría encantado de que me pegaran un tiro.

—Sé que tiene mal carácter, pero…

—Ya está lleno, gracias.

—Pero niña…

—Desafortunadamente hace tiempo que dejé de ser una niña. —Metió la mano en el bolsillo trasero del pantalón. —¿Cuánto te debo?

Él apretó los labios antes de mirar los surtidores. —Cien dólares.

Le tendió un billete de cien. —Aquí tienes. Y gracias.

—Hazme caso —dijo cogiendo su dinero—. Os necesitáis.

—Él no necesita a nadie. —Se metió en la camioneta y la arrancó. —Pero gracias por los consejos.

Aunque en un primer momento pensaba ir a la tienda, decidió hacerle caso y dar la vuelta hacia su casa. Como le había dicho, cuanto menos se acordaran de ella mejor.

Al pasar por el camino que llevaba a su granja, vio humo al otro lado de la colina y detuvo su camioneta derrapando sobre el camino de tierra. —Joder…

Dio la vuelta tan rápido como podía y enfiló la carretera a toda velocidad hasta las tierras de los Ballingham. Al ver el humo negro que salía de la casa apretó el acelerador y abrió la guantera para coger la pistola colocándosela sobre los muslos. Vio a dos hombres tras una camioneta disparando hacia la vivienda y Alice gritó sin detenerse. La carrocería de su camioneta chirrió contra la suya mientras se los llevaba por delante. Gritó de miedo e intentando dominar el vehículo, frenó en seco. Apretó el volante con la respiración agitada cuando un disparo impactó en la ventanilla haciéndola chillar del susto. Se bajó a toda prisa con la pistola en la mano. Se refugió tras su camioneta mirando hacia el porche y buscó a su suegro. Isaías Ballingham salió de la casa con una ametralladora en la mano y disparó tras ella a los árboles. Ese cerdo se escondía allí. Sin saber de dónde sacaba el valor, agachada fue hasta el final de la camioneta y sacó la cabeza un poco para poder ver algo. Un disparo casi le arranca la oreja, pero consiguió

esconderse a tiempo. Isaías detrás de una de las columnas de madera del porche disparó dos veces. Alice vio como un tiro impactaba en la columna. Entonces ella disparó hacia el bosque y le vio justo antes de apretar el gatillo. Ni supo cómo consiguió darle en la mejilla haciendo que cayera hacia atrás. Steven Prescott. Dios mío…

—¡No hay más! —gritó Isaías antes de salir de su escondite.

—¿Seguro?

—Sí.

Se incorporó sin creérselo del todo y se volvió hacia su suegro que muy serio dijo —Buen tiro. ¿Pistola nueva?

Que le hablara ya era un avance porque no lo había hecho en años. —Tuve que ir hasta la ciudad a comprarla. Me arreglo mejor con ella que con la escopeta del abuelo.

—Ha sido una buena compra. Espero que tengas munición, la vas a usar.

Miró el humo negro. —¿Qué ha pasado?

—Querían robarme los caballos. Tranquila, eso es por una bomba de humo que había colocado para asustarles. Estaba tras la puerta y se la han comido de pleno.

Asintió. —¿Entonces todo bien?

—Vuelve a casa, pequeña, allí te necesitarán. —Él bajó los escalones del porche y Alice le observó mientras se alejaba para rodear la casa.

—¡Isaías!

Él se detuvo sin volverse. Sería terco. —Si necesitas algo ya sabes dónde encontrarme.

Sin contestar se alejó y Alice puso los ojos en blanco. —Viejo chiflado —dijo entre dientes antes de subirse a la camioneta. Lentamente rodeó el coche del hermano de Steven y vio el cuerpo de Paul tendido sobre la hierba. Había ido con él al instituto, aquello era una puñetera locura. Aceleró preocupada por su familia. Y

cuando enfiló el camino hacia su casa apretó los labios intentando reprimir las lágrimas. —Vamos, vamos, ahora no puedes flaquear.

Frenó ante la casa y su tía salió al porche con el niño en brazos. Se notaba que estaba asustada. —¿Qué es ese humo?

—Nada, no te preocupes. —Se bajó de la camioneta con el arma en la mano. —Entra en la casa y no salgas.

—Pero…

—Tía, entra en la casa —dijo muy seria—. Tengo que recoger la cosecha y cuanto antes. Atranca las puertas y cierra las contraventanas. Que no te vean desde fuera.

Asintió antes de entrar intentando no asustar más al niño con más preguntas. Alice llevó la camioneta hasta la cosechadora y bajó a toda prisa para abrir la puerta de atrás. Agarró uno de los bidones mirando a su alrededor. Era evidente que, hasta que se solucionara todo debía tener cien ojos.

Uno de los focos de la cosechadora empezó a parpadear y juró por lo bajo. —No, no… No me falles ahora, te necesito. —Siguió la línea de sembrado y cuando llegó al final cruzó el camino para continuar con el siguiente campo. Llevaba dos noches y todavía le quedaba la mitad del trabajo.

Al llegar al límite de las tierras de Isaías, detuvo la cosechadora lentamente porque otra cosechadora estaba trabajando en el campo de enfrente. Sonrió. El viejo también estaba recogiendo. Decidió bajar y cogió una botella de agua. Se acercó a la valla blanca a esperarle y se subió a ella. Estaba bebiendo cuando se acercó lo suficiente como para ver el reflejo de la luna delantera pero los focos que la iluminaban le impedían verle la cara. La cosechadora una mucho mejor que la suya y más moderna se detuvo ante ella. Alice sonrió. —¿Quieres un poco de agua?

La puerta no se abrió y Alice miró el cristal que solo le mostraba una silueta. —¿Isaías? Vamos, ¿ya no me hablas otra vez?

—preguntó disimulando que estaba dolida.

Qué raro, no llevaba gorra. Desde que había conocido a Isaías y era de casi toda la vida, siempre le había visto con gorra. Pero eso no era lo único raro, desde allí parecía que no llevaba barba. Se tensó y dejó caer la botella de agua antes de sacar a toda prisa su pistola de la cinturilla a su espalda y apuntar al cristal. —¡Quién eres! —gritó para que la oyera a pesar del ruido del motor—. ¡Qué le has hecho a Isaías!

El motor de la cosechadora rugió como si amenazara con llevársela por delante y Alice perdió todo el color de la cara. —¡Sal con las manos en alto!

De repente la cosechadora empezó a caminar hacia atrás a toda velocidad y ella juró dejando caer el brazo. Mosqueada porque estaba convencida de que no era Isaías, sacó el móvil del bolsillo trasero del pantalón y marcó el número del sheriff.

—Dime —dijo con voz de sueño.

—Siento haberte despertado, pero creo que a Isaías le ha pasado algo. Está recogiendo la cosecha…

—Sí, se lo aconsejé como te lo aconsejé a ti.

—No era su silueta. Otro hombre llevaba la cosechadora.

—Oh, es su hijo que ha vuelto de Nueva York. Las circunstancias le han hecho regresar.

Esa tarde Colin no estaba allí cuando estaban atacando a su padre. —¿Estás seguro, sheriff? Le atacaron y estaba solo cuando…

—Sí, lo sé. Pero cuando estábamos levantando los cadáveres, llegó Colin con su familia.

Suspiró del alivio. —Me alegro de que no esté solo.

—Y yo. ¿Te queda mucho?

—La mitad.

—Las cosas se están poniendo feas, date prisa.

—Gracias por el consejo, sheriff, pero ya me doy toda la prisa que puedo.

—Cuando lo almacenes llámame, el camión que lo recoja necesitará escolta para salir del pueblo.

—Lo haré. —Colgó el teléfono y levantó la vista hasta la cosechadora que seguía haciendo su trabajo mucho más lejos de ella. Colin tampoco le hablaba desde hacía años, pero dadas las circunstancias y que había ayudado a su padre a salvar el pellejo, podría haberla saludado. —Deja de pensar tonterías y termina este trabajo o perderás algo mucho más importante que tus tierras.

Al amanecer estaba agotada y muerta de hambre. Aún le quedaban dos campos por hacer, los que lindaban con la carretera, pero los haría de noche para que no la viera nadie. Al ver la pantalla de la cosechadora se dio cuenta de que la tolva estaba llena y suspiró porque tendría que llevar el grano al silo. Era lo que menos le apetecía en ese momento, pero no debía quejarse, estaba impresionada por la buena cosecha que había tenido. La tolva de la cosechadora tenía una capacidad de diez mil litros de trigo y desde la noche anterior ya había descargado unas ochenta y cuatro veces. O eso creía porque había perdido la cuenta del agotamiento, pero haciendo cálculos creía que ya había cosechado más de novecientas toneladas. Una auténtica fortuna tal y como estaban las cosas. Aquello la asustó aún más en lugar de aliviarla, porque todavía no había acabado. La última vez que cargó en el silo, el acero del que estaba hecho crujió, algo que no había pasado nunca. Esperaba que aguantara pues era viejo y hacía años que no estaba tan lleno. Precisamente ese año se le tenía que meter a ella en la cabeza que tenía que arar todos los campos que poseía. Mira que tenía mala suerte.

Cuando llegó al silo posicionó la cosechadora en su lugar y agarró el mando que movía el tubo para la descarga. Lo colocó sobre la rejilla y fue hasta la cinta transportadora para ponerla en marcha. Corrió de nuevo a la cosechadora y se subió para pulsar el botón de vaciado. El trigo ya limpio empezó a caer sobre la rejilla y

de ahí la cinta empezó a subirlo hasta la boca superior del enorme silo de veinte metros de altura. Ahora solo le quedaba esperar. Tardaría unos quince minutos. Se sentó en la cabina de la cosechadora a esperar y apoyó la cabeza en el asiento cerrando los ojos. Cuando llegara a casa podría dormir un poco. Esperaba que todo fuera bien por allí. Claro que sí, pensó mientras el sueño empezaba a dominarla sin que se diera cuenta. Su tía la habría llamado si pasara algo…

Un pitido la sobresaltó y asustada miró el panel de la cosechadora para ver que estaba apagado. —¿Pero qué? — Comprobó la llave que estaba en posición de apagado y atontada por el sueño se preguntó cuándo lo había hecho. Recordó el grano y abrió la puerta a toda prisa preocupada por si el motor de la cinta se había quemado de estar encendida. Por la posición del sol era mediodía. Juró por lo bajo porque se había apagado, por lo que seguramente había destrozado el motor y ya no funcionaba. Frustrada fue al interruptor para ver que estaba apagado. Confundida dio al botón de encendido y la cinta empezó a andar. ¿La había apagado también? ¿Eso cómo podía ser si estaba dormida?

Preocupada miró a su alrededor llevando la mano a la espalda. Su mano agarró la culata de la pistola y se giró buscando a quien la había apagado. Y si alguien había ido hasta allí por qué no la había despertado. Miró hacia lo alto del silo y a toda prisa empezó a subir la escalera de metal que llevaba a la parte alta. Desde arriba del todo y con la respiración agitada comprobó que el silo estaba casi lleno. Frunció el ceño antes de mirar a su alrededor, a sus tierras. No había nada extraño. —No entiendo nada —dijo por lo bajo. Escuchó chirriar el silo y apretando los labios miró el grano—. Muy bien, hora de acabar, no puedo arriesgarme a que te vengas abajo, amigo. —Agarró la puerta de metal y la dejó caer sobre el agujero. Se sujetó a la escalera para empezar a bajar cuando la explosión la sobresaltó. Sin aliento miró en dirección al pueblo, pero no se veía nada raro. —Dios mío, ¿y ahora qué?

Bajó los escalones lo más aprisa que podía y saltó a tierra antes de correr hacia la cosechadora para regresar a casa. Aquello corría lo que corría e impaciente dijo —Vamos, vamos… Cuando llegó a casa, su tía salió al porche. Ella metió la cosechadora dentro del antiguo granero y saltó hasta el suelo.

—¿Qué ha sido eso?

—No lo sé, tía. Pero no va con nosotras, así que no nos meteremos —dijo pasando a su lado.

—¿Y si alguien necesita ayuda?

—En este momento todos necesitamos ayuda. —Empezó a empujar la puerta del granero para cerrarla.

—Pero niña…

—¿No te das cuenta en la situación en la que estamos? ¡La mitad intentan sobrevivir mientras los demás querrán robarles lo poco que tengan! No voy a arriesgar la vida cuando tengo un hijo que cuidar. Vamos, tengo que llamar al proveedor para que venga a recoger el grano cuanto antes.

—¿Ya has acabado?

—Me quedan dos campos, los de la carretera, pero el silo está a tope.

Su tía sonrió. —¿De veras?

—Bueno, casi, pero no quiero forzarlo más.

Cuando cerró, Shelly caminó a su lado. —¿Cuánto crees que nos pagarán? ¿Crees que este año podremos pintar la casa?

La miró como si hubiera perdido la cabeza y su tía se sonrojó. —¿Qué? Me gusta tenerla bonita.

No lo pudo evitar tuvo que sonreír. Ella preocupada por si les pegaban un tiro y su tía preocupada por pintar la casa, se tuvo que reír.

—Vale, lo he pillado.

Cuando pudo contenerse dijo —¿Y el niño?

—Viendo un cd de dibujos. No quiero que vea la tele, no dejan de hablar de esto.

Perdió la sonrisa de golpe. —¿Ha mejorado algo la situación?

—El ejército ha tomado las calles intentando controlarla. Sobre todo la venta de alimentos. El gobierno ha congelado los precios. Dicen que no habrá problemas de abastecimiento, pero vete tú a saber.

Suspiró subiendo los escalones del porche y se sentó a quitarse las botas. —¡Mamá!

Su hijo salió de la casa y se subió a sus muslos para darle un montón de besos. —Mi niño precioso. —Le besó y le miró a los ojos. —¿Te has portado bien?

—Sí. ¿Puedo comerme una chuche?

Hizo una mueca porque se las habían restringido hasta saber si eran seguras. —¿Qué te parece una galleta de esas tan ricas que hace la tía?

—Bah… Quiero una chuche…

Le besó en la sien. —Lo sé, cielo. Pero es por tu seguridad. —Miró a su tía. —¿Han dicho algo de las marcas?

—Fuera de las marcas de cereales que ya han dado, no. —Su tía sonrió. —Pero todavía queda helado de fresa.

—¡Sí! —gritó el niño saltando de su regazo para correr hacia la puerta.

—Gracias tía.

La besó en la coronilla. —Date una ducha.

Rio por lo bajo. —Lo haré. Te quiero.

—Y yo a ti, cielo.

Se recostó en la silla de mimbre y llegaron hasta ella el sonido de los pájaros. Parecía todo tan normal, tan normal como aquel día quince años antes. Se vio a sí misma con nueve años bajando de la caravana de sus padres. Estaba asustada, no conocía a esas

personas que le sonreían desde el porche. Su madre se agachó ante ella y forzó una sonrisa. —Aquí estarás muy bien, ya verás.

—¿No puedo ir con vosotros?

—Sabes que no, nenita —dijo su padre exasperado—. Ya lo hemos hablado mil veces. Vamos a recorrer el país y tú tienes que ir al colegio. Tu madre necesita hacer esto para su trabajo.

—¿Vas a sacar fotos?

—Sí, cielo. Volveremos en tres meses, pero te llamaremos todos los días, ¿vale? —La besó en la mejilla y se incorporó mirando a sus tíos. —Es muy buena, no os dará problemas.

—Estamos seguros, no te preocupes, Natalie.

—Gracias Jeff —dijo su padre encantado—. Nos salváis la vida.

Su tío forzó una sonrisa. —No es nada. —La miró a los ojos y fue amor a primera vista. Sonrió sinceramente. —Nos llevaremos muy bien, ya verás.

La tía bajó los escalones y le sonrió alargando la mano. —Te voy a enseñar tu habitación, es muy bonita, ¿sabes?

—¿Una habitación solo para mí? Nunca he tenido una, siempre he dormido en una caravana.

—Entonces te encantará. Hasta tiene baño dentro.

Abrió los ojos de la impresión. —¿De veras?

—Solo para ti.

Recordó como ya en el porche miró hacia atrás. Sus padres ya dentro de la caravana cerraban la puerta. Apretó los labios recordando las primeras llamadas, que eran cada quince días más o menos. Ella le contaba a su madre mil cosas sobre el colegio, sus nuevas amigas, pero Natalie siempre cortaba su conversación diciendo que tenía prisa y que debía colgar. Esas llamadas se fueron espaciando y ella cada vez tenía menos que contar porque se daba cuenta de que no le interesaba nada de lo que le decía. Pasaron los meses y no regresaron a buscarla. Una vez llegó del colegio y entró en casa. Dejó la mochila en el suelo y fue hasta la cocina. Escuchó

hablar a su tía. —No tienes vergüenza, Natalie. ¡Dijiste tres meses y ya han pasado seis! —Estiró el cuello para mirar a su tía, que se pasaba la mano por la frente mientras su tío sentado a la mesa de la cocina la miraba atentamente. —¡No puedes hacerle esto a tu hija! —Caminó dándole la espalda. —¿Que si me molesta? Claro que no —dijo indignada—. Es maravillosa y la queremos mucho. —Asombrada miró a su marido. —¿Que la adoptemos? Oh, Dios mío… ¿Has perdido la cabeza? ¿Es que acaso no quieres a tu propia hija? ¿Sabes lo que sufrirá con esto?

—Será zorra —dijo el tío levantándose—. Dame el teléfono.

La tía levantó una mano para detenerle. —Espera que…— Asombrada separó el teléfono del oído. —Me ha colgado. ¡Se ha atrevido a colgarme!

Esa fue la última llamada. No volvieron a tener noticias suyas y el abogado de sus tíos les aconsejó avisar a servicios sociales para empezar con los trámites de la adopción. Lo mejor que pudo pasarle. Sus ojos fueron a parar al árbol que había plantado con su tío un año antes de morir. Se emocionó al pensar en ese momento. Al llegar del instituto la ambulancia estaba en la casa y no la dejaron pasar. Escuchaba los llantos de su tía y gritó porque no la dejaban ir a su lado. Fue el sheriff quien se acercó a ella y se lo dijo. Ver salir la camilla con él metido en una bolsa, fue uno de los peores momentos de su vida. El otro fue… Cerró los ojos dejando salir las lágrimas mientras acariciaba la alianza en su dedo. Ni quería pensar en ello. Se levantó y entró en la casa. Tenía mil cosas que hacer.

Capítulo 3

Estaba cenando con ganas y con los carrillos llenos masticó mirando la pantalla de la televisión. Largas colas en los supermercados. Daba gracias a Dios porque a ellas no les faltaba de nada.

—¿Qué te han dicho los de Mosvit?

—Que vendrán por el grano mañana. Como les he metido prisa a las siete ya estarán aquí. Esta noche haré guardia. —Hizo una mueca porque esperaba no dormirse. Bebió de su vaso de agua y en cuanto pudo continuó —He llamado al sheriff para que escolte el camión hasta la salida del pueblo.

—Bien hecho. Pero, aunque lo asalten a ti te pagarán, ¿no?

—Claro, tía. En el momento en el que el grano esté en el camión, ya no es cosa mía.

—Estupendo. ¿Crees que habrá problemas esta noche?

—Te aseguro que estaré atenta. Aunque los campos que ya están recogidos no se ven desde la carretera, siempre hay mucho listo suelto. Yo por si acaso no le voy a quitar ojo al grano.

—Coge mi pistola, me arreglaré con la escopeta.

No le parecía mal tener otra arma cargada por si las moscas. —Bien. —Se metió el último bocado en la boca y masticando se levantó. —Me voy, ya llevo lejos del silo una hora —dijo con la boca llena.

Su tía se levantó y cogió un termo que ya tenía preparado con una bolsa. —Café y unos sándwiches, que la noche es larga.

Divertida dijo —¿Sabías que me iría?

—Te conozco muy bien. —La besó en la mejilla. —Ten cuidado.

—Tranquila, por lo visto disparo muy bien.

—Eso es que tienes instinto, como tu tío. Cuando cazaba no fallaba una.

Se detuvo y la miró pensativa. —Nunca pensé que matar a alguien no me afectaría.

Su tía se llevó la mano al pecho. —Es porque estaba justificado, niña. Intentaban matar a Isaías.

—Sí… Eso demuestra que en situaciones difíciles somos capaces de cualquier cosa.

Apretó los labios viendo cómo se alejaba y que cogía el arma de encima del aparador de la entrada antes de irse. Shelly apartó la cortina y la observó mientras se subía a la camioneta. Su valiente niña… Sabía que estaba aterrada, pero lo estaba dando todo por la familia. Eso le hizo recordar el día en que llegó a su casa y el terror en sus ojos por tener que quedarse a vivir con unos desconocidos. Apretó los labios recordando lo difícil que fue que confiara en ellos por todo el dolor que le habían causado sus padres. Y desgraciadamente el dolor no terminó con su abandono. Se llevó la mano al cuello pensando en qué hacer y fue hasta el teléfono. Tomando aire marcó y esperó a que contestaran. —He visto tu mensaje, ni se te ocurra venir por aquí —dijo fríamente—. No, escúchame tú, como aparezcas por mis tierras te pegaré un tiro entre ceja y ceja, ¿me has entendido? No dejaré que hagas daño a mi niña.

Para entretenerse puso algo de música en el móvil, la puso bajita porque no había que llamar la atención. Se arriesgaba a que se le acabara la batería, pero es que se aburría como una ostra y no quería dormirse, así que tarareaba mientras sentada en su camioneta miraba a su alrededor. Cogió el móvil del salpicadero y

gruñó porque aún eran las dos. —Joder, qué larga se va a hacer la noche. —Entonces le dio por pensar que alguien con el oído muy fino podía oír la música y sabría exactamente su posición. Apagó la radio a toda prisa. Ahora sí que estaba cagada, porque los ruidos de la noche nunca presagiaban nada bueno en las pelis de terror. —Deja de pensar tonterías, leche. Desde aquí no te ve nadie. —Había aparcado la camioneta lo bastante lejos del silo como para que pensaran que por allí no había nadie. Además, estaba tras unos setos, así que no se la veía, pero ella sí que podía ver desde su ventanilla el silo lo que le daría ventaja en caso de que intentaran robarle. Suspiró y esperó otra hora. Le estaba entrando el sueño y sin saber muy bien qué hacer cogió la bolsa de papel. Al abrirla le llegó el aroma de la carne asada. Gimió. —Tía, por tu culpa me voy a poner como una vaca. —Cogió uno de los sándwiches y abrió el papel de aluminio para empezar a comer con ganas. Estaba masticando y miró el silo. Frunció el ceño porque le pareció que en las sombras bajo el silo se había movido algo. Masticando más lentamente se enderezó en su asiento. Igual era un conejo o algo así. Dejó el sándwich a un lado y agarró la pistola que tenía sobre el regazo. —Son imaginaciones tuyas —susurró—. ¿Para qué iba a venir nadie hasta aquí sin un camión? ¿Cómo se van a llevar el grano? ¿En los bolsillos? —Entrecerró los ojos observando la zona, entonces vio la pierna bajo el silo y se sobresaltó. Llevaba un pantalón vaquero y una bota de cowboy. —¿Qué coño hace? —Donde estaba solo podía abrir la compuerta del grano para dejarlo caer. ¿Solo? Eso ya era bastante. Llevó la mano a la manilla para abrir la puerta cuando el tipo se adelantó un paso dejando ver que llevaba un fusil en las manos y lo cogía de una manera que le puso los pelos de punta porque ese tipo sabía lo que hacía. De hecho, su marido tenía una foto con un arma parecida que le habían hecho sus amigos en una de sus misiones. Separó los labios mirando la posición de sus dedos. Harmon le había dicho que ellos siempre tenían el dedo en el gatillo para no perder ni una décima de segundo en la acción. Ese hombre lo tenía igual.

A pesar de estar lejos, veía perfectamente sus piernas y parte de su torso por la luz de la luna. El tipo caminó bajo el silo hasta una de sus patas de acero y se detuvo. ¿Qué rayos estaba haciendo? ¿Pero eres tonta? Está vigilando hasta que lleguen sus amigotes a robarte la cosecha, pensó poniéndose frenética. Respiró hondo. Cálmate, Alice, se nota que el tipo sabe lo que hace, ni te muevas hasta que veas el camión. Ahí se distraerá y podrás actuar. Sí, lista, pero serán más para disparar y tú solo eres una. Observó al tipo al menos veinte minutos y no dejaba de dar vueltas de un lado a otro sin soltar el arma en ningún momento. Entrecerró los ojos. Madre mía, como esa situación durara mucho más se le iba a salir el corazón por la boca. Dejó la pistola sobre sus muslos e intentó calmarse apretando las manos porque hasta le temblaban. Qué tensión, ella no valía para eso. Entonces el tipo apartó una de las manos del cañón del arma para llevarla al bolsillo trasero del pantalón y sacar lo que parecía un móvil. Se le cortó el aliento cuando pulsó el botón y este se iluminó mostrando el contorno de su perfil. Alice separó los labios de la impresión mientras su corazón pegaba un brinco en su pecho. No, no podía ser. El tipo apagó el móvil y se lo volvió a meter en el bolsillo antes de seguir caminando de un lado a otro. Ella frenética a punto estuvo de salir de la camioneta, pero algo le dijo que ni se le ocurriera porque se jugaba la vida. —No puede ser, no puede ser —susurró una y otra vez sin dejar de mirarle. Si pudiera acercarse un poco más… Ansiosa miró sus antebrazos, pero no podía estar segura. No veía nada que pudiera confirmarle lo que acababa de ver. —Vamos, vamos… Entonces el tipo dio un paso atrás escondiéndose en las sombras. Pensando que todo eran imaginaciones suyas, estiró el cuello y fue cuando lo oyó. Un vehículo se acercaba y su motor era potente. Miró al frente y vio las luces entre las hojas de los matorrales. —Mierda. —Abrió la puerta de la camioneta con la pistola en la mano y se escondió tras los setos para ver que se acercaba un gran tráiler de la empresa Mosvit. —¿Qué rayos…? —No tenían que llegar hasta las siete de la mañana, ¿qué estaba pasando allí?

Aún agachada vio como el tráiler se acercaba al silo y un tipo salía de la cabina por el asiento del pasajero. Este cerró la puerta y gritó —¡Ponlo en posición! ¡Yo abriré la compuerta!

En ese momento llegó otro coche y se quedó de piedra al ver que era uno de los coches del departamento del sheriff. Este se detuvo al lado del silo. Cuando se abrió la puerta Alice no daba crédito. El sheriff sonrió al tipo y le dio la mano. —¿Todo listo?

—Listo. —Miró hacia el camión y silbó antes de indicarle con la mano que diera marcha atrás. El enorme tráiler lo hizo lentamente.

¡El sheriff le estaba robando! No se lo podía creer. Por eso le dijo que recogiera la cosecha. El tipo que indicaba le seguía haciendo gestos al conductor mientras daba pasos atrás. Llegó un momento que quedó oculto entre las sombras y que el camión le impedía ver el silo. Pero también les impedía a ellos verla, así que puso en punto muerto la camioneta y la dejó moverse unos metros mientras los tipos hablaban sin reparar en ella. A toda prisa se dispuso a salir levantando el arma. Rodeó la camioneta por atrás para ponerse al lado de la puerta del pasajero y que la cubriera el morro, entonces apoyó los brazos en el capó y gritó lo más fuerte que pudo —¡Alto!

El sheriff la miró llevándose la mano a la cartuchera.

—¡Ni se te ocurra, sheriff!

—¡Alice no es lo que piensas!

—¡Creo que es exactamente como pienso! —Miró al conductor y disparó a la luna delantera antes de gritar —¡Apaga el motor y tira las llaves fuera!

—Alice…

—¡Cállate! —gritó apuntando al sheriff—. ¡Me has tendido una trampa! Recoge la cosecha —dijo con burla—. ¡Es lo mejor para evitar problemas! —Miró al conductor. —¿No me has oído? —Volvió a disparar a la luna y el motor se apagó en el acto. —¡Las llaves! ¡Ya!

Las llaves cayeron ante el sheriff que apretó los labios. —No sabes dónde te estás metiendo.

—¡Eres tú el que se ha metido donde no debe! ¡En mis tierras! ¡Tira el arma a un lado! ¡Con la mano izquierda!

Preocupada por el que estaba atrás y por el del fusil, miró hacia el final del tráiler, pero no aparecían. —¡Los de atrás, salid! —Nada, que no salían. ¿Por qué ese tipo no intentaba dispararla? Aunque la cubría el coche podía intentarlo, pero nada. No le dio tiempo a pensar más en ello porque el sheriff tiró el arma al suelo. —¡Empújala con el pie!

Este apretó los labios y lo hizo. —No hagas tonterías. Nos hemos adelantado, eso es todo.

—Ya, claro. ¡Os habéis adelantado cuatro horas y a nadie se le ha ocurrido avisarme para la descarga! ¡Al suelo!

El sheriff sonrió. —¿Y qué vas a hacer, Alice? ¿Dispararme por un malentendido?

Era listo, el muy capullo.

—¿Crees que alguno de mis hombres te va a hacer caso? Te tomarán por una loca. —Sonrió aún más. —Y algo loca estás, ¿no es cierto? ¿No fuiste a aquel psiquiatra de la ciudad? Ibas medicada hasta las cejas, todo el mundo lo vio.

—Hijo de puta…

Él rio. —Hazte un favor y baja el arma. Si quieres te pagaré la mitad. Hazme caso porque al final nos llevaremos el grano.

—La mitad —dijo con desprecio.

—Antes de perder la vida… Es un buen trato. A mis amigos no les gustaría dejar cabos sueltos, pero yo te protegeré e incluso repartiré ganancias contigo.

No salía de su asombro por su descaro. —Qué generoso, sheriff. —Le disparó a la pierna y este chilló cayendo de rodillas. Sonrió de medio lado. —Al parecer sí que tengo buena puntería, ¿a que es genial? Así podré protegerme. ¿Sabes lo que se me acaba de ocurrir, sheriff? Que si os mato a los tres no tendré que dar

explicaciones. Yo no estaba aquí, estaba durmiendo. Tú encontraste a los ladrones y te enfrentaste a ellos. Yo tengo testigos de que dormí en mi casa, ¿sabes?

—Serás hija de puta… —dijo con rabia.

—¿Duele? —dijo fríamente. Miró al conductor y gritó —¿Estás sordo, imbécil? ¡Sal de ahí!

El tipo abrió la puerta y con las manos en alto bajó de un salto del camión cayendo al lado del sheriff.

Alice miró a Robert. —Ahora dime quiénes son esos dos y si Mosvit está metido en esto.

El conductor la apuntó y apenas pudo cubrirse cuando las balas impactaron contra la carrocería de la camioneta. —Mierda. —Pero de repente no se escuchó nada y frunció el ceño. —¡Sheriff! ¿Quiere un trato? —Nada, no se oía nada. Con la pistola agarrada con ambas manos estiró el cuello y como no hubo más disparos se incorporó un poco para ver algo que la dejó de piedra. Los cuerpos estaban tirados en el suelo y por la sangre que había en sus ropas le daba que no estaban vivos. Reteniendo el aliento miró hacia el final del tráiler. El del fusil la había protegido. Ese perfil… Pero no podía ser… —¿Harmon? —Con el corazón a mil rodeó la camioneta y corrió hacia el final del tráiler. —¿Harmon? —Pasó por encima del cuerpo del otro hombre y llegó al otro extremo del silo. —Harmon, ¿eres tú? —Angustiada miró a su alrededor mientras las lágrimas caían por su mejilla. —¡Harmon por favor, dime que eres tú! —gritó desesperada antes de caer de rodillas y balbucear—. Necesito que seas tú, por favor. Necesito que vuelvas. —No apareció nadie y ella sollozó dejando caer el arma para taparse el rostro. —Vuelve, por favor. Te lo suplico…

El auténtico camión de Mosvit apareció a la hora acordada, justo cuando estaban levantando el último cadáver que era el del camionero. Albert no podía disimular su asombro por lo que había hecho su jefe y no dejaba de decir que no se lo creía. Que les había

seguido y seguro que les había sorprendido, esa era la versión que no dejaba de repetir a pesar de que ella le aseguraba que estaba implicado en el asunto. Otro asunto era quién les había matado, porque era evidente que ella no tenía el arma que les había asesinado. Bueno, al sheriff y al camionero, porque al otro le había matado una hoja de cuchillo de cazador que le había entrado por la papada y había llegado al cerebro. Eso había dicho el doctor que al parecer de eso sabía, porque había hecho no sé qué curso forense de ese tema. Ella solo quería que se descargara el grano e irse a casa porque tenía los nervios destrozados, pero el ayudante del sheriff se empeñó en que tenía que ir a declarar a su oficina. Sería capullo. Así que allí estaba sentada en una silla a la espera de que le tomaran declaración. Albert se sentó frente a ella y unió sus manos entrecruzando sus dedos para mirarla fijamente. —Ahora explícame por qué disparaste al sheriff.

—Estaba en mi propiedad a punto de robar mi grano, ¿todavía no te ha quedado claro?

—¡Eso es imposible! ¡Ahora dime la verdad!

—¿La verdad desde tu punto de vista? ¿Qué pasa? ¿También estás metido en esto?

—¿Qué has dicho?

—¡Que si estás metido en esto! —gritó perdiendo los nervios.

La señaló con el dedo. —Más te vale que cierres la boca antes de que tengas problemas mucho más graves.

—¿Pero tú de qué vas? ¡Me han atacado en mi propiedad! ¡Tengo derecho a defenderme y me da igual que fuera tu jefe!

—¡Has disparado a un agente de la ley!

—¡He disparado a un ladrón!

—¿Quién les mató?

—No tengo ni idea, pero te aseguro que estoy deseando darle las gracias —dijo entre dientes.

—Muy bien, como no colaboras y eso también es un delito llamado obstrucción a la justicia, voy a detenerte.

No pudo disimular su asombro. —¿Me estás vacilando?

—Levántate.

—¡No puedes detenerme!

Se levantó y la agarró por el brazo para ponerla en pie. —Alice Ballingham, queda detenida. Tiene derecho a guardar silencio, cualquier cosa que diga puede ser utilizada en un tribunal. Tiene derecho a un abogado, si no tiene se le asignará uno de oficio… —Siguió recitando sus derechos mientras la empujaba sobre la mesa para coger sus muñecas y esposarla con las manos a la espalda.

—¡Serás capullo!

—Aumentaré los cargos por ofensa a la autoridad.

Le sacó el móvil del bolsillo trasero de su vaquero y ella se resistió. —¡Te puedes meter tu autoridad por el culo, capullo! —gritó perdiendo los nervios del todo.

—Muy bonito —dijo tirando de su brazo haciéndole daño y siseó en su oído —No sabes dónde te has metido, zorra.

Se le cortó el aliento y tiró de ella hacia la escalera. —Eres uno de ellos.

—No sé de lo que hablas, pero ya se lo contarás a tu abogado. —La bajó tan rápido por los escalones que se torció un tobillo, pero él no hizo caso a su quejido de dolor tirando de ella hasta una celda. La empujó contra la pared y le abrió las esposas. —Ya veremos si me dices quien disparó al sheriff o no. Te aseguro que si no lo haces no saldrás de aquí. —Tiró de la puerta cerrándola con un golpe seco. —Que pases buen día.

—¡Quiero un abogado!

Rio yendo hacia la escalera.

—¿No me oyes? ¡Quiero un abogado! ¡Tengo derecho a una llamada!

—Hay fallos en la línea telefónica, ponte cómoda mientras se arregla. —Lo dijo de una manera que le puso los pelos de punta y más cuando le escuchó silbar mientras subía las escaleras.

Juró por lo bajo volviéndose y chilló de dolor mirándose las botas. Estupendo, esperaba que no lo tuviera roto porque ese capullo no iba a llamar al médico.

Capítulo 4

Sentada en su celda, pasaron las horas mientras el tobillo le palpitaba. Sí, le daba que lo tenía roto, pero no se quitaba la bota por si luego no podía ponérsela. —Maldita sea… —Levantó la pierna y la colocó en la plataforma de acero que hacía de cama. Estaba muerta de hambre y necesitaba que la atendieran. Además, no le habían bajado el teléfono. ¿Su tía se enteraría de lo que había ocurrido? Dios, esperaba que sí. Miró el wáter de acero que había en una esquina sin ninguna intimidad. Eso le pasaba por haberse bebido medio termo de café. Gimió porque ahora daría lo que fuera por tomar uno. Miró a su alrededor y apretó los labios al ver la cámara. Pues antes se meaba encima que hacerlo frente a ese idiota.

Escuchó pasos en la escalera y casi arrastrando el pie se acercó a los barrotes. —¡Quiero hacer una llamada!

Por la escalera aparecieron unos viejos pantalones vaqueros bastante sucios, pero fueron las botas las que dejaron claro quién era. Cuando vio el rostro de Isaías apretó los barrotes entre sus manos y con la respiración agitada esperó hasta que se puso ante ella.

—Al parecer tienes un problema, niña —dijo mirándola a los ojos.

Casi temía preguntar, pero algo en su interior le hizo susurrar —¿Era él? Era quien llevaba la cosechadora, ¿no es cierto? Y el de esta noche también era él.

Isaías se quitó la gorra y miró a su alrededor cortándole el aliento porque no había preguntado a quién se refería. —Hay ciertos

temas que es mejor no hablar y menos aquí.

—Por favor… —Alargó la mano intentando tocarle, pero él se apartó mirándola tan fríamente que su corazón se retorció de dolor. —¿Qué has hecho?

—¿Yo? Nada.

—Le has contado todas esas mentiras que te has inventado, ¿no? Por eso no ha ido a verme. Por eso no me contestó cuando le llamé.

—No sé de qué me hablas, niña.

—Por eso no ha venido a mí.

—Te aconsejo que tengas la boca cerrada sobre quién te ha ayudado, pueden pensar que has perdido la cabeza del todo.

—¿En serio crees que le delataría? —Sonrió con ironía. —Ahora entiendo, por eso has venido, ¿no? Temes que me chive. Tranquilo, no lo haría jamás.

—Tu abogado está al llegar —dijo antes de ponerse la gorra de nuevo y alejarse.

—Te vas a arrepentir de esto, ¿sabes?

Él se detuvo y se giró para mirarla.

—Has perdido los primeros tres años de la vida de tu nieto y es algo que no te perdonarás jamás.

—No es mi nieto —dijo con desprecio, un desprecio que no llegó a sus ojos. Todo lo contrario, parecía asustado.

—Te juro por mi vida que te arrepentirás de tus palabras.

—No lo creo.

—¡Es un Ballingham! ¿Me oyes, viejo? ¡Me importa una mierda lo que diga esa prueba que me obligaste hacer! ¡Es un Ballingham! ¡Es hijo de Harmon y estoy tan segura como que el sol saldrá mañana! ¡Pregúntate si eres el padre de tus hijos!

Furioso se volvió apretando los puños. —¿Cómo te atreves? ¡Mi mujer era una santa! ¡Tú fuiste infiel a tu marido y eres capaz de cualquier cosa para cubrir tu culpa, pero Harmon era hijo mío!

Se le cortó el aliento porque había dicho era y sus ojos se llenaron de lágrimas. —Estás equivocado.

Fuera de sí apretó los puños. —¡Cállate! ¡Cállate de una vez, maldita embustera! ¡Después de la muerte de mi hijo intentaste quedarte con su dinero, pero aquí estoy yo para protegerle y lo haré siempre! Como si tengo que quitarte del medio, pero te juro que protegeré su legado, ¿me oyes?

¿Legado? Las lágrimas corrieron por sus mejillas sintiéndose como si hubiera muerto de nuevo. ¿Y si no estaba protegiendo a Harmon, pero sí a Colin? Su marido siempre había alabado su puntería, decía que hubiera sido un magnífico francotirador. Cojeando regresó a la cama de acero y se sentó. Sollozó negando con la cabeza porque había sido una idiota. Harmon no podía estar vivo. Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas y un pensamiento se le cruzó por la cabeza, ella no había visto su cadáver. El ataúd estaba sellado por el ejército y aunque su padre quiso verlo no se lo permitieron. Por su bien, habían dicho, le había alcanzado una granada y su cuerpo estaba bastante maltratado. Ella horrorizada le había dicho a Isaías que no insistiera, que no podría soportarlo. Y su suegro lo aceptó. Ambos lo aceptaron. ¿Cómo no iban a hacerlo? Lo decía el ejército de los Estados Unidos. Recordó el perfil que había visto esa noche. Ahora se arrepentía de no haber abierto el ataúd, porque no podía dejar de sentir que en todo aquello había cosas muy extrañas.

Su abogado se llamaba Ted Tarner y era evidente que era de los caros. Adiós a parte de las ganancias por el grano si tenía que pagar los servicios de ese tío. Pero era evidente que era eficiente. En menos de diez minutos había logrado que saliera de la celda y había amenazado a Albert con una demanda al departamento del sheriff por haber impedido que la viera un médico. Cuando llegó el doctor Reynolds, la derivó de inmediato al hospital porque sospechaba que tenía un hueso del tobillo roto, lo que provocó que Albert tuviera que

soltarla si no quería dar un montón de explicaciones al juez, que por cierto era tío del abogado. Estaba subiéndose a la ambulancia cuando el coche de su tía se detuvo a su lado. Shelly pálida se bajó a toda prisa. —¿Pero qué ha pasado?

—Nada —dijo desde la parte de atrás de la ambulancia—. ¿El niño está bien?

—Sí, sí, claro. Está con Lori.

Suspiró del alivio porque la mejor amiga de su tía era la mejor niñera de la zona. Shelly se acercó al doctor. —¿Es grave?

—No sé si se ha roto el tobillo. Cuando lleguemos al hospital le haremos unas placas y podré deciros algo más.

Antes de darse cuenta su tía ya se había subido a la ambulancia y el doctor puso los ojos en blanco. —¡No me mires así, voy a ir!

—Como quieras.

Sentadas en la camilla se miraron a los ojos. —¿Qué ha pasado?

—No lo sé, tía. Pasó todo muy rápido, pero lo que sí me ha quedado claro es que el sheriff estaba metido hasta las orejas.

—Con lo buena persona que parecía.

—Para que te fíes. —Se acercó y le susurró al oído —Necesito contarte algo, pero no puedes contárselo a nadie.

Su tía miró hacia la parte delantera de la ambulancia donde el doctor Reynolds hablaba por el móvil. —Dime.

—Luego. —Miró hacia el doctor. —No puedo permitir que se entere nadie de esto si no quiero acabar encerrada en un psiquiátrico de por vida.

Después de que le vendaran la pierna hasta debajo de la rodilla, el doctor le dio un montón de pautas que no pensaba seguir, como por ejemplo que tenía que estar seis semanas sin apoyar el pie

debido a una rotura de unas fibras, por lo que no podía trabajar. Montada a caballo no tendría que apoyar el pie, ¿qué sabría ese hombre de cómo llevar una granja? Aunque en lo que sí que le haría caso, era en tomarse las pastillas del dolor porque aquello dolía un huevo y parte del otro. Su tía la ayudó a llegar a la cafetería del hospital porque estaba muerta de hambre y mientras devoraba un cuenco de fruta porque era de lo poco que había, su tía le contó cómo se había enterado de lo ocurrido.

No pudo disimular su asombro. —¿Cómo que te llamó Teresa?

—Estaba en la calle cuando vio como salías del coche del ayudante del sheriff, así que entró en la peluquería a preguntar lo que había pasado. Sondra estaba al teléfono, alguien le estaba diciendo que el sheriff había muerto en nuestras tierras, así que Teresa corrió a la calle para llamarme. Fui corriendo al silo y me encontré la sangre, el camión falso, tu camioneta y a los de Mosvit descargando el grano. Ellos me dijeron lo que había ocurrido.

Suspiró del alivio porque lo habían descargado. Era evidente que necesitaban el grano para descargar en esas circunstancias.

—Al menos nos hemos librado del grano.

—Sí. ¿No te parece raro que no precintaran la zona?

Se le cortó el aliento. —Como en las películas.

—Exacto. Tendrían que recoger pruebas, ¿no?

—Quieren ocultarlo.

—Con el caos que hay en el país, no me extrañaría que pasara desapercibido. ¿Sabes lo que han dicho en la televisión? Que los juzgados están saturados por todos los detenidos que hay. No dan abasto. ¿Crees que el fiscal se va a preocupar por lo que pase en nuestra finca cuando hay asesinatos en todos los lados? Antes de ayer mataron a la señora Gómez.

Separó los labios de la impresión. —¿Qué?

—Ya sabes que hacía comida en conserva, que estaba muy obsesionada con la guerra nuclear y tenía mucha comida en el

búnker ese que había hecho su marido hace años. Comida para tres años como decía ella, hasta que pasara la nube tóxica esa.

—Sí, sí…

—Pues se lo han robado todo. Tuvieron toda la noche para hacerlo, desde que se fue su sobrina después de la cena, hasta que la llamó una vecina porque Ana no abría la puerta. En doce horas se lo llevaron todo. Y nadie vio nada cuando es evidente que necesitaban una furgoneta o algo así para llevárselo.

Apretó los labios. —Es horrible.

—A ti no pueden hacerte nada, ya verás. —Apoyó los codos sobre la mesa. —Ahora dime, ¿qué es lo que tenías que contarme?

—A esos no les maté yo, ¿eso lo sabes?

—Los chicos de Mosvit me dijeron que tú solo habías herido al sheriff.

—Sí, les mató otra persona. Alguien que durante una hora antes a que llegara el sheriff, estuvo vigilando bajo el silo. Yo creí que era uno de ellos, pero durante un segundo vi su perfil, tía. Y sentí…

—¿Qué? ¿Le conocías?

Asintió mientras sus ojos se llenaban de lágrimas y su tía frunció el ceño antes de mostrar su sorpresa. —¿No estarás pensando que…?

—Mató a los tres, tía. ¿Y esta mañana quién aparece en la oficina del sheriff? Isaías.

Le contó la conversación que había tenido con él y su tía no perdió detalle. —¿Seguro que no fue Colin? Al parecer ha vuelto al pueblo.

—Eso no lo sé, ¿pero por qué iba a ir Colin a vigilar nuestro silo? Además, me odia por todas las mentiras que le ha dicho Isaías. Cuando me ve aparta la mirada y ni una sola vez ha venido a ver a su sobrino.

—Pero niña, es una locura. El ejército…

—Se equivocó, se tuvo que equivocar.

Shelly cogió su mano. —Cielo, creo que todo esto te está alterando y que te imaginas cosas.

Palideció. —¿Crees que estoy perdiendo la cabeza?

—No, claro que no. Pero esta noche pasaste por una situación peligrosa y muy estresante, hasta el más cuerdo se imaginaría cosas. Además, apenas has dormido en días.

—Tía, a esos se los cargó alguien y no fui yo.

Shelly apretó los labios apartando la mirada.

—¿Qué?

—Por favor, no hagas esto.

—¿El qué?

—No te hagas ilusiones por algo que es imposible. El ejército nunca hubiera certificado su muerte si no hubiera sido él.

Se la quedó mirando. —¿Crees que hago eso?

—Por un perfil te has imaginado todo lo demás.

—¿Entonces quién fue?

—No lo sé, igual alguien que sabía lo que iban a hacer porque se lo habían hecho antes y ya estaba prevenido. Igual fue una venganza.

—Tía, mató a tres hombres de una manera tan limpia, tan silenciosa que podría ser un soldado. La manera en que cogía su arma… Y al primero lo mató de una manera tan profesional que podría ser alguien de las fuerzas especiales. Un boina verde.

—Como Harmon.

—Exacto. Un experto. Una auténtica máquina de matar.

—¿Y alguien así no se hubiera dado cuenta de que estabas allí?

Decepcionada apoyó la espalda en el respaldo de la silla sabiendo que tenía razón. Un boina verde se hubiera dado cuenta de que estaba allí.

Shelly sonrió con tristeza apretando su mano. —Sabes que tengo razón. Olvídalo y sigue adelante.

—Está bien.

—¿Me lo juras? No quiero que vuelvas a ponerte enferma. Recuerda que tienes un hijo. Sabes que todo esto no te hace bien. —Se mantuvo en silencio. —Igual deberías llamar a Tracey.

—Tía…

—Prométeme que lo harás cuando lleguemos a casa. —Como no le contestaba su tía tiró de su mano. —Prométemelo, cielo. No puedo soportar pensar que vas a volver a aquello. Prométemelo.

La angustia en sus ojos le hizo decir —Está bien, la llamaré.

Se sentó en la cama y dejó las muletas a un lado antes de coger su móvil del bolsillo trasero del pantalón. Siempre pensó que nunca tendría que hacer esa llamada de nuevo. Después de marcar tomó aire antes de ponerse el teléfono al oído mientras su corazón latía alocado. Al segundo tono descolgó. —Hola Joshua.

—Esta sí que es una sorpresa. ¿Qué ocurre, necesitas algo?

—Necesito respuestas.

—¿Qué?

—Te voy a hacer una sola pregunta y quiero la verdad. —El mejor amigo de su marido no contestó nada y eso la animó a preguntar —¿Está vivo?

El sonido del teléfono le dijo que había colgado y entrecerró los ojos. Joshua lo sabía, sabía que estaba vivo, por lo que todo fue un puñetero montaje. El ataúd, el entierro, todo… Y todo había sido organizado por el ejército. Sintiendo un nudo en la garganta se agachó intentando respirar. La habían engañado, su marido la había engañado. Su corazón se retorció de dolor. Había fingido su muerte y le había dado igual que se quedara viuda, le había dado igual perderla para siempre. Y ella llorando hasta casi volverse loca de dolor porque había perdido al amor de su vida cuando a él no le

había importado nunca. Cerró los ojos sintiendo un dolor aún peor que cuando le enterró, porque hasta ese momento siempre creyó que la había amado, pero era evidente que nunca fue importante para él.

A la mañana siguiente su tía la miraba de reojo mientras le ponía el desayuno. Su cara mostraba los signos de que había llorado durante la noche y tampoco es que hubiera descansado mucho. Volvía a las andadas. —¿Has llamado a Tracey?

—No necesito a Tracey —dijo con la mirada perdida—. Ya sé la verdad.

Shelly se sentó frente a ella. —Sí, cielo, está muerto y no volverá más, deja de torturarte.

Como si estuviera vacía por dentro la miró a los ojos. —Todo lo contrario, tía. Está vivo y no me ha querido nunca. Su mejor amigo me lo confirmó, le llamé ayer. Le pregunté si estaba vivo y no respondió. Me colgó.

—Porque no quería…

—¡Porque no quería reconocer la verdad! ¡Se lo habrán prohibido, tía! Era el mejor, siempre lo decían sus amigos. ¡El jefe de su escuadrón! ¿Cuántas veces Joshua nos dijo que había salvado la vida a sus hombres? ¡He tenido muchísimo tiempo esta noche para pensar y todas las señales estaban ahí, por Dios! ¡He sido una estúpida! ¡Tenía habilidad para aprender idiomas, hablaba cuatro con fluidez! ¡Era buen soldado y atractivo! ¡Perfecto para misiones en las que la identidad debe estar oculta! ¡Fingieron su muerte y me lo tragué completamente!

Pálida Shelly negó con la cabeza. —¿Cómo iba a hacer eso? ¿Por qué casarse contigo si iba a hacer eso?

—Porque nadie dudaría de su muerte después de casarse tan recientemente, tía. ¿Quién podría dudar que era él quien estaba en ese ataúd? ¿Con su joven esposa llorando tras él mientras se lo

llevaban hasta el cementerio? ¡Era perfecto! ¡Jamás se fijó en mí y de pronto se enamora de su tímida vecina! ¡En seis meses ya era su esposa! ¿Y cuánto nos vimos en ese tiempo? ¡Diez fines de semana, porque tenía que irse de misión en misión, lo que le alejaba de aquí para hacer sabe Dios qué! Y en dos de esos fines de semana se trajo a Joshua, porque no se quedara solo en el permiso, me decía. ¡Lo que ocurría es que prefería pasar el tiempo con su amigo que conmigo! ¡Y yo como le amaba no vi nada raro en ello! —Sollozó. —Me utilizó para dar credibilidad a su muerte y por cómo se comportó ayer su padre, Isaías lo sabía.

Shelly se llevó la mano al pecho. —Dios mío, no puede ser tan cruel, no puede….

Separó los labios de la impresión. —¿Tía?

Se levantó y se llevó la mano a la frente. —Esto no puede estar pasando. Pensaba que yo también…

—¿Qué me ocultas?

—¡Creí que no podía ser verdad!

—¡Explícate!

—Hace dos años venía del pueblo y me crucé con un coche. El hombre llevaba una gorra, pero cuando le vi…

—Era él, ¿no es cierto? ¡Vino a ver a su padre!

—Si lo que dices es verdad y era él, sí, iba en dirección contraria de casa de su padre.

Los ojos de Alice se oscurecieron de la rabia. Shelly la miró preocupada. —Lo siento, no te lo conté porque no quería recordarte…

—¿Que había perdido al hombre de mis sueños? —preguntó con la voz congestionada de dolor. Miró hacia la ventana—. La primera vez que le vi fue a las afueras de la iglesia. Reía con sus amigos y le llamó su padre. Se acercó a él y Isaías le palmeó el hombro. Recuerdo que nos acercamos y el tío saludó a Isaías dándole la mano. Tú me presentaste, pero Harmon apenas me miró un segundo antes de entrar en la iglesia. Y esa fue la tónica a lo

largo de los años, no me miraba por lo que no me veía. Aquella fiesta de Navidad no tenía ninguna esperanza de hablar con él y mucho menos que me invitara a bailar, solo quería verle en la distancia, como siempre. Ahora me doy cuenta de que siempre fui la pardilla perfecta. La estúpida vecina enamorada que babeaba a su paso. La imbécil que durante años vio cómo se tiraba a medio pueblo, la ilusa que creía que había conseguido enamorarle en tiempo récord. —Rio sin ganas. —Y encima el cabrón de su padre me hizo quedar como una zorra ante todos, porque cuando se enteró de mi embarazo, eso no podía ser. ¿Su hijo solo se había acostado dos veces conmigo y ya estaba embarazada? Y encima el niño nació en la semana treinta. No, no podía ser de su adorado hijo muerto. En la época en que se supone que debía quedarme embarazada, Harmon no estaba en el pueblo, sino en una de sus maniobras, ese mes no había aparecido por aquí. No se lo creyó, ni aunque el médico le dijo que había sido prematuro. Me obligó a hacer esa puta prueba de ADN. Maldito cerdo. Vio cómo lloraba cuando lo enterré, vio cómo sufrí durante el embarazo hasta el punto en que me internaron y me trató como una mierda. Paralizó la pensión del ejército con sus contactos y puso en entredicho el nombre de mi hijo para todos. Y él lo permitió. Harmon lo permitió. —Sollozó. —Mi marido estaba vivo y lo permitió. Ambos me trataron como una mierda.

Shelly asustada susurró —¿Qué piensas hacer?

—¿Tú qué crees? —Sus ojos mostraron su odio. —Voy a hacerles sufrir lo mismo que he sufrido yo por su culpa.

Capítulo 5

Llegó al pueblo y se bajó de la camioneta cogiendo las muletas. Molly corrió hacia ella. —¿Estás bien? Estás algo pálida

—Oh, sí… Me he roto algo de un músculo, eso me han dicho en el hospital. Seis semanas así, ¿puedes creértelo?

—Últimamente puedo creérmelo todo. —Nerviosa miró a su alrededor antes de susurrar —¿Puedes ayudarme?

—¿Ayudarte?

—Por favor, por favor —dijo angustiada—. Nos hemos quedado sin comida, Harry se ha quedado sin los ingresos del restaurante porque han tenido que cerrar y ya no nos queda dinero. Hemos tenido que comernos hasta las gallinas de mi hija…

—No tenías que haber hecho eso, te hubieran dado huevos.

—Estaba desesperada.

Miró de reojo a otra vecina que parecía que esperaba para hablar con ella. —No puedo ayudaros a todos —dijo por lo bajo.

—Por favor, te lo suplico.

—No, no hagas eso, te ayudaré, ¿vale? Pero tienes que hacer todo lo que yo te diga.

—Lo que sea.

Le hizo un gesto a la señora Morton que se acercó de inmediato. —Vamos a sentarnos en aquel banco, no quiero que nos oiga nadie.

Fueron hasta allí y se sentaron. —Es evidente que al vivir en el pueblo habéis olvidado todo lo que aprendisteis en vuestras

granjas.

La señora Morton se mostró avergonzada. —No tengo huerto y…

—Pues esta es la consecuencia. ¿Os dais cuenta de que si os doy comida, en una semana ya no tendréis nada? Tenéis que ser más listas.

Molly frunció el ceño. —¿A qué te refieres?

—La señora Gómez ha muerto.

Ambas asintieron.

—Me lo ha contado mi tía y nadie vio una camioneta ni un coche sospechoso. —Asintieron de nuevo. —Y eso es porque fue uno de los vecinos. Quien roba a un ladrón tiene cien años de perdón, ¿no? Moved el culo porque sino os irá muy mal en esta situación.

—¿Quieres que entremos en casa de los vecinos?

—Vamos, las dos sabéis quien fue. Todo el pueblo se lo huele, aunque nadie ha dicho ni pío.

Molly y Dafne se miraron. —Grey Peterson. Es un cerdo egoísta y nunca le gustó Ana.

—Exacto. Todo el mundo sabía del búnker de esa mujer y él aprovechó la oportunidad. Apuesto a que no pisa la tienda para nada. Esta tarde ir a mi casa, os daré comida, pero será la última vez. A partir de ahora debéis arreglaros solas. A veces hay que hacer lo que se debe.

—Dios mío… —dijo Dafne antes de santiguarse—. No sé si podré hacerlo.

—Yo sí puedo, por mis hijos haré lo que sea. Es un asesino y un ladrón, sería darle su merecido.

—Bien, y plantar un huerto. Os daré semillas. Nunca se sabe, igual esto va para largo, esos inútiles del gobierno no saben ni por donde andan. —Se levantó y se alejó dejándolas en el banco.

—Menudas pelotas tiene —dijo Molly—. Después de todo lo que ha ocurrido en estos años, ha sabido salir adelante. Leche,

incluso disparó al sheriff cuando intentó robarle.

—Precisamente todo lo que le pasó a su marido la hizo madurar y convertirse en la mujer que es hoy en día. La admiro muchísimo. Es evidente que las situaciones difíciles sacan lo mejor de nosotros, así que no pienso dormirme en los laureles. —Dafne se levantó. —Voy a por la pistola de mi marido. Seguro que yo le daré un mejor uso.

Molly levantó una ceja. —Leche con la beata.

Se levantó a toda prisa y siguió a Alice hasta la farmacia. La vio coger un protector de la venda para ducharse y después se acercó al mostrador.

—Hola, Alice —dijo la señora Green con una agradable sonrisa en el rostro—. ¿Necesitas algo más?

—Oh, sí… Mi tía no duerme muy bien con todo lo que está pasando, ya sabe. Es una locura.

—Lo sé, habéis tenido mucha suerte. La pobre señora Gómez…

—Sí, me he enterado. Una pena, era una gran mujer.

—Sí que lo era.

—¿Me puede dar algo para que duerma? No quiere salir de casa, tiene miedo de que nos roben y yo solo quiero que descanse.

—Sí, lo comprendo. —Miró a su alrededor y Molly cogió un envase de crema haciendo que miraba los componentes. —Te voy a dar algo que es lo que tomo yo, la dejará ko, te lo aseguro. Dormirá como un angelito. —La farmacéutica se acercó a ella y susurró —Que no se tome más de una cada noche, son muy fuertes.

—Entendido.

—Y no le digas al doctor Reynolds que te las he dado yo, ¿de acuerdo? No quiero líos. —Fue hasta el interior del establecimiento y regresó con un bote.

—¿Cuánto le debo?

—¿Una gallina?

No pudo disimular su sorpresa. —¿Una qué?

—Niña, el dinero no sirve de mucho hoy en día. ¿Trato hecho?

—Deme otro bote y le daré dos. —La mujer mostró su sorpresa. —Por si en el futuro se acaban, ya sabe.

—Oh, claro. Bien pensado. —Entró en la parte de atrás y regresó con otro bote.

—Haré que se las traigan.

—Perfecto. Gracias.

Se metió los botes y el protector en el bolsillo de la chaqueta que llevaba. —De nada. —Se volvió y se detuvo en seco al ver a Molly en la puerta con los brazos cruzados. Gruñó y se acercó a ella con las muletas.

—¿Tienes algo que decirme?

—No es problema tuyo.

—Esos son muchos somníferos. —Empezó a seguirla hasta su coche. —¿Ahora te vas a hacer traficante?

—¿Pero tú de qué vas?

Se echó a reír. —¿Para qué los quieres?

—¿Estás sorda? Son para mi tía.

—No sé por qué, pero creo que tú ocultas algo.

—¿Aparte de haber colaborado en el asesinato del sheriff?

—Bah, era un capullo. Lo sabía desde que le dio la paliza a mi hermano y dijo que él le había provocado. James jamás hubiera hecho algo así.

—Pues a mí me tenía engañada totalmente, te lo aseguro. —Abrió la puerta del coche.

—Le he visto. —Se detuvo en seco y Molly apretó los labios por cómo se tensaba. —Él no me vio a mí, pero estoy segura de que era Harmon.

Se volvió de golpe. —Baja la voz —siseó mirando a su alrededor. —¿Dónde le viste?

—El otro día estábamos intentando cazar en el bosque y pasó el guardabosques, así que me escondí. Estaba tan cagada que no me atreví a salir mientras mi marido se largaba a toda leche dejándome atrás. Pero cuando ya estaba a punto de salir, justo en ese momento pasó a caballo. ¿Y adivina hacia dónde se dirigía? A tu casa, querida. Iba en esa dirección.

Se tensó. —¿Y cuándo dices que le viste?

—Hace tres días. ¿Y sabes qué? Creo que sé de dónde venía. —La cogió del brazo acercándola para hablar más bajo. —Le he dado mil vueltas pensando qué hacía allí. Porque sería absurdo que fuera a cazar, ¿no? ¿Por qué iba a hacerlo cuando los Ballingham tienen víveres de sobra? No, estaba en el bosque por otra razón. Un hombre que está muerto para todos no puede mostrarse libremente, necesita un sitio para esconderse. Y en el bosque tiene el lugar ideal, la antigua cabaña de su abuelo cerca de la montaña. ¿Recuerdas esa cabaña, amiga? ¿La que usaba el abuelo Ballingham cuando era joven y trabajaba de trampero? Nos contaron muchas historias de él cuando éramos niñas.

Se le cortó el aliento asintiendo con la cabeza. —¿Crees que vive en la cabaña?

—No será difícil de averiguar, ¿no crees? —Se giró. —Te veo luego. Ciao, querida.

Entrecerró los ojos subiéndose al coche. La cabaña… El primer sitio donde le había hecho el amor. Es que era idiota, ¿cómo no lo había recordado? Por el dolor que te ocasiona ese lugar, Alice. Porque recordar que la mejor noche de tu vida es una mentira, te lleva al borde de la locura. Arrancó con ganas de gritar y salió del aparcamiento acelerando a tope haciendo quemar las yantas. Pasó ante el ayudante del sheriff y le hizo una peineta. Este mosqueado gritó que fuera más despacio. No había recibido noticias de su abogado, así que era evidente que al final no presentarían cargos contra ella como Albert le había asegurado antes de que la llevaran al hospital. Al parecer Tarner había intimidado lo suficiente a ese

capullo como para que la dejara en paz. Algo bueno había hecho Isaías. Ahora iba a darle las gracias.

Isaías miró las cinco vacas que dormían como bebés cuando ya era bien entrada la mañana. Ni se estaban enterando de que las estaban ordeñando. Se quitó la gorra y se rasco la cabeza. —¿Qué coño…?

Colin se puso a su lado. —¿Qué crees que ha pasado?

—Ni idea.

—¿No estarán enfermas?

—Era lo que nos faltaba, quedarnos sin leche. Llama al veterinario.

—Padre…

—No te preocupes, el niño tendrá leche saludable. No vamos a tener que comprarla.

—Tira esa por si acaso. —Se volvió para ir a la casa y cuando miró su coche se detuvo en seco. No sabía lo que era, pero algo no estaba como siempre.

Su esposa salió al porche con el niño en brazos y bostezó como si estuviera agotada. —Cielo, ¿qué le has hecho al coche?

—¿Qué?

Lisa le miró como si fuera tonto. —Le falta la rejilla delantera.

Asombrado fue hasta el vehículo y juró por lo bajo. —¡Hostia! Lisa, ¿le has pegado otro golpe?

—¿Yo? Si no lo he cogido. ¿A dónde voy a ir?

Se agachó ante el cuatro por cuatro y vio sangre cerca del faro. —¿Qué es esto?

Su padre se puso a su lado. —¿No recuerdas haberle pegado un golpe?

—No. Desde que llegamos, solo lo cogí una vez para ir al pueblo a echarle gasolina. Estaba bien cuando lo dejé aquí.

—Pues ahí hay pelo, hijo. Falta la rejilla, es como si hubieras atropellado a alguien.

—Eso es imposible.

—Viene alguien —dijo Lisa desde el porche.

Ambos miraron hacia la carretera y se tensaron al ver el coche del sheriff. —¿Qué hace ese inútil aquí? —preguntó Isaías por lo bajo.

—No lo sé, pero esto empieza a no gustarme un pelo.

El coche se detuvo cerca del suyo y Albert se bajó poniéndose la gorra de sheriff.

—Al parecer has ascendido —dijo Colin.

—Me hubiera gustado que hubiera sido en otras circunstancias.

—¿Se sabe ya a ciencia cierta que el sheriff estaba implicado?

—Los otros dos muertos tenían numerosos antecedentes penales, pero eso no significa que el sheriff estuviera metido en algo tan turbio —dijo molesto.

—Ya, claro. Por eso estaba allí a las tres de la mañana —dijo Colin divertido.

Albert apretó los labios. —Seguro que les siguió y Alice perdió los nervios.

—No tiene pinta de estúpida. Además, no disparó ella, ¿no es cierto?

—No, ella no. Pero a lo mejor tú sí.

Colin parpadeó. —Perdona, ¿qué has dicho?

—Eres su cuñado y estás en la ciudad.

Se tensó. —¿Y por qué crees que le haría un favor a esa mujer con lo que le hizo a mi hermano?

—Será porque ayudó a tu padre a librarse de esos que intentaban robarle. Y será porque tu padre y tú con tus contactos en leyes le habéis conseguido un picapleitos que me ha amenazado con una demanda millonaria por las lesiones que Alice tuvo durante la detención.

Isaías apretó los labios. —Se lo debía, pero no le debo una mierda más.

—¿Sabes? Últimamente por esta zona del pueblo está habiendo muchas muertes.

—Tengo entendido que no, tengo entendido que hay muertos por otros sitios también y la causa la sabes muy bien, la gente quiere lo que no es suyo. Y mientras la ley me ampare, pienso proteger mis tierras y a mi familia, muchacho.

—Sheriff, sheriff Thomas, no lo olvides Isaías.

—Para ti soy el señor Ballingham.

Albert apretó los labios y miró a Colin. —Aquí hay algo que huele muy mal y pienso descubrirlo. —Se volvió, pero de repente se detuvo en seco mirando el coche de Colin, que miró a su padre de reojo. —Vaya, vaya… —Se agachó al lado del costado del coche. —¿Esto es sangre?

—El otro día fui a cazar al bosque, seguramente rocé el coche con la pieza.

Albert fue hasta su coche y abrió el portaequipajes. Regresó poniéndose unos guantes.

Isaías se tensó. —¿Qué coño haces?

Sin contestar acercó una pinza al cierre de la puerta y sacó un largo cabello rubio que se encogió como si perteneciera a un rizo, pero lo que no les pasó desapercibido es que estaba manchado de sangre. Albert lo metió en una bolsa de plástico y se incorporó. Pulsó la radio que tenía en el hombro —Jerry, ven a la granja de los Ballingham, vamos a requisar un coche.

Colin se enderezó dispuesto a la batalla. —¿Pero qué coño dices? ¿Estás loco?

—¡Esto es un cabello humano y está manchado de sangre! ¡A no ser que tengas una buena historia para esto, es evidente que este vehículo se ha visto envuelto en algo turbio y voy a descubrir qué es! —Rodeó el coche y se detuvo en seco al ver que faltaba la rejilla. —Vaya, vaya…

—¿Colin? —Su esposa asustada bajó los escalones.

—No te muevas de ahí, cielo. No pasa nada. Aunque el coche estuviera bañado en sangre no hay cadáver ni nada por el estilo, así que no puede acusarme de nada.

—Eso ya lo veremos. —Sacó la pinza del hueco entre el faro y la carrocería mostrando lo que parecía un pedazo de carne. —Joder… —Levantó la vista hasta él. —Estás en un buen lío. Pegado tiene un pedazo del vestido con el que murió la señora Gómez.

—¿Qué coño estás diciendo? —preguntó Isaías agarrando el brazo de su hijo para ponerlo tras él como si quisiera defenderle.

—Creíamos que la habían matado a golpes, pero es evidente que no. ¡La atropellaste! ¿Qué pasó? ¿Luego la llevaste a su casa y robaste la comida para que la investigación se dirigiera en otra dirección?

—¡La señora Gómez no era rubia, idiota! —gritó Isaías antes de entrecerrar los ojos—. Y yo solo conozco a alguien que tenga el cabello rubio y rizado.

El sheriff fue hasta la parte trasera del coche y abrió el portaequipajes.

—¡No puedes hacer eso! —gritó Colin—. ¡No tienes una orden!

—Es evidente que con este vehículo se ha cometido un delito, no la necesito. —Movió una manta hecha de ganchillo que Colin no había visto en su vida y en ese momento Albert se volvió con un bote de conserva de pimiento en la mano. —Joder, ahora sí que estás en un lío. Cada Navidad la víctima nos regalaba una cesta llena de tarros como este a todos los que trabajábamos con el sheriff.

Atónito miró a su padre. —¿De dónde ha salido eso?

—No digas una palabra más, voy a llamar al abogado.

—Sí, llámalo, Isaías, porque lo va a necesitar.

Tumbada sobre la hierba se acercó apoyándose en sus antebrazos hasta el borde del acantilado y miró hacia abajo. Entrecerró los ojos porque la chimenea no expulsaba humo, pero no sería tan tonto como para encender el fuego. Además, no hacía tanto frío como para que fuera necesario y su amorcito estaba acostumbrado a vivir mucho peor. —Sí, aquí está viviendo muy bien, vamos a complicárselo un poco. —Se alejó del borde y se puso en pie asegurándose de que el pasamontañas cubría bien su rostro. A la pata coja agarró la barra de hierro de la parte de atrás de la camioneta y la metió bajo la gran roca que había transportado hasta allí. —Venga, un poquito más y a casa, que ya está bien por hoy. —Hizo palanca con fuerza y la piedra se desplazó más al borde. —Vamos, eso es… —Empujó hacia abajo y la roca se desplazó lo suficiente como para que su propio peso la hiciera caer. Se acercó al borde lo bastante rápido como para ver que la roca caía sobre el tejado haciéndole un boquete considerable.

Entonces él salió corriendo de la casa y se le cortó el aliento cuando su marido miró hacia arriba. Lo sabía, sabía que estaba vivo, pero hasta que no le había visto con sus propios ojos, tenía la esperanza de que todo fuera mentira y que la hubiera amado realmente. Tenía la esperanza de que su matrimonio hubiera sido importante para él, que realmente hubiera muerto al otro lado del mundo y que si no había regresado a su lado había sido porque se lo habían impedido. Pero no, allí le tenía. El muy cerdo estaba vivito y coleando. Aunque no por mucho tiempo.

—¿Qué coño haces, capullo? —gritó él desde abajo.

Apretó los labios antes de volverse diciendo —Esto solo es el principio, amor.

Cojeando llegó hasta la camioneta. La encendió y empezó a bajar el sendero. Si él tenía un caballo rodearía la pared del

acantilado para intentar pillarla al final del sendero, pero no era tonta. A mitad de camino tomó otra bajada, más abrupta, pero igual de eficaz para llegar a casa. Y sobre todo rodeaba la montaña por lo que no se encontraría con él. Botando dentro de la camioneta hizo una mueca, esperaba que resistiera. Cuando llegó al final suspiró del alivio porque no estaba allí y avanzó a través de la carretera de tierra en dirección a la carretera general. De repente un caballo se cruzó en su camino y Alice gritó dando un volantazo y su coche chocó contra una de las vallas de las tierras Ballingham. Juró por lo bajo dando marcha atrás, pero antes de que pisara el acelerador la puerta se abrió y Harmon la agarró de la camiseta tirando de ella fuera del vehículo para empujarla contra la carrocería y quitarle el pasamontañas de manera agresiva. Harmon no pudo disimular su sorpresa y Alice lo aprovechó para pegarle una patada en la entrepierna que le hizo gemir. —Cariño, te veo bien —dijo ella con ironía antes de alargar la mano y agarrar de la caja trasera la barra de hierro. Harmon se apartó por un pelo antes de que le golpeara en la cabeza. —Muy bien para llevar muerto más de cuatro años. —Levantó la barra con ambas manos e intentó golpearle de nuevo, pero solo consiguió darle con el borde en una pierna.

Él se tensó por el golpe. —Nena… deja eso.

—¿O qué? ¿Vas a hacerme una de esas llaves de artes marciales de las que presumías?

—No lo entiendes.

Alice gritó blandiendo la barra como si fuera una espada antes de golpear el aire a un lado y al otro.

—No quiero hacerte daño.

Esa puñetera frase la sacó de quicio y levantó la barra de hierro tirándosela antes de llevar la mano a la espalda y sacar la pistola para apuntarle a la cara. Harmon se tensó. —Nena, eso no es buena idea.

—Maldito cabrón —dijo con todo el odio del que fue capaz—. Vamos, cuéntamelo. ¿Qué ocurrió? Es obvio que te ofrecieron algo mejor que yo, ¿qué fue?

Harmon apretó los labios. —En mi unidad es importante no tener identidades.

—Claro, qué estúpida soy. —Agarró el arma con ambas manos. —¡De eso ya me había dado cuenta! —Disparó dándole en la pantorrilla, pero él ni se inmutó. —¡Dímelo ya!

—Si te enamoraba y me casaba contigo no querrías ver mi cadáver destrozado, así que no permitirías que se abriera el ataúd. Sabía que mi padre insistiría en verlo y teníamos que evitarlo.

Se le cortó el aliento porque era exactamente lo que había ocurrido. Cuando Isaías había insistido, ella le había rogado que no lo hiciera dándole la razón a los del ejército. —Es mejor que lo recordemos como era, eso dije. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Así que solo te casaste conmigo para utilizarme.

Él no contestó mirándola fríamente, lo que le rompió el alma en dos. —Eres un cabrón.

—Lo sé.

—¿Cuándo se enteró tu padre?

—Siempre lo intuyó. El ejército se puso en contacto conmigo porque no dejaba de dar por saco con la investigación de lo sucedido en aquella misión, así que tuve que decírselo.

—Y te cubrió. ¡Sabiendo que estaba embarazada te cubrió!

—No era mío, así que no simules que te importaba tanto porque sé que no es así.

Perdió todo el color de la cara. —¿Que no me importabas? —Las lágrimas corrieron por sus mejillas y se dio cuenta en ese momento que no merecía que le amara ni un segundo más.

—¿Nena? —Dio un paso hacia ella, pero Alice dio un paso atrás dejándole claro que no permitiría que la tocara. Dejó caer el brazo del arma. —Tienes razón, no me importabas. Y ahora me importas aún menos. Maldito el día que conocí a los Ballingham. —Pasó a su lado para entrar en la camioneta y cogió el asa de la puerta. —Por cierto…—Le miró con odio. —Quiero el divorcio. —Conteniendo los sollozos aceleró saliendo de allí levantando tierra.

Cuando llegó a la carretera general giró en seco haciendo derrapar la parte trasera del vehículo.

Albert que estaba detrás dio un volantazo para esquivarla frenando en seco en el arcén. —¡Esta mujer está loca! —Miró hacia la senda del acantilado y entrecerró los ojos. —¿De dónde viene?

Capítulo 6

Al día siguiente solo con una muleta entró en la tienda a comprar sal y los cuatro vecinos que había allí empezaron a murmurar mirándola disimuladamente. Se detuvo en mitad del local y les preguntó —¿Ocurre algo?

—No, Alice… —La señora Foster forzó una sonrisa. —Hace un día estupendo, ¿no?

—Va a llover.

—Si tú lo dices… —dijo con cara de loca.

Gruñó volviéndose y agarró el envase de la sal antes de ir hacia la puerta. —¿Marc?

—Te lo apunto, niña —dijo el hombre de lo más amable—. ¡Te veo en la iglesia mañana!

Salió sin contestar y cuando iba hacia la camioneta para dejar el bote vio por el cristal de la ventanilla que todos habían salido a la puerta para mirarla. Se volvió de golpe y se chocaron los unos con los otros para entrar de nuevo, solo Marc se quedó en la puerta despidiéndose con la mano. —¡Que pases un buen día!

—¿Qué coño le pasa?

—Que ya se ha enterado él y medio pueblo.

Miró hacia el otro lado de la camioneta y allí estaba Molly. —¿De qué se ha enterado?

—De que tu marido ha resucitado. En la oficina del sheriff le tienes.

—¿Le han detenido?

—Acusado del asesinato del sheriff. Y prepárate… Antes estuve allí, para cotillear, ya sabes, dije que había perdido la cartera y… Bueno, el hecho es que oí hablar a Albert y piensa que sois cómplices. Estaba intentando sacárselo a gritos.

—¿No me digas? —Miró hacia la puerta de la oficina del sheriff y empezó a caminar hacia allí.

—¿Pero qué haces? Huye.

—Yo no huyo, no he hecho nada. Por cierto, ¿cómo va lo tuyo?

—El viejo nunca está en casa de seis a ocho, tiene un lío con la señora Roberts.

Se detuvo en seco. —¿Qué dices?

—Dafne y yo aprovecharemos a que salga hoy para vaciarle la despensa.

Hizo una mueca y siguió caminando.

—¿No esperarías que nos lo cargáramos?

—No, claro que no.

—No te cree nadie.

—Tú vete armada por si se pone feo.

—Por supuesto. Por cierto, ¿es verdad eso de que Colin mató a la señora Gómez? Porque entonces esa despensa estará vacía y nos estaremos arriesgando por nada. Dafne quiere abortar el plan.

—Maja, no os lo voy a dar todo hecho.

—Vale, lo pillo, no te quieres pringar en esto, que ya estás hasta el cuello.

—Tú lo has dicho. —Tiró de la puerta para entrar en la oficina del sheriff y gritó —¡Albert! ¿Me buscabas?

La puerta de su oficina se abrió de golpe y este sonrió llevándose los pulgares a su cinturón. —Pero mira lo que nos trae el viento. ¿Has venido a por tu maridito?

—¿Perdón?

Este perdió parte de la sonrisa. —¡No te hagas la tonta! ¡Sé que os encontrasteis en el acantilado!

—No estoy casada.

Él miró la mano en la que llevaba la alianza. —Ah, ¿no?

—Esto no tiene gracia, Albert —dijo muy seria.

Sara se levantó y por su cara estaba incómoda con la situación. —Cielo, igual no lo sabe.

—¡Claro que lo sabe!

—Estaba escondido en la cabaña de su padre, por algo sería.

—¡Porque había matado al sheriff! ¡Y no te metas!

—¡Eh, no le hables así! —protestó Molly—. ¡Prima, hazte valer o se lo digo a tu madre!

—¿Queréis callaros de una vez? —dijo Albert exasperado antes de acercarse y abrirle la puerta que le llegaba a la cadera—. Pasa a mi despacho.

—Albert esa mirada no me gusta un pelo, ¿me estás deteniendo otra vez?

—No, de momento no. Solo vamos a hablar y harás de nuevo una declaración.

—¿Otra?

—¡Las que hagan falta!

—Uy, cómo se te ha subido a ti el pavo desde que eres sheriff —dijo Molly mosqueadísima antes de pasar con ella.

—¿Qué haces?

—Soy un testigo de este interrogatorio y su amiga, por si necesita asesoramiento ya que no está su abogado. ¿Recuerdas a su abogado? Ese carísimo que la última vez te dejó temblando.

Albert puso los ojos en blanco y miró a su novia que levantó la barbilla orgullosa antes de volver a su sitio. —Palomita, no te enfades.

—Hoy duermo en casa de mis padres, a mí no me hablas así más.

—Perdona, pero es que me alteran.

—Cariño, este puesto te está cambiando el carácter. Piénsate bien si quieres seguir así, porque a mí me pierdes, te lo advierto.

—No me hagas esto, siempre he querido ser sheriff.

—Pues ya te puedes ir relajando o se te va a acabar el sexo bien rápido.

Las chicas rieron desde la oficina y él se volvió fulminándolas con la mirada. —¿Os divertís? —Caminó hacia ellas cogiendo el pomo de la puerta. —Pues ahora me toca a mí. —Cerró de un portazo haciendo que el cristal que estaba en la parte superior cayera sobre él rompiéndose en dos sobre su cabeza. —Hostia —dijo asombrado antes de que la sangre empezara a correr por su frente y era tanta que palideció.

Alice se levantó a toda prisa. —¡Molly un médico! —Le agarró por el brazo. —Tranquilo, las heridas de la cabeza siempre sangran muchísimo. —Se quitó el ligero jersey que llevaba sobre la camiseta de tirantes y se lo puso en la cabeza. —Tú mantente despierto.

Sara entró en el despacho y jadeó al ver la sangre.

—No es nada, preciosa. Enseguida estaré bien, unos puntos y listo. —Miró hacia Alice. —¿Lo sabías?

Ella le miró a los ojos.

—¿Sabías que estaba vivo?

—La noche en que murió el sheriff me pareció ver su perfil en la oscuridad, pero no podía estar segura. No quería que me tomaran por loca.

Albert empezó a entender. —Por lo de tu ingreso.

—Sí.

—¿Qué pasó después?

—No había visto el cadáver y empecé a fantasear con un montón de teorías, hasta que Colin podía estar implicado, pero

entonces mi tía me dijo que una vez hace dos años creyó verle en la carretera.

—Y también pensó que se lo había imaginado.

—Claro que sí, para todos estaba muerto.

Sara apareció de repente con un botiquín en la mano, pero él ni se dio cuenta. —¿Y qué ocurrió después?

—Que yo le dije que también lo había visto. En el bosque —dijo Molly entrando en el despacho—. El doctor ya está de camino.

—Por eso fuiste al acantilado.

—La casa de su padre está justo debajo. Creí que le vería desde allí. —Hizo una mueca. Mejor edulcorarlo un poco. —No salía y tiré una piedra.

—Era una roca muy grande, maja —dijo él divertido—. Podrías haberle matado.

—¿Tiene delito matar a un muerto? —Miró a Molly, que confundida se encogió de hombros. —No se puede matar a un muerto dos veces, ¿no?

—Eso es si has pagado ya una pena por su asesinato, lo vi en una peli —dijo Sara.

—Yo he pagado mi pena.

Todos se quedaron en silencio porque cualquiera que la conociera había sido testigo de su dolor. —No sé cómo lo soportas —dijo Molly—. Será cabrón… —Miró a Albert. —¿Qué piensas hacer?

—Pues no puedo hacer mucho, porque estaba defendiendo a su mujer.

—¿Qué? —preguntó Alice incrédula.

—Sí, legalmente sigues siendo su mujer y estabas en peligro, así que estando en tus tierras podía disparar a todo lo que se moviera. Además, tiene pruebas de la implicación del sheriff en varios robos por la zona. Dice que siempre sospechó de él porque nadie pensaría que estaba implicado.

—Así que le vas a dejar libre.

—Sí, en cuanto llegue su abogado. No pienso soltarle antes, que se joda.

Sonrió sin poder evitarlo porque era evidente que ya empezaba a ser el Albert de siempre. —Gracias.

—Y perdona por lo del tobillo —dijo incómodo—. Lo del sheriff me tomó por sorpresa.

—Sé que le querías mucho, lo siento.

Albert asintió. —Siempre creí que era un buen hombre.

Molly puso el brazo en jarra. —¿Es cierto que tienes detenido a Colin por el asesinato de la señora Gómez?

—Su coche muestra signos de que ha atropellado a alguien y un pedazo del vestido de la víctima estaba en la parte delantera del coche.

—Leche. ¿Le van a enchironar?

—Estoy esperando las pruebas del laboratorio.

El médico entró en ese momento con su enfermera y se hizo cargo de la situación.

—Ven, amiga, te daré un jersey que tengo en el coche —dijo Molly cogiéndola del brazo.

—No hace falta, voy a lavarme y…

—¡Qué vengas, leche! —Tiró de ella fuera de la oficina del sheriff y le preguntó —¿Fuiste tú?

—¿Yo? —preguntó haciéndose la tonta.

—Vamos, ¿a mí con esas? Sé que quieres vengarte.

—¿Y?

—Colin es un padre de familia.

—Que ocultó como los demás que mi marido estaba vivo —dijo con rabia—. Va a pagar como ellos. —Y sin más fue hasta su coche.

Molly la siguió corriendo. —¿Cómo conseguiste el vestido?

—Ya, claro, para que se lo chives a tu prima.

—Qué va… —Abrió los ojos como platos. —Lo acabas de confirmar.

—Yo no he confirmado nada, bonita.

—Tu tía antes hacía arreglos de ropa, ¿no?

Abrió la puerta del coche. —Hace mucho que lo dejó.

—Ya, pero a sus amigas sí que les cosía. ¿Viste cómo iba vestida ese día por casualidad?

—¿Qué día?

—Muy graciosa. ¿Y eso del ADN?

—Todavía no han limpiado su casa.

—Leche, no fastidies. ¿Cogiste sangre de allí?

—¿Yo? Qué va.

—Tiene un hijo, Alice.

—Y yo. —Dio marcha atrás dejándola con la palabra en la boca. Cuando puso la directa la miró a los ojos. —¡Y les dio igual!

Molly apretó los labios viendo como salía del pueblo. —Menudo lío en el que te estás metiendo… —Se echó a reír. —Es lo mejor que ha pasado en este pueblucho en años. Voy a buscar a Dafne.

Sentada a la mesa de la cocina con su hijo en su regazo, sacó el cubo rojo de la bolsa y Harmon se lo cogió para colocarlo en su sitio.

—Así que ya es público.

—Y se ha librado de lo del sheriff.

—¿Qué vas a hacer?

Sonrió maliciosa y su tía asintió. —Entiendo.

—No voy a quedarme con el golpe, mi tío me enseñó bien.

—Sí, niña, hazles sufrir.

Escucharon el motor de un coche que se acercaba a toda velocidad y se levantó de golpe dándole el niño a su tía antes de cojear hasta la pistola e ir a la puerta principal. Apagó la luz y apartó la cortina para ver quién era. Cuando vio una camioneta que no conocía dijo —Vete arriba.

Su tía empezó a subir las escaleras sin que ella dejara de observar la camioneta negra que se acercaba. No le sonaba de alguien del pueblo. Con la punta del cañón de la pistola seguía apartando la cortina lo suficiente como para seguir mirando, mientras con la otra mano abrió el pestillo.

Cuando la camioneta se detuvo en seco ante la puerta le vio y sonrió maliciosa. Harmon cerró de un portazo. —¿El agua, nena? ¿Has envenenado el depósito del agua? —gritó fuera de sí—. ¡Casi matas a las vacas!

—¡Fuera de mis tierras!

—¿Vas a volver a dispararme? ¿De veras? ¡Es el mismo depósito que se usa en la casa! ¡Lisa se ha pasado dormida todo el puto día y mi padre se ha encontrado el niño llorando después de sabe Dios cuánto!

Que se preocupara tanto por ese niño cuando el suyo le importaba muy poco, la sacó de quicio y abrió la puerta de golpe levantando el arma para disparar su impecable coche una y otra vez. Harmon ni se inmutó mirándola fijamente con sus fríos ojos verdes. Ella volvió la pistola para apuntarle a la cara. —Largo de mis tierras.

—¿Quieres guerra, nena?

—¿No te gustan tanto? A ver quién gana esta.

Dio un paso hacia ella sin intimidarse. —Espero que no tengas nada que ver con lo que le ha pasado a Colin, porque entonces sí que me voy a cabrear de verdad.

—¿Tú te vas a cabrear? No me hagas reír. ¿Sabes lo que haría si fuera tú? Ir a casa de tu padre cagando leches. ¿Porque sabes qué? Puede que aprovechando que tu cuñada estaba dormida a pierna suelta sobre el sofá del salón, alguien haya echado en la

comida algo que puede que haga que tu padre no se despierte nunca.

Harmon se tensó. —No te atreverías.

—Creo recordar que una vez me dijiste que el pudin de arroz le volvía loco. Mi tía lo hace de muerte.

Harmon echó a correr hasta el coche y cogió el móvil. Al cabo de unos segundos era evidente que no se lo cogían y juró por lo bajo haciéndola reír. —Esto lo vas a pagar.

Disparó a la luna delantera destrozándola antes de que él saliera de allí tan rápido como podía.

Su tía salió al porche con el niño en brazos. —Ahora se te complican las cosas, niña. Si sabe que todo lo haces tú…

—Tranquila, el abogado ya está avisado. Mañana ni podrá acercarse a mí.

Escuchó como su padre tiraba de la cadena por enésima vez y que al fin salía gruñendo del baño de abajo. Isaías llegó al salón y suspiró dejándose caer en su sillón. —Hija de…

—Padre… Teniendo en cuenta lo que le hice yo, esto son niñerías. Se le pasará.

—¿Lo que tú le hiciste? —Rio sin ganas. —Tiene huevos cuando te puso los cuernos incluso antes de casarse.

Harmon apretó los labios levantándose y miró por la ventana. —Padre, ¿no te has preguntado por qué he vuelto?

—¿Por todo lo que ha pasado? Te preocupaba tu familia, es lo normal.

—Ante una situación de crisis como la que está pasando el país, soy más necesario que nunca.

Isaías enderezó la espalda. —Estás en una misión.

Apretó los labios mirando por la ventana. —Mis superiores consideraron que ya que se me conocía por la zona, lo mejor era

regresar como Harmon Ballingham. Y te juro que cuando acepté esta misión, lo único que me asustaba era tener que enfrentarme a ella.

—¿Pero qué tonterías dices, hijo? ¡Te utilizó! ¿Acaso no recuerdas el día de tu boda? ¡No dejaba de presumir que se había casado con un teniente de los Estados Unidos, que ahora conocería mundo!

—Estaba orgullosa de mí —dijo mirando sin ver el exterior recordando aquel día.

—¡Quería salir de aquí y creía que tú eras el billete que necesitaba!

—Sabes que lo que dices no es cierto, padre. Me amaba, por eso la elegí a ella, pero decidí ignorar sus sentimientos para cumplir mis objetivos. Durante estos años he sabido que cometí un error, pero lo asumí. No me quedó más remedio, ya no había vuelta atrás. El ejército no me lo hubiera permitido, sería un escándalo y nos jugábamos la vida, pero ahora que he vuelto…

—¿No pensarás en volver con esa mujer? ¿Te das cuenta de lo que estás diciendo?

—Padre, lo sé, no hace falta que lo encubras durante más tiempo.

Isaías se levantó lentamente del sofá. —¿Qué dices?

Se volvió para mirarle a los ojos. —Sé lo que ocurrió en mi nacimiento. Sé que soy adoptado y que Colin nació dos años después.

El labio inferior de Isaías tembló. —Tu madre me hizo jurar que no te lo diría nunca. Para nosotros has sido nuestro hijo, más hijo aún que si ella te hubiera parido. Si lo ocultamos fue…

—Padre, déjalo… Solo quiero que me digas por qué. ¿Sabiendo mis orígenes por qué obligaste a mi mujer a hacer esa prueba?

Isaías apretó los labios antes de dejarse caer en el sofá como si estuviera agotado. —No quería que tuvieras remordimientos. Sé

que estuviste en el funeral, que viste su sufrimiento. Cuando me enteré de que seguías vivo, ya sabía que estaba embarazada.

—Y no me lo dijiste.

Negó con la cabeza sin ser capaz de mirarle a la cara. —Tu deber debía estar por encima de todo. Tu nuevo puesto debía ser muy importante como para fingir tu muerte y no quería que te sintieras mal por ello. No puedo negar que tuve dudas cuando nació antes de tiempo, pero el doctor me dijo que había sido prematuro. Entonces me di cuenta de que era la mejor manera de zanjar para siempre el asunto. Era la mejor manera de alejarla de nuestra vida, sino no te volvería a ver. Sabía que si existía la posibilidad de que ella estuviera aquí, de que me trajera al niño a esta casa, tú nunca vendrías, así que elegí. Elegí a mi hijo, aunque solo fuera a verte una semana al año.

—Elegiste dejarla mal, hundir su reputación ante todos.

—Bah, no me creyeron. Pensaron que estaba loco.

—¿Por qué, padre? ¿Por qué crees que pensaron eso?

Isaías apretó los labios. —Porque todo el pueblo vio lo que te amaba. —Levantó la vista hasta sus ojos. —¡No pienso disculparme! ¡Tuve que elegir y lo hice como lo hiciste tú!

—No puedo culparte.

—¿Cuándo te enteraste de lo de tu madre?

—Cuando me encontré con Alice ayer, vi un dolor en su mirada que lo ha removido todo. Entonces recordé aquellos pocos días que estuvimos juntos antes de la boda. Las risas, los besos… No, aquello no se podía fingir. Me dio por pensar muchas cosas y me di cuenta de que no me hubiera traicionado. Al contrario que yo, ella sí que me amaba y nunca me hubiera hecho daño. El niño tenía que ser mío y si era mío tú habías mentido. Entonces hice una llamada a un conocido para que comprobara donde nací, quería que averiguara si había algo sobre mis orígenes que no supiera. Y descubrió el certificado de adopción. —Apretó los puños con rabia. —Una maldita llamada que podía haber hecho hace tres años cuando nació el niño,

pero no la hice… —Se volvió de nuevo hacia la ventana. —No la hice, ¿en qué me convierte eso?

—¡En un soldado! ¡Un hombre con un deber!

—Hace seis meses murió uno de mis hombres. Murió en mis brazos, padre. ¿Y sabes lo que me dijo antes de morir? Que se arrepentía de haber perdido su vida por algo que no tenía sentido y empiezo a pensar que tiene razón.

—Hijo, ¿pero qué dices? ¡Eres coronel del ejército! ¡Haces misiones por todo el mundo!

—¿Y para qué, padre? Siempre habrá una misión más, un objetivo más… Esto no se acabará nunca. Cuando crees que la locura ha terminado, vuelve a empezar. Mira a tu alrededor, como me dijo Ryan no tiene ningún sentido.

Isaías apretó los labios. —Desgraciadamente siempre tendrá que haber gente como tú para mantener la poca paz que tenemos.

Suspiró pasándose la mano por la nuca. —Tengo treinta y cinco años y ya estoy agotado.

Preocupado por él se acercó y le cogió del brazo para que le mirara. —¿Qué me estás diciendo? ¿Que lo quieres dejar?

—Quiero ver crecer a mis hijos.

Su padre negó con la cabeza. —Alice jamás te perdonará.

—Lo sé.

—¡Olvídalo! ¡No quiero que te empeñes en algo que no tiene sentido!

—Padre, lo sé. —Fue hasta la puerta del salón.

—¡No puedes decirle nada de tu madre! ¡Prométemelo!

Se detuvo en seco tensando la espalda. —Merece saberlo, padre.

—¡No! ¡Tu madre quiso ocultarlo para que no te señalaran en el pueblo, ahora no voy a consentir que estemos en boca de todos por callarnos hace treinta y cinco años algo así!

Lisa llegó en ese momento con el niño en brazos. —Por favor, no discutáis. Creo que viene el abogado.

Harmon se acercó a la ventana y apartó la cortina para ver el camino. —Sí, es Tarner. —Salieron al porche y el mercedes gris de su abogado se detuvo ante ellos. En cuanto se bajó del coche Harmon preguntó —¿Se sabe algo de mi hermano?

—No puedo representar a su hermano.

—¿Cómo que no?

El abogado alargó la mano mostrando un gran sobre marrón.

—¿Qué es esto?

—Debido a que mi clienta es su esposa, no puedo representar a nadie de esta familia, porque conllevaría un conflicto de intereses por el que podrían echarme del colegio de abogados. Así que como comprenderá, tendrán que arreglárselas de otra manera.

—¿Qué coño es esto? —Le arrebató el sobre y lo abrió.

—Esos son los papeles del divorcio. Le aconsejo que los acepte y firme cuanto antes porque lo que está sucediendo en el país acabará tarde o temprano y esto terminará en un juicio muy feo que implica al gobierno de los estados Unidos de América.

—¿Qué quiere decir?

—Hable con sus jefes, los daños psicológicos causados a mi clienta les van a salir por un ojo de la cara, pero es lo mínimo que merecen por lo que le han hecho a esa pobre mujer —dijo con desprecio antes de ir hacia su coche a toda prisa.

Harmon empezó a leer el documento.

—¿Qué dicen esos papeles, hijo?

—Es un acuerdo de divorcio. Debo pagar cinco millones de dólares de indemnización por daños psicológicos. Ella se compromete a no hablar con la prensa del caso si nos atenemos al acuerdo. —Pasó la hoja. —También hay una advertencia, en caso de que a ella o a alguien de su familia le ocurra algo, su abogado o en su defecto alguien a quien él elija, iniciará acciones legales para

defender a su familia. Entonces las consecuencias serán impredecibles tanto para mí como para el estado.

—Un escándalo.

—Esa demanda no tiene futuro —dijo Lisa sabiendo de lo que hablaba—. El estado siempre puede decir que te encontraron cuatro años después en una selva perdida. Tu mujer no tiene pruebas. Pueden alegar que hubo un error con los muertos o mil cosas más. —Se encogió de hombros. —Pueden dar muchos argumentos o incluso decir que es secreto de estado. Aunque nunca reconocieran la verdad, ningún tribunal se pondría en contra del ejército de este país.

—A no ser que estuviera muy segura de que puede demostrarlo. ¿Y si tiene pruebas de que has venido por aquí durante ese periodo de tiempo? —preguntó Isaías asustado—. Te encontró en la cabaña.

Harmon apretó los labios. —Si tuviera pruebas me hubiera descubierto mucho antes. No, Alice se enteró cuando fue a tirarme la piedra.

—¿Qué le dijiste al sheriff cuando te detuvo?

—Nada. Que mi desaparición era secreto de estado, que no le podía contar nada de eso. Lo que se suele decir para que nadie meta la nariz en mi pasado.

—Pues yo que tú descubriría si tu esposa tiene algo que pueda comprometerte antes de avisar a tus superiores —dijo Lisa molesta—. No vaya a ser que nos metamos en un lío y acabemos todos muertos para cubrir la mierda del gobierno.

Capítulo 7

Se agachó para quitar las malas hierbas del huerto y escuchó los cascos del caballo. Sacó la pistola de la cinturilla del pantalón volviéndose y le vio llegar. Entonces recordó esa tarde años atrás, la tarde en el que le pidió matrimonio allí mismo. Llegó por sorpresa de un permiso y fue a buscarla. Saltó del caballo y la agarró por la cintura mientras ella loca de la alegría le besaba por toda la cara haciéndole reír. —¿Me has echado de menos?

—Cada minuto, cada segundo…

Él la miró tan intensamente que le cortó el aliento y agachó su rostro para besarla como si quisiera recordar sus labios para siempre. Cuando el beso terminó susurró contra sus labios —Cásate conmigo.

Fue un sueño y dijo que sí en el acto. Viéndole mientras se acercaba se dijo que el sueño había sido más bien una pesadilla.

Él detuvo su caballo a unos metros. —Nena, hubiera preferido que no hubieras metido al abogado en esto.

—Muérete. Ah, no, que ya lo has hecho.

—Muy graciosa.

—Siempre te gustó mi sentido del humor.

—He venido a decirte que más te vale que tengas la boca cerrada. Para todos he regresado después de estar cautivo en una selva de la que no se dará el nombre por motivos de seguridad. Si sigues en tu empeño de hacer un escándalo de esto y asegurar que fingimos mi muerte, si pretendes hacerte rica con esto, puede que

las consecuencias para todos sean irremediables. ¿Comprendes lo que te digo?

—Ya sabía que no lo admitirían por las buenas, no soy tonta. Pero si estás tan preocupado por esto solo tienes que darme mi dinero. Vas a pagar lo que hiciste de una manera u otra, tú veras. La decisión es tuya.

—No tengo cinco millones —dijo entre dientes.

—Ah, ¿no? ¿A James Bond no le pagaban bien? Qué pena, pues tendrás que pedirle ayuda a tus jefes, siempre hay partidas de presupuestos ocultas para cosas así.

—Ves muchas películas.

—Para películas la que me estás contando tú. —Dio un paso hacia él sin dejar de apuntarle. —Te debes creer que sigo siendo tan estúpida como cuando me casé contigo —dijo con rabia—. ¡Pues no! ¡No dejaré que me tomes más el pelo! ¡Saca la pasta de donde te dé la gana, pero págame! ¡Todo lo que he sufrido tiene un precio y pienso cobrármelo! ¡Puede que el país ahora mismo sea un caos, pero todo esto pasará y cuando lo haga seguro que habrá muchas televisiones interesadas en mi historia y tengo entendido que pagarán muy bien!

—Eso no pasará, nena —dijo muy tenso.

Se le cortó el aliento. —¿Qué quieres decir?

Harmon apretó los labios. —Puede que no lo hayas visto en las noticias, pero en Europa y Asia la situación es incluso mucho peor que aquí. No hay comida para todos ya que se han tenido que eliminar el ochenta por ciento de los cereales en el mundo. No hay carne para todos porque desde hace años las ganaderías han sido abandonadas y ningún país tiene posibilidades de importar. Ya se han perdido millones de puestos de trabajo, las monedas se han devaluado, lo que provocará una hambruna mundial.

Dejó caer el brazo del arma de la impresión. —Mientes.

La miró fijamente a los ojos. —¿Por qué crees que estoy aquí?

—¡Pues no tengo ni idea, porque estoy segura de que no ha sido para ver a tu hijo! —le gritó nerviosa.

Harmon apretó los labios. —Sé que no tengo derecho a verle.

—¡Claro que no, así que como entenderás no tengo ni idea de que haces aquí!

—Me han enviado de vuelta porque la economía de este estado está basada principalmente en la agricultura. Trigo, cebada, remolacha, avena…

—Dios mío, ¿qué pretendéis hacer?

—Se plantará cada pedazo de tierra para que el año que viene se pueda suministrar grano a todo el país.

Le daba que no todo iba a ser positivo. —¿Dónde está la pega?

—Soy el encargado de dirigir al ejército que protegerá estas tierras. Todo se hará bajo supervisión militar.

Separó los labios de la impresión. —Por eso mataste al sheriff, porque sabías que robaba el grano. ¿Cuánto llevas aquí?

—Desde una semana antes de que salieran los primeros casos en la televisión.

—¡Lo sabíais! —gritó—. ¡Y no nos avisasteis!

—Se consideró que las bajas por envenenamiento serían menores que los disturbios que se podrían provocar con el anuncio. Además, las teorías conspiranoicas de internet nos hubieran hecho un flaco favor, muchos no hubieran hecho caso y habrían muerto igual. Necesitaban encontrarse con la realidad de frente para darse cuenta del problema al que nos enfrentamos.

Palideció porque con esa decisión le daba igual si morían los suyos o no, lo único que le importaba eran las órdenes. Intentando reprimir la rabia preguntó con voz ronca —¿Cómo empezó todo?

—Hace un mes más o menos nos llegaron noticias de que había varias muertes en Tokio. Las muertes empezaron a aumentar y se trasladaron a otros países de Asia y Europa. Los alimentos, sobre todo cereal que habían sido tratados con un producto pesticida

tóxico, estaban por todo el mundo. Apenas dos días después de que me pusieran al mando, se anunciaron tres muertes en los Estados Unidos, pero hubo más antes.

—¿Cuántas más?

—Al menos cien.

—¡Dios mío, lo ocultasteis todo lo que pudisteis! ¡Esa gente murió por vuestra culpa!

—¡El estado no estaba preparado para asumir lo que se le vendría encima, tuvimos que alertar a todas las administraciones y hacer protocolos de emergencia antes de que se nos fuera de las manos! ¡Ni te atrevas a juzgarnos! ¡A veces tenemos que tomar decisiones que duelen por el bien común!

—¿Como abandonar a tu hijo?

Harmon se tensó y apretó los labios. —Tomé una decisión y es algo con lo que pienso vivir. —Tiró de las riendas para controlar a su caballo. —Olvida el dinero, no lo habrá. Antes de pagarte un solo dólar preferirán pegarte un tiro para acallarte, o lo que es peor, me ordenarán que te lo pegue yo. —Alice dio un paso atrás de la impresión. —Así que te aconsejo que te mantengas callada.

—Harmon…

Él que iba a largarse la miró. —¿Nos pagarán por nuestro trabajo? ¿O se quedarán con todo y seremos sus esclavos?

—Se os pagará por vuestro trabajo. Un precio justo, pero no se permitirán subidas de precios excesivos para no hundir aún más la economía.

—¿Y el que no quiera o no pueda trabajar?

—El estado expropiará sus tierras.

—¿Por qué no se hace en otros estados?

—Un exceso de producción también sería malo. Debe haber la cantidad justa de producto para mantener los precios. Mañana vendrá uno de mis hombres con la documentación.

—¿Documentación?

—Todos los propietarios serán informados.

Con eso quería decirle que ella era una más. Asintió y se volvió para ir hacia la casa. Harmon la observó subir los escalones del porche y juró por lo bajo antes de decir —¿Es feliz?

Se le cortó el aliento y le miró sobre su hombro.

—¿Tu hijo es feliz?

Emocionada asintió y Harmon sonrió con tristeza. —Me alegro mucho. —Dio la vuelta a su caballo y se alejó a galope.

Su tía salió al porche y ambas observaron cómo se alejaba campo a través. —¿Crees que habrá problemas, niña?

—No, con él al mando no. Si algo le motiva es su trabajo y su deber. Nos protegerá a todos.

Al día siguiente llegaron los camiones del ejército y para sorpresa de todos se trasladaron hasta casas móviles porque estarían allí al menos un año. Alice se enteró de que Harmon no solo dirigía a ese gran número de hombres, sino que había otros diez regimientos repartidos por todo el estado que dependían de su mando pues era coronel. Coronel, al parecer su muerte había conllevado un buen ascenso. Molly le dijo que era muy joven para tener ese rango y que si lo había conseguido es porque había arriesgado un montón el pellejo. Ella no quería pensar en ello.

En menos de una semana los soldados ya hacían patrullas por los caminos en grupos de cuatro. Iban en jeeps informando a los vecinos de lo que tenían que hacer o cultivar. A ella le tocaban los nabos, ya que aunque nevara antes de Navidad no se estropearían y se podrían recolectar en tres meses, perfecto para empezar la siembra del cereal en cuanto pasara el invierno. ¿Pero quién diablos comía nabos? Pues al parecer a partir de ahora se iban a comer mucho. Mirando la documentación que un soldado le había entregado, revisó las condiciones y no eran nada malas. Prácticamente tendrían que hacer lo mismo que hacían hasta ahora,

con la excepción de que la venta del producto estaría supervisada por alguien del ejército. Cualquier empresa que quisiera su producto, debía entregar un informe que detallara para qué lo adquiría y debía especificar a dónde iría dirigido, lo que demostraba que lo habían organizado todo lo bastante bien como para que nadie acaparara el producto. Al ver la firma de Harmon al final del documento no pudo evitar sentirse orgullosa por cómo lo había organizado todo. Sintiéndose estúpida por pensar algo así, se levantó y gritó —¡Peque, nos vamos!

—Jo, mamá… No quero…

—Sí, sí que quieres, vas a ver a tus amiguitos.

Su hijo apareció en la puerta del salón con su osito. —¡No! ¡No quiero ir a la guarde!

—Uy, que vamos a tener una rabieta.

—¡Quiero quedarme en casa con la tía! ¡Ella me da tortitas!

Desde que le había dicho que su padre había vuelto del más allá, estaba de lo más rebelde y no quería salir de casa como si temiera encontrarse con él. Y ella también temía ese momento, para qué negarlo. Alice suspiró. —Cielo, no puedes quedarte en casa todo el día. Hay que volver a la rutina. —Miró los papeles que tenía en la mano. —Lo dice aquí.

Su hijo miró los papeles. —¿Lo dice papá?

—Sí, cielo. Así que si no quieres llevarle la contraria…

En ese momento llamaron a la puerta y asombrada porque no había oído nada fuera, miró hacia la ventana, pero no vio ningún coche. Su hijo salió corriendo. —Harmon no abras la puerta.

Llegó demasiado tarde, su hijo ya estaba de puntillas girando el pomo y la puerta se abrió mostrando a Harmon padre con traje de faena del ejército. Su hijo con la boca abierta levantó la vista hasta su rostro y se quedaron mirándose el uno al otro durante varios segundos que a ella se le hicieron eternos. —¿Mami?

—¿Sí, cielo?

—¿Es mi papá?

Apretó los labios con rabia antes de decir suavemente —Sí.

—Es más alto que en las fotos.

Harmon se agachó ante él. —Es que las fotos nunca me hicieron justicia.

Su hijo entrecerró los ojos como si esa respuesta no le hubiera gustado. —¡No te pareces, no te quiero aquí! ¡Mi papá es mucho mejor que tú! —Salió corriendo hacia la cocina y a Alice se le puso un nudo en la garganta.

Harmon suspiró incorporándose. —Al parecer no le gusto.

—Si estás insinuando que le he dicho algo en tu contra…

Él se tensó. —No he dicho eso.

—Explícale a tu hijo por qué no te ha visto desde que nació. Hasta ahora para él eras un superhéroe y ahora que te tiene delante, no entiende lo que está ocurriendo.

—Lo comprendo.

—Lo comprendes, pero te importa una mierda —siseó—. ¿Qué quieres?

—¿Puedo pasar?

—Lo que quieras decirme me lo puedes decir ahí.

—Nena, voy a estar por aquí mucho tiempo, intentemos llevar las cosas bien.

Apretó los labios y le hizo un gesto hacia el salón. Él entró en la casa siguiéndola y Harmon vio los papeles sobre el sofá. —¿Los has leído?

—Sí.

—¿Qué te parecen?

—Bien.

Apretó los labios mirando a su alrededor y al ver su foto al lado de la medalla y la bandera doblada que le habían entregado en su funeral suspiró. —Joder, quita eso de ahí.

—Si no lo he hecho ha sido por Harmon, te lo aseguro. Cuando quité la bandera y la medalla tuvo una buena rabieta. Quise ponerla en su habitación, pero dice que este es su lugar, que quiere que todo el mundo vea lo valiente que fue su padre —dijo con desprecio. Se acercó a coger los papeles—. Ve al grano, tengo mil cosas que hacer.

—Hemos detenido a Molly y a Dafne.

Levantó una ceja.

—Estaban robando mermelada de la casa de un viejo del que no recuerdo el nombre.

—El señor Peterson se lo merecía, mató a la señora Gómez.

—Ah, ¿pero no lo había hecho mi hermano?

—Por cierto, ¿cómo va su defensa?

—Está en la calle, gracias.

—A ti, estás haciendo un trabajo impecable —dijo con burla —. ¿Cómo se ha exculpado tu hermano? Esto huele a tráfico de influencias.

—No mató a la señora Gómez y lo sabes muy bien. ¡Tú misma lo acabas de decir! No sé cómo lo hiciste para inculparle, pero deja de fastidiar, ¡joder!

—Sí, siempre te ha fastidiado mi presencia, por eso fingiste tu muerte.

Se tensó. —Deja de decir eso.

—Ya, ya, ¿porque puedes pegarme un tiro?

—¡Alice, ya está bien! —Dio un paso hacia ella y Alice levantó la barbilla sin intimidarse. —¡A partir de ahora dejarás de meterte en líos, de drogar el ganado de mi padre, de dar sugerencias a vecinas que las hagan cometer delitos y te portarás bien!

—¿Y si no?

Acercó su rostro al suyo. —No quieras saberlo. Te recuerdo que ante la ley sigues siendo mi esposa, que en este estado no hay más palabra que la mía y que tienes a tu cargo a mi hijo…

Se le cortó el aliento y él sonrió. —Veo que me vas entendiendo.

Gritó tirándose sobre él y le agarró de las orejas. —¡Alice! —Del impulso cayó hacia atrás sobre la mesa de centro, que se desplomó por su peso como si fuera hecha de palillos mientras ella seguía gritando y tirando con saña de todo lo que pudiera agarrar, cabello incluido. Harmon la agarró por la cintura intentando quitársela de encima y rodaron por el suelo hasta que él consiguió cogerla de los antebrazos y apartar sus manos. Asombrado vio un mechón de su pelo negro entre sus dedos. —¡Me has arrancado el cabello!

—Y más que te voy a arrancar —dijo con cara de loca antes de intentar morderle el brazo.

—¡Basta!

Le miró con todo el odio del que fue capaz, pero de repente sintió que algo entre sus piernas se endurecía y jadeó asombrada. —¡Quítate de encima!

Harmon sonrió apretando la pelvis contra ella. —No.

—Quítate de encima o… —Él bajó la cabeza y Alice apartó la cara creyendo que la besaría, pero lo que hizo fue lamer su cuello cortándole el aliento. —No.

—¿Recuerdas esto, nena? Antes te volvía loca.

—Ejem…

Harmon miró hacia la puerta donde Shelly estaba de brazos cruzados observándoles con cara de querer fusilar a alguien. Su hijo estaba a su lado también con los brazos cruzados y cara de ponerse a gritar en cualquier momento. Carraspeó diciendo —No es lo que parece…

Alice se sentó de golpe y sonrió a su hijo. —Papá me estaba enseñando una táctica de lucha, ¿verdad Harmon?

—Claro, algo que aprendí en Guatemala que… —Carraspeó. —Mejor lo dejamos.

—¿El niño va a la guardería o no?

—¡No! —gritó el niño mientras Harmon decía que sí.

Padre e hijo se miraron a los ojos. —¡No!

—Irás a la guardería, tienes que hacer vida normal.

—¡No!

Alice sonrió poniéndose en pie. —Vamos coronel, convéncele.

La miró como si estuviera loca antes de ir hasta el niño, cogerlo para cargárselo al hombro como si fuera un fardo y salir de la casa mientras ellas jadeaban del asombro. Ambas miraron por la ventana mientras subía a su hijo a un quad colocándolo ante él y salían de la finca. ¡El pequeño reía y todo!

Se miraron. —Es evidente que estamos siendo poco duras con el niño. Igual una mano firme… —dijo su tía—. Por cierto, hablando de manos, ¿eso es pelo?

Se miró y entre los dedos se veían cuatro pelos negros. —Pues sí. —Sonrió de oreja a oreja. —Esta pelea la he ganado yo.

—Ah, ¿pero piensas tener más?

—Si no me da mis cinco millones, pienso dejarle calvo a disgustos.

Fue a recoger al niño a la guardería y cómo llegó veinte minutos antes decidió dar una vuelta por el pueblo. Recordó que necesitaba un mango nuevo para el rastrillo y decidió entrar en la ferretería. —Buenas tardes, Sammy.

La hija de los dueños ni la escuchó con los cascos puestos. Puso los ojos en blanco y fue hasta los palos de madera para coger uno. Cuando se volvió Albert estaba tras ella. —Hola —dijo él.

—Hola, ¿qué tal va?

—Con mucho menos trabajo desde que tu marido ha vuelto de entre los muertos.

—Si quieres información no puedo ayudarte. Nos odiamos a muerte.

—Sí, me lo imagino. ¿Hablamos un momento?

—Suéltalo, tengo que recoger a Harmon. —Él levantó una ceja. —Hijo, Harmon hijo.

—Empieza a llamarle Harmie o será un lío.

Hizo una mueca y puso los diez pavos sobre el mostrador. Sammy seguía en Babia y estiró el cuello para ver que miraba algo en internet. Un video de gatitos. Esta soltó una risita. —¿Me das la vuelta? —gritó sobresaltándola.

Miró el palo y los diez dólares antes de meterlos en la caja. —No hay vuelta.

—¿Cómo que no?

—Hay escasez, todo ha subido muchísimo.

—Los palos no se comen.

—Pero se utilizan para herramientas que hacen surcos y puedes plantar algo que sí te vas a comer, maja. Ley de oferta y demanda.

—Hay congelación de precios. ¿Quieres que hable con mi marido?

La chica abrió la caja y le devolvió cinco dólares. —Ya me parecía. —Se metió el dinero en el bolsillo del pantalón y con el palo en la mano se volvió hacia Albert. —¿De qué querías hablar?

Él le hizo un gesto para que salieran y le acompañó hasta su coche. —Verás, a algunos vecinos todo esto no les está gustando un pelo.

—¿A qué te refieres?

—No quieren al ejército por aquí.

—Será porque hacen cosas que no deben.

Albert apretó los labios.

—¿Qué pasa? ¿Estás metido en algo que no debes?

—No, no es eso.

—¿Entonces?

Parecía indeciso. —¿Sabes que tu marido ha detenido al viejo Peterson?

Este no se decidía a contárselo y quería cambiar de tema, eso era evidente. —Algo que deberías haber investigado tú y eso te molesta.

—Pues sí, la verdad… —La miró de soslayo. —Pero ese no es el problema.

—Vete al grano, por favor. ¿Qué es eso tan grave que os molesta a ti y a toda esa gente de la que hablas?

—No se fían de él.

Se quedó de piedra. —¿Cómo?

—No se fían de él por lo que te hizo, y yo tampoco, la verdad. La gente no es tonta, todos hablan de que fingió su muerte y que te dejó abandonada. Que su padre vertió acusaciones muy duras sobre el nacimiento de tu hijo cuando sabía de sobra que sí era un Ballingham. —Ella apretó los labios. —¿Cómo se van a fiar de alguien que ha sido capaz de hacerle algo así a su propia esposa? Claro que no se fían.

—Pues deberían fiarse.

—¿Y eso por qué?

—Porque si algo ha demostrado Harmon, es que haría lo que fuera por el bien de su país y eso implica a todos los que vivís aquí. ¿No te das cuenta de que podía haber puesto el centro de mando en cualquier otra parte del estado y lo hizo aquí precisamente para que estemos seguros?

Albert entrecerró los ojos pensando en ello. —Tienes razón. Si alguien me vuelve a decir algo se lo comentaré.

En ese momento un camión del ejército pasó ante ellos y se detuvo ante la farmacia. Varios hombres bajaron y se apostaron en la puerta antes de que el camión siguiera su camino.

—¿Qué coño...? —Albert fue hasta ellos y Alice le siguió. —¿Qué está pasando aquí?

—Seguimos órdenes.

—¿Estáis aquí para proteger la farmacia? ¿Por qué?

—No más de un producto por persona y si es medicación solo con prescripción médica.

Alice y el sheriff se miraron antes de preguntar a la vez —¿Hay desabastecimiento?

—Es para evitar envenenamientos —dijo uno de los soldados —. Al parecer alguien ha drogado ganado.

Se puso como un tomate. Es que era para matarle. —Ah… Pues muy bien, chicos.

Los soldados sonrieron.

—¿Envenenamientos? —preguntó Albert.

—¿Tú has oído algo?

—Si lo hubiera oído no te preguntaría.

—Ey… ¡Yuju! —Alice miró al otro lado de la acera y allí estaba Molly contenta como unas castañuelas saludándoles con la mano. —¿Cómo os va, chicos? Qué alegría veros.

—¿Está drogada? —preguntó Albert.

—Se ha debido pasar con la sangría, al parecer la hace muy rica.

Molly llegó hasta ellos con una sonrisa de oreja a oreja. —Hola.

—Espero que no hayas traído el coche.

Su amiga se echó a reír a carcajadas y Albert y ella se miraron de reojo. Sí, era evidente que había empinado el codo. —¿De dónde vienes? —preguntó ella.

—De casa de Dafne. Al parecer la señora Gómez no hacía solo buenas conservas. —Soltó una risita. —Tenía un licor de guindas que te pone a cien.

Rio de nuevo y Alice la cogió por el brazo. —Será mejor que la lleves a casa.

—¿Yo?

—Eres el sheriff.

—Pues ya verás la cara de su marido cuando la vea llegar así en el coche patrulla. Le va a dar algo, al pobre.

—Le he dicho que se largue. Pero no tendré la suerte de que se haya largado ya. Se lo he pedido por enésima vez…

Alice no salía de su asombro. —¿Por qué?

—Porque no tiene sangre en las venas —dijo molesta—. Ha perdido su trabajo y no deja de lloriquear y lloriquear… —La miró asombrada. —¿Dónde está mi marido? ¡Era capitán del equipo de fútbol! Si alguien tenía que haber robado es él para darle de comer a sus hijos.

—Molly has bebido y…

—¿Crees que no sé lo que digo? ¡Ni ha sido capaz de hacer un huerto detrás de casa para plantar las semillas que nos diste! ¡Lo he tenido que hacer yo mientras él no para de beber la cerveza que había en el sótano para la fiesta y ver la maldita tele! ¿Qué clase de vida me espera con él? Eso sin mencionar que el sexo es un puro aburrimiento, me dura poquísimo. No tengo un orgasmo desde la noche de bodas.

Albert carraspeó cogiéndola del brazo. —Sí, será mejor que te lleve a casa.

—No, ahora soy casi libre. —Miró a los soldados. —Hola guapos, ¿queréis un meneíto?

—Molly, por Dios…

Un coche se detuvo a su lado y Harmon se bajó quitándose las gafas de sol. —¿Todo bien?

—Oh, pero si está aquí el general —dijo Molly antes de soltar una risita—. El valiente que dejó a su mujer en la estacada. No sé qué pasa en este país que los hombres son cada vez más decepcionantes.

—¿Perdón?

—Olvídalo, ha bebido, me la llevo a casa. ¿Puedes recoger Harmie y al hijo de Molly? Ellos te dirán donde está la casa de los

Richmond.

Él asintió. —Está bien.

—Mira, al menos este te sirve para algo. El mío seguro que ni siquiera sabe dónde está el colegio. Eso sí, hace unos espaguetis a la carbonara que te mueres, me han dejado un culo enorme. Ay, Alice no tires tanto que me haces daño.

Llegaron a su camioneta y abrió la puerta. —Sube.

—Qué mandona estás últimamente.

Se subió y Alice cerró de un portazo. Rodeando el coche miró hacia Harmon que levantó una ceja. Ese gesto tan familiar en el pasado le puso el estómago del revés. Ese hombre sí que había sido de lo más decepcionante, igual Molly tenía razón. Se subió al coche molesta y arrancó.

—Oye, ¿nos vamos de fiesta? —dijo mirando el móvil—. Dafne se apunta y tengo entendido que aún se mantiene abierto el Ilusions.

—No sé.

—Vamos, necesitamos una juerga.

—Pues también es verdad.

Capítulo 8

Borrachas como cubas estaban encima de la barra dándolo todo al ritmo de la música, mientras varios soldados y algunos parroquianos las animaban. John le pasó el micro. —¿Quién pertenece al mejor estado de este país?

Todos gritaron levantando los brazos sin darse cuenta de que la puerta del local se abría dando paso a Harmon y a Albert. —Te lo dije —dijo el sheriff.

El coronel gruñó y sus hombres le hicieron paso como si abriera las aguas. Alice miró hacia él y rio. —¡Pero miradle…! ¡Ahí llega un auténtico héroe americano! ¿Sabéis que con dieciocho años consiguió su primera medalla al valor? Salvó a tres de sus compañeros de ser masacrados por una mina. —Rio. —Todo un Superman.

Harmon llegó hasta ella y le dijo —Nena, baja de ahí.

—Eh, este es un país libre. ¿Verdad que sí, amigos?

Ya nadie la jaleaba. —Vaya, nos has aguado la fiesta. —Puso morritos. —¿Por qué no te vas?

—Baja de ahí.

Retándole se puso el micro en los labios. —¿Queréis que os cuente una historia?

Nadie dijo ni pío por la cuenta que les traía.

—Vamos, es una historia increíble. De esas de princesas y valientes guerreros que las salvan de su triste vida. Esa es mi historia. Cuando tenía nueve años mis padres me abandonaron en casa de mis tíos, no les volví a ver. —Se echó a reír sin ganas. —

Lloré mucho, porque aunque siempre supe que no me querían, jamás me imaginé que me dejarían tirada. —Hizo una mueca. —Cosas que pasan. ¡Pero mi vida mejoró! Vaya si mejoró. Al fin podía ir a una escuela donde tenía amigos y mis tíos sí que me querían. Pero algo en aquella niña no estaba bien. No sentía. Y un día yendo a misa ve a su héroe. Tan guapo y tan distante… Perdió totalmente el corazón. Para ella verle era una alegría, empezaba a sentir y ese sentimiento creció a lo largo de los años. La niña ya era casi normal excepto en una cosa, nunca amaría a nadie como le amaba a él. Y de pronto, como por arte de magia él se fija en ella. La niña que ya era una mujer se presentó en una fiesta con su mejor vestido y él la invitó a bailar. Era un sueño. Al principio casi ni le hablaba, aunque se había imaginado esa situación mil veces, en su cabeza no estaba preparada para sentir su tacto, escuchar su voz y que sus palabras fueran dirigidas a ella. Pero él no desistió como buen guerrero y consiguió sacarla de su timidez para hacer que perdiera su corazón por completo. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿Y para qué? Para que la dejara sola de nuevo por su deber. Su deber… ¿Pues sabéis qué os digo? Que me meto su deber por… —Él le arrebató el micro y la agarró cargándosela al hombro.

Alice levantó la vista y vio a Molly y a Dafne aún sobre la barra con lágrimas en los ojos. —Sí, no es una buena historia —dijo mareándose.

De repente se vio sentada en un coche y tuvo que cerrar los ojos. —Joder, nena…

Ni sintió el portazo ni como él se sentaba a su lado, pero al cabo de unos minutos sí pudo abrir los ojos y sonrió al ver su perfil. —Pero si está aquí el coronel, qué sorpresa.

Él la miró de reojo. —Tu tía estaba preocupada por ti, no la avisaste.

Soltó una risita. —Pues se va a quedar de piedra cuando le digas que me he corrido una juerga.

—No tiene gracia.

—Tú sí que no tienes gracia, la perdiste hace mucho. En el ejército no os dan una medalla por eso, ¿no? Porque sino tú serías el más gracioso de todos con lo que les lames el culo.

Él apretó el volante. —No me pierdas el respeto.

—¿O qué? —dijo con desprecio.

—¡Joder, Alice, déjalo ya!

—¡Pues lárgate si no te gusta lo que ves!

—¿Crees que me fui por eso?

—¡Me importa una mierda por qué te fuiste!

—Nena, deja de mentir. —Frenó en seco en el camino y se volvió hacia ella. —Precisamente porque te importa estás así.

Intentó pegarle, pero él la agarró por la muñeca. —¿Sabes, nena? Tienes que superarlo.

—Muérete. —De repente se echó a reír sin darse cuenta de que también lloraba y él la abrazó con fuerza. —Déjame.

—No.

—No te importo, no finjas que te importo porque no es así.

—Me importas, sino no hubiera venido por aquí en todos estos años.

Se le cortó el aliento y él se apartó poco a poco para apartar los rizos de su cara. —A pesar de lo que me había dicho mi padre sobre tu infidelidad, necesitaba verte y a veces me acercaba a tu casa. Lo hice incluso antes.

—¿Qué?

—La primera vez fue en el funeral. No sé por qué lo hice, no fue agradable. —Se apartó para mirar al frente. —Ver a todas las personas que amas sufriendo por tu muerte no es agradable. Verte a ti destrozada…

—¿Por qué te casaste conmigo si ibas a hacer algo así?

—Ya te lo dije, era más convincente.

—¿Y yo?

—Tú tendrías una pensión de por vida.

Asombrada negó con la cabeza.

—Sí, ya sé que mi padre hizo lo posible por quitártela, que alegó que Harmon no era mío.

—¡Hicieron un maldito comité y presentó unas pruebas de ADN falsas para dejarme mal ante todos! ¡Nada de pensión ni para mí ni para el niño!

Él la miró como si fuera a decirle algo, pero cerró la boca durante unos segundos antes de susurrar —Lo sé.

—Y te da igual.

—No, no me da igual, pero en aquel momento pensaba que tenía razón.

Se le cortó el aliento. —Me conocías, era virgen y…

—Las pruebas de ADN fueron definitivas para mí.

—Entiendo. De repente yo era una puta que se iba con cualquiera mientras mi marido arriesgaba la vida por su país, ¿no? ¡De repente ya no me conocías! Era la excusa perfecta para aliviar tu conciencia.

—Sí.

Que lo reconociera le retorció el corazón. —Eres un miserable, no quiero que te acerques más a mi hijo.

—Ya me he mudado a tu casa.

No salía de su asombro. —Perdón, ¿qué has dicho?

—Para acallar los rumores. La estabilidad de la misión es mucho más importante que tú o que yo. La gente no confía en mí y tú serás quien les dé esa confianza. Si he vuelto a casa es por algo y si tú confías en mí ellos también.

—¡No pienso consentirlo!

—Ya está hecho, es una orden.

—¡A mí no me des tus órdenes de mierda!

La agarró por la nuca atrayéndola a él. —Nena, no quiero hacer las cosas por las malas. A partir de ahora te mostrarás feliz ante todos porque he vuelto a tu lado, serás la esposa que todos esperan de un coronel de los Estados Unidos, porque sino, si me pones las cosas difíciles, tendré que tomar medidas. La misión es lo más importante y se tienen accidentes todos los días. Sobre todo en el campo. ¿Sabes cuántas personas murieron a causa de sus tractores el año pasado?

Palideció por su amenaza. —No serás capaz.

—Pruébame. —La soltó de golpe y encendió el motor para ir hacia la casa. —¡Te lo advertí, joder! ¡Y me has llevado al límite! ¡Tu numerito de hace unos minutos pone en peligro la misión, nos pone en peligro a todos!

Temblando miró al frente. La misión era lo más importante y su vida para él no era nada. Una lágrima cayó por su mejilla sintiéndose rota y en ese momento deseó que nunca hubiera vuelto, que hubiera permanecido muerto para siempre porque cuando vivía aquella mentira, era feliz pensando que la había amado, aunque fuera poco tiempo. Sus ojos bajaron hasta la guantera que tenía en frente y vio un arma.

Un chirrido en el jeep hizo que Harmon jurara por lo bajo deteniendo el vehículo. —A ver qué pasa ahora —dijo exasperado antes de bajar. Abrió el capó del coche y ajustó unos cables. —Mierda, va a ser el car… —El sonido del disparo le detuvo en seco y dejó caer el capó para ver a través del cristal los ojos llenos de lágrimas de Alice. —¿Nena?

Sollozó y él a toda prisa rodeó el coche para ver la sangre en su vientre. —Joder, ¿qué has hecho? —Su cuerpo empezó a inclinarse a un lado y él gritó de miedo apretando su herida. —No, no… No quería decirte esas cosas, te lo juro, pero es que estoy asustado por lo que puedan hacerte. ¡Nena, abre los ojos! Abre los ojos, por favor. —La abrazó pegándola a él. —Todo se arreglará, preciosa. Ya verás. —La cabeza de Alice cayó hacia atrás y el grito desesperado de Harmon se escuchó en la noche.

El hospital de campaña que había ordenado colocar para sus hombres, estaba lo suficientemente equipado para realizar la operación de urgencias, porque llevarla al hospital de la ciudad suponía un riesgo que Harmon no pensaba correr. Ante la puerta del quirófano Shelly y él esperaban noticias. Su tía ni era capaz de hablar de todo lo que lloraba y él no sabía ni qué decir. Jamás se le pasó por la imaginación que su Alice pudiera hacer algo así.

La lona se abrió dando paso a Isaías y a su hermano que se acercaron de inmediato a él. —Lisa se encarga del pequeño mientras esperamos —dijo Colin.

—Gracias.

—¿Se sabe algo? Ya llevan tres horas —dijo su padre.

—No, pero el teniente Hobson es uno de los mejores cirujanos del cuerpo. Podrá ayudarla.

—Ayudarla —dijo Shelly con desprecio—. Tú la has llevado a esto. ¿Ahora quieres ayudarla? —Le miró con odio. —¡Sabía que no debías volver, te lo dije! —gritó.

—Solo sigo órdenes.

Isaías miró a uno y al otro. —¿Cómo que se lo dijiste?

—Padre…

—¿Tú sabías que estaba aquí?

—Me pareció verle en la carretera hace un par de años. ¿Crees que entonces no intenté detenerle? ¡Casi tuvimos un accidente porque él no quería que le descubriera! ¡Necesitaba hablar con él! —Se levantó furiosa. —Pero él estaba muy bien instruido por ti, ¿no es cierto? ¡Por todas las mentiras que le habías dicho! Le rogué que le dijera la verdad a mi niña, que sufría por él, pero se negó a escucharme. ¡Dijo que era primordial que no se supiera que seguía vivo y me dio un número de teléfono por si algún día teníamos dificultades, con la condición de que no se lo dijera a Alice! ¡Cuando empezó el problema con la comida me asusté y le envié un mensaje diciendo que habían intentado matarte a ti! ¡Pero él ya lo sabía y me dijo que la situación estaba controlada, que no me

preocupara, que él se estaba encargando de todo! Ahí me asusté porque eso significaba que ya estaba en el pueblo. Después de tanto tiempo estaba en el pueblo de nuevo y el impacto para Alice sería terrible. ¡Así que le llamé y le dije que ni se le ocurriera acercarse a mi niña! —Dio un paso hacia él con ganas de matarle. —¡Y no me hiciste caso! ¿Qué pensabas que sucedería? ¿Que te recibiría con los brazos abiertos después de abandonarla preñada de tu hijo? ¡La abandonaste como hicieron sus padres! ¡Le provocaste un dolor indescriptible, que la llevó a una clínica de reposo durante meses! ¡No comía, no dormía, ni sé cómo pudo tener al niño! ¡A nadie le extrañó que fuera prematuro!

Isaías tuvo la decencia de agachar la mirada y ella le miró. —¿Te avergüenzas? Tú que vas de hombre recto e intachable por la vida, ¿te avergüenzas? ¡Te dije que estabas yendo demasiado lejos y no me hiciste caso! ¿Le quitaste la pensión, la humillaste poniendo en duda la paternidad de su hijo y ahora te avergüenzas? ¡Sois unos cabrones sin sentimientos y la habéis llevado a quitarse la vida! ¡Me dais asco! ¡Pero os juro por mi alma que como volváis a acercaros a ella, os mataré yo misma!

En ese momento salió el cirujano, que se quitó el gorro mostrando su cabello mojado. Harmon le miró. —¿Cómo está?

—Ha tenido una hemorragia muy fuerte durante la operación que la ha llevado a una parada cardiorrespiratoria, pero hemos conseguido recuperarla.

Shelly pálida casi se desmaya. Colin la cogió a tiempo y la sentó en la silla.

Harmon apretó los labios. —Continúe, por favor.

—La bala se ha quedado alojada cerca de la columna y ha sido muy difícil extraerla. Pero eso no es todo, ha dañado el riñón derecho y el intestino. Su estado es grave, coronel, no puedo negárselo.

Shelly sollozó.

—¿Tiene posibilidades?

—Es joven y está en buen estado físico, si no hay complicaciones puede salir de esta. Quiero que la monitoricen y que esté bajo control durante las siguientes horas. Podemos hacerlo aquí perfectamente, pero si quieren se la puede trasladar al hospital del condado en helicóptero.

—¿Usted qué haría si fuera su esposa?

—No la movería de aquí, coronel. Los hospitales están saturados y aquí está bien cuidada, pero…

—Hable.

—Necesito sangre, tengo entendido que su grupo es universal. Mañana haré una campaña de donación, pero tendremos que analizarla y eso llevará tiempo. Si me hace el favor…

Él asintió y miró a su padre. —Ahora vuelvo.

Isaías asintió y miró a Shelly de reojo que no dejaba de llorar. —Se pondrá bien, es fuerte.

—Eres un cerdo —dijo con rabia—. Sabías de sobra que era tu nieto y le has hecho esto…

—No lo entiendes.

—¡Pues explícamelo!

Isaías apretó los labios. —Cuando Cindy se enteró de que no podía tener hijos se vino abajo. Su padre no dejaba de decirle que cuando tuviera un nieto sería el mejor granjero de la zona, que lo llevaría en la sangre. No fue capaz de decirle que no tendría un nieto.

—Padre…

—No, Colin, voy a explicárselo todo de una maldita vez. —Dio un paso hacia ella. —¿Sabes lo que es ver que tu mujer se marchita por no poder hacer lo que la naturaleza ve tan común en otras mujeres? Se vino abajo, la hundió, así que busqué soluciones. Oyendo las noticias en la radio mientras trabajaba en el tractor, escuché que el centro de adopciones de Billings estaba desbordado. La crisis había hecho que muchas personas abandonaran a sus hijos. Le dije a mi mujer que dijera que se iba a cuidar a mi prima en

Billings y mientras tanto adoptamos a Harmon. Le habían abandonado en la calle el mismo día en que nació. Para ella tenerle entre sus brazos fue tal alegría, que volvió a ser la mujer de la que me enamoré.

—¿Su padre nunca desconfió?

—El viejo quería un nieto, si tuvo dudas nunca las dijo en alto y creo que se le esfumaron del todo al ver como su vientre crecía con la llegada de Colin. Mi esposa fue feliz y era lo único que me importaba.

—Pero ya no está ni tu suegro ni tu esposa. Lo que le has hecho a tu nieto…

Isaías suspiró como si estuviera agotado del tema. —Diagnosticaron el cáncer de mi mujer un año antes de que los chicos se comprometieran, ella me hizo jurar que nunca se lo diría a mi hijo.

—¿Por qué?

—Porque quería que pensara en ella como su madre, no como en alguien que le había cuidado. Creía que la olvidaría o que intentaría suplir su ausencia con la otra, que intentaría encontrarla y era algo que no podía soportar. Cuando murió, cumplí mi promesa. Es nuestro hijo y nada ni nadie debía ponerlo en duda. Pero pasó lo que pasó, mi hijo fingió su muerte y me fue imposible renunciar a él. Algo me decía en mi interior que seguía vivo y cuando se presentó ante mí, sentí tanta alegría como el día en que me lo pusieron en los brazos —dijo emocionado—. ¿Qué podía hacer? Mi nuera embarazada pasaba por el rancho cada poco para ver cómo estaba. Temí que lo descubriera y mi hijo no se sintiera libre para venir cuando pudiera.

Shelly incrédula susurró —Así que la quitaste del medio. ¡Sabías cómo estaba! ¡Cuando recibió la carta del consejo, sabías que acababa de salir de la clínica, acababa de parir! Dios, ¿es que no tienes corazón?

—Elegí y elegí a mi hijo.

—Padre, es mejor que no habléis más de esto, solo os hará daño.

Shelly miró a Colin—¿Tú no tienes que decir nada de todo esto?

—Yo me enteré de todo en mi última visita —dijo molesto—. Así que a mí no me metas.

Asombrada miró a Isaías. —¿No se lo dijiste ni a tu hijo? ¿No le dijiste que su hermano seguía vivo?

—Está casado. Su esposa podía irse de la lengua y esto era muy serio para ir contándolo por ahí.

—Pues ahora ya lo sabe todo el mundo.

—No es lo mismo, ahora está de vuelta porque ellos quisieron.

—¡Y si ellos quieren se irá de nuevo! ¿Y mi niña? ¿Y su hijo? ¿Qué va a ser del pequeño Harmon en el futuro?

—Ahora todo ha cambiado, no lo harán de nuevo.

—¿Nunca te has preguntado lo que le ordenaron después?

—Me lo he preguntado millones de veces, como también se lo he preguntado a él.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que es mejor olvidar —dijo con dolor.

Asustada se levantó. —¿Qué quieres decir?

—Mi hijo puede ser muchas cosas, pero si hizo algo así fue por una razón muy poderosa. En aquel momento no debía tener identidad, imagínate por qué. Porque si le cogían no podían relacionarle con el gobierno de los Estados Unidos. Lo único que sé es que arriesgó la vida muchas más veces de lo que puedas imaginar.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Porque cada vez que venía a verme era porque le habían herido, Shelly. Y herido de gravedad. Todo su cuerpo está lleno de cicatrices.

Impresionada se llevó la mano al cuello y miró a Colin que frustrado se levantó diciendo —Voy a ver si puedo conseguir café.

Cuando se fue se quedaron en silencio varios minutos y Shelly susurró mirándose las manos —¿Crees que tu hijo aceptará todo lo que has dicho?

No le contestó.

—Espero que todas las mentiras de estos últimos años hayan merecido la pena.

—Ha cumplido con su deber —dijo apartando la mirada.

—Eso es que no.

Isaías apretó los labios y miró hacia la puerta. —Él piensa que no, pero alguien tiene que hacerlo.

—Estás orgulloso de él, ¿no es cierto? —Shelly se adelantó. —Tú que hiciste lo posible para proteger a tu mujer, estás orgulloso de que tu hijo abandonara a la suya y a su bebé por un mal llamado deber. ¿Te das cuenta de la contradicción? No tenemos más deber que proteger a los nuestros y si se largó fue porque nunca la amó realmente. La utilizó para que todos vieran a la viuda doliente y no se preguntaran lo que había en el ataúd. Una táctica de distracción que le vino de perlas para que nadie en el pueblo se hiciera preguntas. Eso es manipulación, egoísmo, no intentes dignificarlo. Tu esposa se avergonzaría de lo que hemos hecho entre todos. —Gimió llevándose la mano a la frente antes de sollozar. —Tenía que haberle dicho a Alice que le había visto desde el principio. Tendría que habérselo contado todo…

—El pasado ya no puede cambiarse.

Ella sollozó tapándose con el pañuelo.

Isaías apretó los labios y en ese momento salió Harmon de la zona de quirófanos, con el brazo al descubierto mostrando el apósito que le habían puesto, pero no solo mostraba eso, sino también varias cicatrices algunas más profundas que otras que decían a las claras que le habían torturado.

—¿Todo bien, hijo?

—En unas horas daré más. —Miró a Shelly. —Si quieres puedes pasar a verla.

Se levantó en el acto. —¿La has visto?

Asintió apartando la mirada para bajarse la manga de la camisa. —Impresiona un poco, no te asustes —dijo con la voz constreñida, aunque intentó disimularlo—. Padre, tengo que ir a revisar a la tropa, ¿te quedas?

—Sí, hijo. Por supuesto.

—Volveré luego. Shelly si necesitas algo, dejaré un soldado en la puerta para que me avise.

—Bien.

Sacó la boina del enganche del hombro y se la puso antes de ir hacia la lona, pero antes de salir se detuvo. —Si se despierta… ¿Puedes decirle que lo siento?

Emocionada susurró —Se lo diré.

Él asintió antes de irse y Shelly sollozó mirando a Isaías. —Dios mío, ¿cómo es posible que hayamos destrozado así nuestras vidas?

Capítulo 9

Sintió una mano rodeando la suya y la apretó antes de abrir los ojos. Le pesaban los párpados, le pesaban muchísimo, pero cuando los abrió allí estaba la persona que nunca le había fallado. —Mi amor, estás despierta —dijo su tía emocionada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó sintiéndose agotada.

—Te han operado.

—¿Operado? —Intentó centrarse en lo que le decía —¿De qué?

Parecía que su tía no sabía qué decirle.

—¿Estoy enferma? ¿Qué…? —Recordó la pistola en la guantera y se quedó sin aliento. —Oh, ya recuerdo.

—Niña, ¿por qué?

—¿Qué quieres decir?

Apretó su mano como si no quisiera soltarla y se la besó. —¿Qué iba a hacer yo sin ti? ¿Es que no pensaste en tu niño?

—Que si pensé en… —Entonces se dio cuenta de lo que quería decir y se quedó de piedra al recordar de nuevo la guantera y la discusión. —¿Crees que lo hice a propósito? Se me disparó la puñetera pistola.

—Niña, no hace falta que disimules.

Cerró los ojos agotada. —¿En serio crees que haría algo así? Iba a pegarle un tiro y se me disparó.

—¿Qué?

Abrió los ojos. —Se atrevió a amenazarme. A mí, después de lo que ha hecho. La agarré por el cañón para sacarla y se disparó.

La miró asombrada. —Pues casi la cascas.

—¿Tan grave ha sido? —Apretó su mano. —¿Podré tener más hijos?

—No lo he preguntado, la verdad, pero creo que sí, el doctor no habló nada del útero o cosas por el estilo.

Suspiró del alivio.

—¿En serio estás pensando en tener un niño ahora?

—Quiero que en el futuro Harmon tenga hermanos, una familia.

—Niña piensa en recuperarte y más adelante ya pensarás en eso.

—Sí, aún hay tiempo. —Miró a su tía. —Necesito que llames al abogado y que venga aquí.

—Si estás pensando en el divorcio, vete olvidándote, Harmon no lo permitirá. De hecho, se ha apalancado en casa y trata al niño como si fuera su hijo. Que faltaras le ha venido de perlas para hacerse con el control de mi casa —dijo como si aún no saliera de su asombro.

—¿Pero cuánto llevo aquí?

—Una semana.

—Eso es imposible.

—Te han estado sedando para que no tuvieras dolores porque no dejabas de quejarte cuando intentaban quitarte la medicación. Al parecer tu herida fue muy grave. Pero ahora ya estás mejor. ¿Seguro que estás lucida? Porque tengo que contarte algo que te va a dejar de piedra.

Su tía después de contarle que su marido era adoptado esperaba su reacción y la verdad es que no sabía cómo tomárselo. Aún digiriendo esa noticia y la confesión de Isaías susurró —¿Estás segura de esto? ¿Esas fueron sus palabras?

—Te lo he contado con pelos y señales, maja. —Miró hacia el otro lado de la cama y Alice volvió la cabeza para ver que Harmon entraba en su habitación vestido de uniforme. Verle acercarse con todas las medallas en su pecho la puso en guardia.

—Shelly, ¿puedes salir un momento? He tenido que dejar al niño con uno de mis hombres.

Su tía jadeó antes de salir prácticamente corriendo.

Alice le miró y él dejó su gorra sobre la cama. —Nena, esto se nos está yendo de las manos.

—Ya sé lo que pensáis, pero no intenté matarme —dijo con desprecio—. Lo único que pretendía era pegarte un tiro.

Él levantó una ceja. —¿No me digas?

—Si hubiera querido matarme, me hubiera metido el cañón en la boca. Hubiera sufrido menos.

Harmon apoyó las manos a cada lado de su cuerpo. —¿Sabes, preciosa? Lo que ha pasado me ha enseñado muchas cosas y una de ellas es que tenemos mucho camino por delante. —Apartó un rizo de su sien cortándole el aliento. —Porque alguien que me sigue amando después de lo que sucedió hace cuatro años, es alguien que merece la pena. Así que lo vamos a intentar. Deberás tener paciencia conmigo, estoy acostumbrado a dar órdenes no explicaciones, por eso reaccioné así el otro día, pero debo aprender que contigo no puedo comportarme así.

—No te sigo amando —dijo indignada—. ¿No te ha quedado claro que quiero el divorcio?

—¿No te ha quedado claro que eso no va a pasar?

Ella sonrió y acarició su mejilla. Tocarle así de nuevo le provocó un vuelco al corazón, pero decidió ignorarlo para decir —¿Ahora me quieres por esposa?

—Sí, nena —dijo más tranquilo.

Ella le agarró por la oreja y se la retorció con ganas haciendo que gruñera. —¡Antes muerta, capullo! —Cerró los ojos sintiendo que se mareaba.

—¿Nena? —Salió a toda prisa de la habitación y gritó —¡Que venga el doctor! ¡Ya!

—¿Harmon?

Él llegó hasta la cama y le cogió la mano. —Enseguida vienen, no te desmayes.

Una lágrima cayó por su sien y él se acercó a su rostro. —Shusss, eres muy dura, ¿recuerdas? Has plantado cara a todo un coronel, no te vas a hundir ahora. —Limpió su lágrima con el pulgar.

Le miró a los ojos. —No tenías que haber vuelto.

—No, nena, no tenía que haberme ido.

Un médico entró con una mujer vestida de uniforme. —Coronel, espere fuera, por favor. Revisaremos las heridas, hay sangre en las sábanas.

Él miró hacia allí y vio sorprendido que era cierto. Al agarrarle se le había saltado algún punto a pesar de que había pasado una semana desde su operación.

—Pero dijo que la herida ya estaba muy bien. ¡Por eso le quitó la sedación!

—No sé lo que ha ocurrido, lo veremos ahora.

—Yo me quedo. ¡Revísela ya!

Asombrada vio como aquel hombretón apartaba las sábanas mostrando su cuerpo desnudo. Su abdomen tenía un apósito manchado de sangre que cubría la mitad de su vientre y a pesar del mareo que sentía, levantó la cabeza para ver como lo despegaban para mostrar los puntos.

—Aquí faltan puntos —dijo el cirujano asombrado antes de mirar a la chica que se sonrojó—. ¿Se los has quitado tú?

—Creí que ya estaba curado.

—¡Pues ya ves que no! —gritó Harmon—. ¡Fuera de aquí y no vuelvas!

—Coronel, lo arreglaré enseguida —dijo el hombre algo asustado.

Harmon apretó los labios. —Como a mi mujer le vuelva a pasar algo así, pueden ir preparando el petate, les encantará Nigeria, yo tengo muy buenos recuerdos.

—¿Harmon?

—Tranquila nena, lo arreglará enseguida.

El hombre salió casi corriendo y ella le miró asombrada. —¿Siempre les hablas así?

—Ya te he dicho que estoy acostumbrado a dar órdenes. —Él al ver sus pezones endurecidos carraspeó. —Nena, ¿te has excitado?

Se sonrojó. —Qué va, aquí hace frío. ¿Crees que estoy en condiciones de excitarme? Si estoy drogada hasta las cejas.

—Así que tienes frío —dijo con voz ronca.

—Tápame. —Él cogió la sábana y se la tiró por encima hasta cubrir su pecho. —Gracias —dijo incómoda.

—Eso no ha cambiado, ¿verdad?

—No sé lo que quieres decir.

—Siempre me ha gustado cómo me respondes. —Se acercó y le dio un suave beso en los labios.

Ella cerró los labios de golpe apretándolos con fuerza. Harmon sonrió. —Da igual lo que te resistas, volverás a desearme por mucho que intentes evitarlo.

Gruñó y él sonrió aún más antes de coger su gorra. —Volveré luego.

—¿Cómo está el niño?

—Está muy bien. Es todo un diablillo. Un diablillo muy listo.

Sonrió. —Sí que lo es. —Perdió la sonrisa poco a poco. —¿Le abandonarás de nuevo?

Él tensó la espalda y la miró a los ojos antes de salir de la habitación. Eso era que sí. Quería entrar en su vida otra vez para volver a dejarles en la estacada y no sabía si podría soportarlo, porque como le había dicho aún le amaba y moriría amándole.

Tuvieron que sedarla de nuevo para arreglarle lo de los puntos y cuando despertó al día siguiente Molly estaba sentada a su lado leyendo un libro. Y por la portada era de lo más erótico. —¿De dónde has sacado eso?

Parpadeó antes de mirarla. —Me lo ha dado Dafne. Dice que cuando tengamos cuarenta será nuestra lectura habitual.

Soltó una risita. —¿Eso cree?

—Y creo que tiene razón porque al paso que voy, mi hombre no me dura hasta los cuarenta. No veas como se puso cuando borracha perdida le pedí el divorcio, estuvo dos días sin hablarme.

—Me da que ese no es el camino para arreglarlo.

Molly apretó los labios levantándose y dejó el libro sobre la mesilla de acero que tenía al lado. —No. Ya he iniciado los trámites y no ha reaccionado.

—Lo siento mucho.

—Pues yo no, ya estoy harta. Tenía que haberme dado cuenta de que no serviría de marido cuando me dejó preñada en el instituto. Lo hice todo sola y la cosa no mejoró cuando llegó el segundo. Solo quería dárselas de chef importante en el restaurante de sus padres y ponérmelos con las camareras.

—¿Encima te era infiel?

—Para que veas el panorama. Es evidente que no tenemos suerte. —Cogió su mano. —Pero lo mío no es importante, ¿qué tal estás? ¿Es cierto que has intentado quitarte del medio?

—Qué va. Intentaba quitarle del medio a él y debí apretar el gatillo al coger la pistola.

Molly hizo una mueca. —Chica, menuda mala suerte tienes.

—¿Has visto a mi peque? ¿Está bien?

—Le he visto hoy mismo cuando llevé al niño a la guardería. Harmie parecía contento de que le llevara su padre. —Soltó una risita. —Al despedirse de él, le dio un beso en la mejilla antes de cuadrarse y llevar la mano a la sien como si fuera un soldadito.

—¿Qué?

—Estaba muy gracioso. Su padre le ha regalado una de sus medallas y la lleva colgada en la camiseta. La enseña con orgullo y les explica a todos que la ha ganado por hacer la cama. Mi Gordon ha dicho que dónde está su medalla.

Gruñó. —Lo que me faltaba.

—Eso no es lo único, hermosa.

—Dime.

—Al parecer ahora el niño pasa mucho tiempo con su abuelo.

Apretó los labios con disgusto. —¿No me digas?

—Oh, sí… Los Ballingham han tomado tu casa. Según me ha dicho tu tía cuando llegué hace unos minutos, al parecer se pasan por allí todos con la excusa de ver a Harmon, pero en realidad van a ver al niño. Le hacen regalos, le están ganando. —Se miraron a los ojos. —Ahora ya no hay marcha atrás y lo saben. No podrás negar que le vean porque harás daño al niño. ¿Qué vas a hacer?

—No lo sé. —Miró a su alrededor. —¿Puedo tomar agua?

—No, tienes puesto el suero.

Gruñó de nuevo frustrada y su amiga se sentó a su lado con cuidado de no hacerle daño. —¿Vas a seguir adelante con el divorcio?

—Me ha dicho que no habrá divorcio, que tengo que aceptarlo.

—Menudo listo. Lo que dijiste el otro día en el bar… Tu historia me conmovió mucho, ¿sabes?

—Escuchas canciones country, mi historia es de risa en comparación.

Molly soltó una risita. —¿No les volviste a ver?

—No, y no me importa. Ahora ya me da igual.

—¿Qué harías si volvieras a verles?

—Son dos desconocidos que ya no pintan nada en mi vida. Supongo que nada.

—¿Les has perdonado?

—Claro que no.

—Y tampoco perdonas a Harmon.

—¿Estás loca? No le perdonaré en la vida.

—Está bien saberlo.

Ambas miraron hacia la puerta y se tensaron cuando entró Harmon vestido con el traje de faena. —Molly…

—Idiota…

Él levantó una ceja.

—No soy uno de tus soldaditos, no tengo por qué hacerte la pelota.

—Soy la persona de más autoridad del estado, al menos merezco respeto.

—El respeto se gana y para mí lo único que mereces es una patada en el culo por capullo y mentiroso.

Asombrada miró a Molly y tuvo que reconocer que tenía agallas porque Harmon intimidaba bastante. —Bien dicho, amiga.

—Yo te apoyaré siempre.

Emocionada apretó su mano. —¿De veras?

—Claro, para eso están las amigas.

—¿Para idear robos? —preguntó Harmon irónico.

—Oye, que si no hubiera sido porque Dafne se espatarró con los brazos llenos de botes en el jardín de ese viejo, no nos hubieran pillado. —Hizo una mueca. —Es un poco patosa, dice que es la premenopausia. Yo no entiendo lo que quiere decir, pero al parecer ella le echa la culpa de todo a su estado hormonal.

No lo pudo evitar, rio con ganas y le tiraron los puntos, por lo que tuvo que llevarse la mano allí gimiendo de dolor.

—¿Te duele? —preguntó Harmon ofendido—. No tiene por qué dolerte, les ordené que lo evitaran.

—Ahora entiendo por qué estás drogada todo el tiempo.

—No quiero que sufra.

—Tarde, soldadito, ese pensamiento lo has tenido demasiado tarde. Si no querías que sufriera, tendrías que haber evitado estos cuatro últimos años.

—No te metas en esto. ¡Ocúpate de tu relación que ya tienes bastante!

—¿Qué quieres decir? —preguntó ofendida levantándose.

—Molly no entres al trapo, intenta provocarte.

—No, nena, no es mi intención. Al contrario que tu amiga yo intento que las aguas no se salgan de su cauce.

—¿Qué quieres decir con eso de mi matrimonio?

—Que a lo mejor si no buscaras mil excusas para salir de casa, tu marido se sentiría más atendido, más comprendido por la situación que está pasando por la pérdida de su empleo y entre los dos podríais buscar una solución.

Se le cortó el aliento. —Harmon cállate, no sabes de lo que hablas.

—Ah, ¿no? Ayer mismo me lo encontré cuando iba hacia casa. ¡El tipo estaba sentado en un banco mirando al vacío y llorando como un niño!

—¡Pues ya estoy harta de tener niños! ¡Yo quiero un marido!

Harmon negó con la cabeza. —Muy comprensiva.

—Igual ya estoy harta de ser comprensiva, igual ya estoy harta de tirar yo sola de la casa y cuidar a tres niños en lugar de a dos. Igual ya estoy harta de levantarme a las cinco de la mañana para recoger la ropa que está tirada por la habitación porque a él no se le pasa por la imaginación recogerla cuando se va a dormir. ¿Quieres que continúe? ¡Porque ya estoy harta de ser su sirvienta y que luego le vaya a dar cariños a otra! ¡Otra que ahora no le mira a la cara porque ya no tiene dinero para llevársela de copas como cuando cerraba el restaurante!

Tenso miró a Alice que suspiró. —Te dije que no sabías de lo que hablabas.

—Perdona, me estabas criticando y he reaccionado atacándote, Molly.

—No pasa nada, medio pueblo piensa como tú y creen que soy la mala porque ahora me he revelado, pero es que ya estoy harta —respondió sin darle importancia mientras ella no salía de su asombro porque se había disculpado.

Harmon la miró. —¿Qué, nena?

—¿Te disculpas con ella?

Él suspiró. —Me da que la siguiente frase va a ir en mi contra.

—Tiene toda la pinta —dijo Molly.

—¿Te disculpas con ella? —gritó más alto.

—Sí, me va a echar la bronca, de nuevo.

—Algo habrás hecho. Como tomar su casa mientras está ausente.

—Entiendo. —Gruñó mirándola a los ojos. —Ya hemos hablado de esto.

—¡Has hablado tú! ¡Yo quiero el divorcio!

—Eso no va a pasar.

—¿Por qué?

—Porque no lo voy a permitir. Eres mi mujer y así seguirá siendo.

—¿Por qué? —preguntó incrédula—. ¡Nunca te he importado!

—Eso es mentira, nena —dijo muy serio—. No voy a negar cuales son las razones por las que me casé, pero desde aquel baile... Joder, aquel baile lo cambió todo.

Su corazón dio un vuelco. —¿Qué cambió?

—Molly, ¿nos dejas solos?

—No, no quiero perdérmelo. Además, mi amiga no quiere que me vaya.

—Nena…

Alice levantó una ceja apresurándola. —Molly desaparece.

—¡Oye! ¿En serio? ¡Debemos apoyarnos!

—Ya me apoyarás después —dijo entre dientes—. Lárgate y vuelve luego.

—Y me lo cuentas.

—No —dijo él.

Ella con la mirada le dijo que sí y Molly sonrió radiante antes de coger su bolso. —Te dejo el libro por si te apetece distraerte un rato.

Impaciente le miró a los ojos. —¿Después de ese baile qué?

—Lo sabe todo, ¿no?

—Es mi amiga y te vio vivito y coleando. Y me aprecia, porque no me lo dijo para no hacerme daño.

—¿Dónde me vio?

—En el bosque.

—Por eso sabías que estaba allí.

—¿Después de ese baile qué? —preguntó exasperada porque ya había cambiado de tema.

Él pareció incómodo. —Si te duele deberíamos avisar.

—¡Quiero el divorcio! —gritó.

—Ni hablar.

—¿Después de ese baile qué?

—Nena…

—¡Esto no tiene ningún sentido, lárgate de aquí!

Le cogió la mano. —¿Crees que no sé que nunca me perdonarás? ¡Lo sé, pero yo tampoco me perdonaré a mí mismo, joder! ¡Después de ese baile me enamoré de ti! —dijo sorprendiéndola—. ¡Durante años vi cómo me mirabas con adoración y me di cuenta de que eras la candidata perfecta para seguir mis planes! ¡Pero en aquel baile sentí algo y me di cuenta de que si seguía adelante me iba a costar mucho largarme! ¡Ya era difícil pensar que nunca más vería a los míos y encima llegaste tú con esa

sonrisa, con tu tímida manera de tocarme, que llegué a pensar que iba a volverme loco!

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿Por qué no diste marcha atrás? —Los ojos de Harmon se endurecieron. —Ya no podías, ¿no?

—No. Había llegado a un compromiso y ya no podía desarticular el comando. Muchos ya habían renunciado a su vida por ello y yo como su teniente no podía ser menos.

—Elegiste a tu otra familia.

—Me necesitaban. Era una misión suicida y me necesitaban. No podía dejarles en la estacada, nena.

Alice miró al techo mientras las lágrimas corrían por sus sienes y él impotente se acercó para agacharse sobre ella. —Eh… Sé que no lo entenderás nunca, pero tenía que hacerlo. Y aunque ha dolido más de lo que me imaginaba, aunque me he desgarrado por dentro viéndote ante mi ataúd totalmente destrozada, sabía que estaba haciendo lo correcto. No me imaginaba que estuvieras embarazada y todo lo que sucedió después. Debo reconocer, que seguramente creí a mi padre cuando me habló de que el niño no era mío porque así calmaba mi conciencia, y te juro que enterarme de que era adoptado fue terrible, pero ya no puedo hacer nada, cielo. Todo ha ido de esta manera y ya no puedo cambiarlo. Pero jamás dudes de que eres importante para mí. —Ella sollozó. —No llores. —Él juntó su frente con la suya. —No llores, por favor, no merezco ni una sola de esas lágrimas.

—Te irás de nuevo.

Él se apartó para mirar sus ojos. —No puedo asegurarlo.

—Dimite.

—No puedo, nena, y mucho menos ahora.

—El ejército ya nos ha robado mucho, déjalo. —Le rogó con la mirada. —Puedes llevar una vida normal.

—Alguien tiene que hacerlo —dijo cortándole el aliento. Harmon le besó en la frente y se enderezó—. No puedo dejarlo ahora. Quizás cuando esta situación se normalice.

—No. —Negó con la cabeza. —No volveré a pasar por esto.

—Dijiste sí quiero aquel día, sabías que te casabas con un soldado.

—¡Sí, pero esto no es normal!

—No volveré a desaparecer, pero seguramente tendré periodos fuera.

—¡No!

—Nena… No hay más que hablar. —Se volvió e iba a salir, pero se detuvo en seco. —He vuelto a comportarme como un soldado, ¿no?

—Uy, uy… ¡Tú tienes mucho que aprender sobre cómo ser un buen marido!

Él sonrió mirándola sobre su hombro. —Al menos no te he sido infiel, ¿eso no me da puntos?

Sin aliento vio como cerraba la puerta. —La leche. —Miró al techo intentando procesar esa información y de repente sintió una alegría inmensa que la recorrió de arriba abajo. Igual era una pardilla por creérselo, pero tenía la sensación de que decía la verdad. Y eso era porque a pesar de estar lejos de ella, había respetado su matrimonio. Le importaba. Aunque ella pensara que estaba muerto, le importaba. ¿Entonces sería verdad que le había enamorado? ¿Por qué dudas de su palabra cuando hace dos meses estabas convencida de ello? Si no estuviera en el maldito ejército... Entrecerró los ojos mirando hacia la puerta. Debía averiguar en qué le habían metido para que su marido renunciara a todo lo que le importaba, tenía que saberlo. Tenía la sensación de que no le iba a gustar nada.

Capítulo 10

La enfermera pasó ante ella con una bandejita con un caldo. —Al fin puedes comer algo. No es que sea una maravilla culinaria, pero te va a encantar, te lo aseguro.

—Gracias Melissa.

—Un placer. —Le acercó la mesa móvil y la incorporó un poco. —¿Quieres que te ayude?

—No, gracias. Pero quédate un poco, me gustaría charlar un rato.

Ella miró hacia la puerta como si lo estuviera pensando, pero al final sonrió. —Me han dicho que te cuide, así que no hay problema.

—Genial. ¿Mi marido intimida mucho?

Rio por lo bajo. —Bastante.

—No te preocupes, yo te protejo. —Cogió la cuchara y se metió un poco de caldo en la boca. Su cara lo dijo todo y la enfermera rio por lo bajo mientras le colocaba la manta a sus pies. —Es horrible.

—Podría ser peor, te lo aseguro.

—Me gusta que me tutees. Por aquí todo es usted y señora, me pone de los nervios.

—Es la costumbre.

—¿Hace cuánto que estás en el ejército?

—Solo hace tres meses que terminé mi instrucción y estoy en activo. —Se sonrojó. —Soy novata y todavía no me he acostumbrado

a todo…

—¿A todo esto?

—Sí.

—¿Por qué decidiste ingresar en el cuerpo?

—Mi hermano murió en Irak. Cuando estudié enfermería, lo hice pensando en ayudar en lo que podía. Joseph murió por no tener atención médica a tiempo.

—Lo siento mucho. ¿Y ya has ido a alguna misión?

Se sonrojó. —No puedo hablar de ello.

—Vamos, mi marido es coronel, no se lo diré a nadie.

Se acercó para hablar más bajo. —He estado en unas maniobras que se hicieron por el Egeo. Tu marido también iba, supongo que ya lo sabes.

Es evidente que esa no sabía nada de la relación que tenía con su maridito. —Oh, sí claro. ¿Y no usaba su nombre en clave?

—Sí, yo no sabía quién era. Le llamaban Carlo.

—Anda, ese es nuevo —dijo haciéndose la tonta—. ¿Carlo?

—Iba vestido de negro con una braga en el cuello y con su grupo parecían estar listos para todo, como un comando de alto nivel. No se relacionaban con nadie, pero oí que llamaban así a tu marido. Pregunté quiénes eran porque en sus uniformes no tenían ningún rango y nadie sabía nada. Entonces le pregunté a mi superior, se cabreó conmigo y me dijo que si él no lo sabía, yo no tenía por qué saberlo. Y que no preguntara, que seguramente era alto secreto y meter la nariz donde no me importaba me podía meter en problemas. Pero oí hablar a un oficial en el comedor de la fragata en la que íbamos y oí que le llamaban así por Carlomagno.

Impresionada la miró a los ojos. —¿De veras? Carlomagno fue rey de los francos, creo recordar.

La chica asintió. —Y un gran guerrero y político. Un conquistador.

—Interesante.

—No fue hasta que llegué aquí que me enteré de quien era en realidad —dijo impresionada—. Y ya la gente empezó a hablar.

—¿De qué?

—De sus misiones aquí y allá. Pero todo eso ya lo sabrás.

—Mi marido no suele entrar en detalles para no alarmarme, ya sabes. Cuéntame lo que se dice por ahí, me muero de curiosidad.

—Solo si comes.

Gruñó antes de meterse aquella asquerosidad en la boca.

Melissa susurró —Dicen que hace un año participó en una operación en Moscú para rescatar a dos americanos que habían ido a…

—¿Espiar al Kremlin?

—Exacto.

Aparentando estar ilusionadísima dijo —Eso no me lo contó, el muy pillo.

—Pues fue un éxito al cien por cien. Los trajeron de vuelta sanos y salvos. También dicen que han colaborado mucho en misiones en Ucrania.

Ahora lo entendía, todo bajo cuerda para que el gobierno ruso no se ofendiera. Si les encontraban, no pertenecían a ningún gobierno. Por mucho que les torturaran no debían confesar quienes eran, porque eso podría llevar a la guerra.

—Pero eso no puede confirmarse, claro. Todo son rumores. Pero lo que sí sabemos es que seguramente será general antes de final de año.

—¿Qué?

Melissa apretó los labios como si se arrepintiera de haber hablado.

—Por favor, cuéntamelo.

—No quiero meterme en problemas.

—Por favor.

Miró hacia la puerta. —Dicen que el general Wilcox se retirará pronto. Es su superior directo. Él es el candidato más adecuado para el puesto, con mucha formación en campo y con un expediente intachable.

Si aceptaba el puesto, eso significaría que no renunciaría a la carrera militar. —Entiendo. —Forzó una sonrisa. —Se lo merece, se lo toma muy en serio.

—Sí, es duro, pero justo. Sus hombres le admiran mucho.

—Le he dicho mil veces que tendría que escribir sus memorias para que la gente se diera cuenta de lo valientes que son los soldados y que esos idiotas que hablan de más cerraran el pico.

—Sí —dijo la enfermera con desprecio—. Qué sabrán esos. Me gustaría verlos con un arma en la mano frente a veinte hombres que quieren quitarles la vida. Son valientes en el estrado diciendo palabras, pero a la hora de defender su país se cagarían encima.

—Eso pienso yo. Es una pena que mi marido no pueda contarlo todo, pero seguro que hay algún sitio donde todo estará escrito, ¿no?

—Sí, claro, se hacen informes de cada misión.

—¿Incluso cuando son muy secretas?

—Tengo entendido que sí. Hay expedientes ocultos y esas cosas. Incluso de las misiones secretas se tiene que informar a los superiores. Siempre hay alguien por encima.

—¿Y dónde se guardarán? —preguntó como si nada metiéndose la cuchara en la boca.

—Supongo que estarán en Arlington, Virginia, en el departamento de estado.

La puerta se abrió mostrando a la chica que le había quitado los puntos dos días antes. —Melissa, te necesito, un soldado con un navajazo.

—Oh…

Salió corriendo y pensativa siguió comiendo. El Pentágono… Mierda, eso le quedaba un poco lejos. Gruñó antes de meterse la

cuchara de nuevo en la boca. Igual algún día le contaba por qué se fue, ¿pero podría esperar? Por supuesto que no, quería saber qué era tan importante como para que no pudiera rechazarlo, como para que lo hubiera dejado todo. Piensa Alice, piensa, ¿cómo puedes averiguarlo? Separó los labios de la impresión y a toda prisa cogió su móvil de la mesilla de noche. Escribió lo más rápido que pudo y al ver la respuesta de internet sonrió de oreja a oreja. —Te tengo.

Su tía y Molly parpadearon como si estuviera hablando en chino. —¿Has dicho lo que creo que has dicho? —preguntó su amiga antes de mirar la bolsa que tenía colgada del gotero—. ¿Qué te han puesto? ¿Un alucinógeno?

—Muy graciosa. Me he dado cuenta de que no tengo que asaltar el Pentágono para saber todos sus secretos, porque los tiene aquí. —Se señaló la cabeza.

—Niña, voy a llamar al médico porque tanta tensión no te está sentando muy bien.

—¿No os dais cuenta? —Sonrió de oreja a oreja. —Es perfecto.

Molly chasqueó la lengua. —A ver… Jane Bond de tres al cuarto, ¿de dónde vas a sacar el suero de la verdad?

—Pues muy fácil, me lo va a dar la señora Green.

Ambas se echaron a reír y Alice se inclinó más hacia ellas. —Sí, reíros, pero por dos gallinas me dará el suficiente pentotal sódico como para que todo el regimiento de mi marido me diga la verdad.

—Está entrenado para evitar esas cosas.

—¿Tú crees? —preguntó decepcionada—. En internet dice que no es muy eficaz en eso de las confesiones, pero…

—¿Ves? No te creas todo lo que ves en las películas —dijo Molly—. Mejor vete por otros derroteros y ya verás como canta todo lo que quieras.

—¿A qué te refieres?

—Vamos, lleva cuatro años sin sexo, cuando te coja te va a coger con muchas ganas, te lo aseguro.

Se puso como un tomate. —Eso está por ver.

—Además, mi niña tiene que recuperarse. No está para fiestas.

—Eso es cierto. Pero una pajilla puede hacerle, la mano la tiene bien.

—¡Molly! —Se puso como un tomate y ambas se echaron a reír a carcajadas.

En ese momento se abrió la puerta y Harmon entró con el niño en brazos. —Oh, mi niño…

—¡Mami!

Alargó los brazos y Harmon se acercó. —Hijo, ¿qué te he dicho?

—Que tiene la pupa en la tripa y que debo tener cuidado.

—Bien. —Le puso de pie a su lado y su hijo se sentó para abrazarla por el cuello.

Alice cerró los ojos acariciándole. —Te he echado de menos, mi vida.

—Y yo a ti, mami. —La besó en la mejilla. —¿Sabes qué?

—No, ¿qué?

—Lidia me ha pedido ser mi novia, mami, pero le he dicho que no.

—¿Le has dicho que no? ¿Por qué?

—Porque soy muy joven para eso, mami. Yo quiero jugar, no tener bebés.

—Ah…

Harmon carraspeó. —¿Sabes cómo se hacen los bebés?

—Claro, con besos.

—Nena, creo que en el futuro habrá que tener una conversación muy interesante.

—Será si estás aquí —dijo Molly con segundas cogiendo el bolso—. Me voy a por los niños. Por cierto, ¿por qué lo has sacado antes?

—No, he sido puntual.

Molly frunció el ceño y miró el reloj de pulsera de Shelly. —Mierda, llego tarde —dijo antes de salir corriendo.

Su hijo soltó una risita. —Ha dicho mierda.

—Algo que tú no tienes que decir —dijo Alice antes de llenarle la cara de besos. Él intentó resistirse y casi le pega una patada en el vientre, pero Harmon cogió su pierna antes de que pudiera hacerle daño. Algo que a Shelly no le pasó desapercibido.

—Cuéntame qué has hecho en todos estos días.

—Pues he jugado, he visto dibus… He comido bizcocho de la tía… —De repente abrió los ojos como platos y se señaló la camiseta. —¡Mira mami! ¡Me la he ganado por hacer la cama! ¡A que es guai!

Pasó la mano por la pequeña medalla. Una que ya tenía cuando estaban comprometidos y que llevó el día de su boda. —Es muy bonita. —Miró a Harmon. —No tenías que haberlo hecho.

—No importa.

—Sí que importa. —Miró a su hijo a los ojos. —¿Sabes lo que es eso?

—Una medalla.

—Sí, ¿pero sabes por qué se la dieron a tu padre? ¿Te lo ha dicho?

—No, mami.

Acarició su pecho. —Esa medalla se la dieron a tu padre por salvar a uno de sus hombres, mi amor. Por eso es tan importante. Salvó una vida poniendo en riesgo la suya.

Su hijo la miró impresionado antes de volver la vista hasta su padre. —¿De veras? ¿Como cuando te moriste?

Harmon carraspeó. —Algo así, hijo.

—Entonces con todas las medallas que tienes, has salvado muchas vidas, ¿no?

—Sí, cielo. Tu padre ha salvado muchas vidas. Por eso esas medallas son muy importantes, debes tener mucho cuidado de no perderla, ¿entiendes?

Su hijo asintió y sus manitas fueron hasta la camiseta para intentar quitársela, pero no podía. Ella le ayudó y después de cerrar el imperdible se la tendió. —Dale las gracias a tu padre por ese gesto tan bonito.

El niño se la tendió.

—Hijo no es necesario.

—Yo no he salvado a nadie todavía. Me ganaré la mía cuando sea tan grande como tú.

Harmon sonrió cogiendo la medalla y metiéndosela en el bolsillo de la camisa. —Muy bien, hijo. Que te parece si mientras tanto entras en los boy scouts.

—¡Sí, mami! ¿Puedo?

Acariciando la espalda de su hijo le dijo a Harmon —Aquí no hay boy scouts.

—Seguro que algún padre estará encantado de hacer una tropa. O tú, nena…

Le miró sorprendida. —¿Yo?

—Claro, no te desenvuelves mal en situaciones de estrés.

—¡Sí, mami! ¡Y papá te ayudará! ¿Podré hacer fuego? —Abrió los ojos como platos. —Como los pioneros…

—Esa no es muy buena idea. Igual empezamos por hacer una tienda de campaña.

—¡Sí!

Durante la siguiente hora Harmon controló que su hijo no dañara a Alice y para todos fue evidente que la paciente empezaba a agotarse. De repente el pequeño dijo —Mami, tengo hambre. ¿Y mi merienda?

—Hora de irse —dijo Shelly cogiendo su bolso. Alice después de besarle suspiró mientras Harmon le dejaba en el suelo. —Adiós, cielo.

—Te quiero, mami. Vuelve a casa.

—Estaré allí antes de que te des cuenta.

—Te veré mañana, cielo —dijo su tía.

Ella sonrió. —Hasta mañana, tía. Tráeme galletas, ¿quieres?

—Ni hablar.

Rio por lo bajo mientras se iban. Harmon se acercó a ella y cogió su mano. —Lo has hecho muy bien, nena. Muy bien. —Se acercó a ella y besó sus labios. —Ahora descansa, estás agotada de tanta cháchara.

Ella cerró los ojos y sonrió. —Ha sido un buen día.

—Me alegro mucho.

—Quiero volver a casa.

—Lo sé. —Acarició sus rizos rubios. —Pronto nos iremos a casa, no te preocupes.

—No hemos hablado, no sé lo que está pasando en el pueblo y…

—Todo está bien. —Acarició su sien. —La granja está bien, no os faltará de nada.

—El niño quiere chuches —susurró antes de quedarse dormida.

Harmon sonrió y en ese momento entró una enfermera. —Oh, lo siento coronel. Voy a ponerle el antibiótico.

Se enderezó asintiendo y esta puso la bolsa a toda prisa antes de mirar a su paciente. —Es una mujer fantástica.

—Sí, lo es.

—Ha tenido mucha suerte. Pocas mujeres comprenderían la vida de un soldado.

Él apretó los labios y la enfermera carraspeó. —Buenas noches, coronel.

—Buenas noches.

Se largó a toda prisa y él acarició su mano. —¿Lo hubieras comprendido? —dijo molesto consigo mismo—. Perdona nena, es tarde para hacer esa pregunta.

Durante los siguientes seis días no vio a Harmon, lo que la mosqueó muchísimo. Y lo más gordo era que a quien preguntaba no tenía ni idea de donde estaba. Es que era para matarle. Se había largado sin avisar. Ni siquiera a su hijo, que tan pancho decía que su padre tenía mucho que hacer para salvar a cientos y cientos de personas en misiones secretas de esas que no sabe nadie. Así que cuando le dieron el alta, la llevó su tía que estaba de lo más rara porque no le criticaba en absoluto. Sentada a su lado en el coche la miró de reojo. —¿No vas a decir nada?

—Niña, ¿qué quieres que diga?

—¡Pues no lo sé!

—Ya le vas a decir tú mil cosas por las dos.

—Eso no lo dudes.

—No, si no lo dudaba.

Gruñó cruzándose de brazos, pero tuvo que descruzarlos porque le dolió la herida que al parecer por dentro estaba sin curar y tardaría un tiempo. Rayos. Mirando sus campos sin arar volvió a gruñir. —Estupendo, esto nos retrasará en la cosecha del nabo.

—No tienes que preocuparte por eso, tu marido se encargará.

Volvió la vista hacia ella. —¿Cómo que Harmon se encargará?

—Sí, ya ha preparado dos de los campos del sur para la siembra. Lo va haciendo poco a poco para que no te expropien las tierras.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —¡Estoy convaleciente! ¡No pueden hacer eso!

Su tía apretó los labios. —Son las reglas y las reglas son para todos.

—¿Eso dijo Harmon?

—Pues sí.

—Ahora entiendo que muchos de nuestros vecinos no estén de acuerdo con él. Muchos ancianos no podrán labrar la tierra.

—Harmon lo tiene previsto con expropiaciones temporales, ¿recuerdas? Venía en los papeles. El estado les pagará un alquiler por ellas.

—Y se quedarán sin la cosecha.

—Es lo justo, ya que la trabajarán los soldados.

—¿Los soldados?

—No están solo para vigilar, cielo. Están haciendo mucho por el pueblo. Deja de preocuparte, tu marido lo está haciendo muy bien.

Gruñó de nuevo. —Sí, es un hacha para lo suyo.

Su tía la miró de soslayo. —Ten paciencia.

—Le van a ascender.

Shelly la miró ilusionada. —¿De veras?

—¡Tía, no es precisamente una buena noticia!

—Claro que lo es.

—¡No, porque si le hacen general no lo dejará!

—Y tú quieres que lo deje.

—Creo que ya está bien. —Mosqueadísima miró por la ventanilla. —Es hora de que lleve una vida normal.

—Niña, te casaste con un soldado, no te quejes ahora por quien es. ¿Qué crees que hará aquí, arar campos?

—Lo hace ahora, ¿no?

—¡Lo hace por ti! Si se fue y dejó su hogar fue para buscar otra vida, aquella a la que estaba destinado.

—Perdona si no me siento orgullosa de todo en lo que se ha convertido.

Shelly apretó el volante. —Vale, hizo las cosas muy mal y su padre también, pero...

—Venga, no te reprimas ahora, suéltalo todo.

—¡Pero es el mismo hombre con el que te casaste! ¡Es el hombre de la fotografía de la chimenea y del que le hablabas a tu hijo por las noches! ¡Es un héroe, un guerrero y no puedes cambiarle porque tengas miedo a perderle de nuevo!

—No temo perderle de nuevo, porque nunca le tuve, tía. —Pensando en ello susurró —Nunca fue mío y nunca lo será.

—No puedes retenerle así, cielo. No puedes presionarle con que elija entre un futuro u otro.

—¿Y si un día vuelven, tía?

La miró sin comprender.

—¿Y si un día vuelven a darme la misma noticia? Esa vez será real, no volveré a verle. No puedo pasar otra vez por eso.

Su tía aparcó ante la casa y Harmon salió al porche vestido con unos vaqueros y una camiseta blanca. Parecía indeciso como si no supiera cómo iba a reaccionar y se le quedó mirando unos minutos.

—Cielo, está aquí —dijo su tía en voz baja—. No tendría por qué haber vuelto, nunca te hubieras enterado de que estaba vivo, pregúntate por qué está aquí.

Él abrió la puerta del coche y se agachó a su lado. —Hola, nena. ¿Cómo estás?

Le abrazó por el cuello con fuerza y Harmon apretó los labios antes de cogerla en brazos para sacarla del coche. —Estoy aquí.

—Al menos dime que te vas —dijo intentando no llorar.

Él besó su cuello. —Fue algo de improvisto, tuve que salir de inmediato.

Se apartó para mirar sus ojos. —¿Todo bien?

Asintió yendo hacia las escaleras.

—No estás herido, ¿no? —Entonces se fijó en su antebrazo y jadeó por las cicatrices. —¿Harmon?

—No es nada. Eso pasó hace mucho. —Entró en su habitación y la sentó en la cama. —Todo está bien. Hemos desarticulado por completo la banda en la que operaba el sheriff.

—Creí que eso ya estaba acabado.

—Había una ramificación en Dakota del Norte. Teníamos que actuar antes de que causaran más daños.

—¿Se les llevará a juicio?

Él levantó una ceja.

—Entiendo.

—Estamos en alerta máxima, nena. Es casi como si estuviéramos en guerra.

—Vosotros decidís.

—Nosotros no, en los estados del norte decido yo.

Se le cortó el aliento. —¿Tanto poder tienes?

—El que me han dado. Había que dar ejemplo para que la situación no se nos fuera de las manos. Ha sido un aviso para otros, pero no me dan ninguna pena. Varios habían cometido asesinatos para conseguir sus cosechas.

—No te estaba juzgando.

—Sí, nena. Sí lo hacías.

—Será porque me mientes y me ocultas cosas.

Se miraron a los ojos. —Vaya, las recriminaciones no van a acabar nunca.

—No hagas esto, no hagas como si yo tuviera la culpa de algo porque no es así.

Él suspiró y se sentó a su lado. —Perdona, tienes razón.

—No vas a dejarlo nunca, ¿no es cierto?

—Nena…

—Solo quiero saber la verdad, tengo derecho a decidir si quiero esta vida contigo.

—Ya decidiste una vez.

—Tengo derecho a cambiar de opinión y más después de lo que hiciste.

Él apoyó los codos sobre sus muslos y suspiró pasándose las manos por su cabello negro. Parecía agotado. Alice se apretó las manos intentando contenerse, pero no pudo y acarició su espalda haciendo que la mirara. —Ahora no puedo renunciar.

—Y cuando seas general tampoco.

—Seguramente no. La situación es un polvorín a punto de estallar. Muchas ciudades están casi sin alimento. Ni los militares podrán contenerles. De momento mantenemos el control, pero cuando la población se desespere, será imposible detenerles.

Pensando en ello acarició su cabello. —Y tu misión será que vuelvan las aguas a su cauce.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo calculas que queda para que pase un levantamiento?

—Dos meses como mucho. De momento les estamos conteniendo con las reservas de comida del ejército, pero el paro aumenta y eso irá a más. Muchas fábricas están cerrando porque no pueden pagarles los sueldos a los empleados. El país se desmorona poco a poco. Necesitamos cereales, las cosechas del país no son suficientes para todos los americanos y los necesitamos cuanto antes. Sin importación estamos perdidos hasta dentro de un año. Por no tener no tenemos ni producción de arroz.

Apretó los labios pensando en ello. —He oído los planes que tienes con los campos. Al menos habrá nabos y otras hortalizas que

podrán apaciguar los ánimos hasta que lleguen los cultivos de trigo y maíz. Además, no falta la carne y el pescado.

—Para quien pueda pagarlo, nena. A pesar de haber congelado los precios, existen mercados negros que se quedan gran parte de lo que sale de los mataderos y de los barcos de pesca. Se han intervenido esos mercados, pero ahora los barcos ya no se detienen en puerto, descargan antes en otros sitios para ganar más dinero.

—Siempre hay aprovechados.

—Da igual, no hay comida en el país para todos. No tardaremos en ver cómo la gente saca su arma para ir al parque más cercano a cargarse los patos.

—Al principio se dijo que no se importaba carne porque no sabéis con qué tipo de forraje les han alimentado, ¿no es cierto?

—Exactamente. No sabíamos si ese forraje está contaminado y cómo puede afectar eso a la res.

—Si ese insecticida mata a los humanos, es lógico pensar que si la vaca está viva es que está sana.

—Eso mismo dijeron los científicos. Pero en una situación como esta si tienes una vaca, ¿te desharías de ella?

—Entiendo, ya no nos venden ganado.

—Los países han cerrado fronteras, nada sale ni entra. No se desharán de su ganado. Tenemos que arreglarnos con nuestros recursos.

Pensó en ello. —El nabo tarda sobre unos cuarenta días en estar listo…

—Sí, nena, calculo que para navidades habrá suficientes hortalizas. De hecho, en unos días ya se empezará a recoger el berro y después ira el rábano. En nada de tiempo los supermercados estarán llenos, pero nos seguirá faltando todo lo demás.

—Huevos. —Sus ojos brillaron. —Son básicos en la alimentación.

—¿Qué estás pensando?

—¡Necesitamos huevos!

—Ya. Las granjas de cría están criando todo lo que pueden.

—¿Las granjas de cría? Las que no somos de cría y tenemos gallinas, tenemos huevos de sobra. Mi tía recoge al menos dos docenas al día.

Él entrecerró los ojos. —Y mi padre también.

—Pues habrá que repartir esos huevos, ¿no crees? Si diéramos la mitad de esos huevos para los que no tienen…

Él negó con la cabeza. —¿Y qué hago? ¿Ordeno a mis ya agotados soldados que se pongan a recoger huevos? Muchos de los civiles dirían que no tienen para no quedarse sin ellos.

Gruñó porque tenía razón, en situaciones así la gente tendía a acaparar. Vio que estaba frustrado. —Cielo, no es responsabilidad tuya.

—Sí, nena. Sí lo es. Me han dado esa responsabilidad.

—Los políticos…

—Ellos no están viendo como todo se cae a pedazos, están en sus sillones hablando unos con los otros y nos dejan la mierda a nosotros. Ya verás cuando falte hasta la leche porque los agricultores no tengan con qué dar de comer a sus vacas.

Sí, ella ya había pensado en eso y había guardado el forraje para el invierno, pero muchos y sobre todo producciones grandes de leche compraban el cereal y el forraje. Y ahora no tenían a quien comprarlo, era un problema mayúsculo porque tendrían que sacrificar a las vacas. Viendo la frustración en su rostro rezó porque llegara una solución, pero era evidente que cabezas pensantes mucho mejores que la suya ya le estaban dando vueltas al asunto en algún lugar del país y que esa solución no llegaba. Además, estaba segura de que su marido ya había hablado con ellos.

Suspiró. —Si cultivamos remolacha al menos podremos darles agua con azúcar y seguro que también tenemos sal, así que podremos producir suero. Nadie morirá de hambre hasta que llegue la comida.

Su marido se la quedó mirando. —¿Qué has dicho?

—Sí, como ese que me pusieron en el hospital para mantenerme mientras no comía.

Harmon de repente sonrió antes de echarse a reír y se acercó a ella para besarla con ganas antes de apartarse. —¡Eres un genio!

—Ah, ¿sí? —preguntó pasmada.

—Gracias nena…

Y salió corriendo y dejándola así. Parpadeó. ¿Qué había dicho?

Capítulo 11

No tardó en enterarse de lo que pasaba, aunque no por Harmon, claro. Su marido se pasó hablando al teléfono toda la tarde. Fue en las noticias donde se empezó a hablar de ciertos sobres que se darían a los niños y mujeres embarazadas de todo el país para que tomaran uno cada día. Su composición, cacahuete, sal y aceite. Eso retrasaría la hambruna al menos unos meses, suficiente hasta que llegara la producción de hortalizas y las granjas de huevos aumentaran su producción. Lo demás iría llegando. En cuanto se hizo el anuncio, la bolsa subió varios puntos. Por lo visto lo único que se necesitaba era un plan a corto plazo y ya lo tenían. El presidente salió diciendo que ni un solo estadounidense moriría de hambre en un país gobernado por él. Tendría cara.

Harmon entró en la cocina y apagó la televisión. —¿De dónde vais a sacar los cacahuetes? —preguntó ella divertida.

—Nena, la mantequilla de cacahuete es casi sagrada en este país. Afortunadamente tenemos suficiente producción y los almacenes están llenos de tarros listos para usar.

—Felicidades.

Sonrió y la besó en la frente. —Fue idea tuya. Ahora solo tengo que conseguir forraje para los animales este invierno y creo que ya tenemos la solución. Un compañero mío ya está mirando si es viable cortar la hierba de ciertos bosques para llevarla a un secadero y prepararla en balas como las del heno para repartirla a los productores. Esperemos que con eso sea suficiente.

Su hijo estaba dibujando en la mesa de la cocina y se sentó a su lado. —¿Ese soy yo?

Él le sonrió radiante. —Y mamá y la tía. —Se señaló a sí mismo entre su padre y su madre. —Y yo.

—No has dibujado al abuelo.

—Es que él no vive aquí, vive con el tío.

—Más bien el tío vive con él —dijo divertido.

—Eso. ¿Sabes papi? El abuelo ha dicho que me dará un caballo solo para mí.

Alice que tenía un bol de ensalada en la mano se volvió de golpe. —¿Qué has dicho? —Miró a Harmon. —¿Qué ha dicho?

—Nena…

—¿Cómo se atreve?

—Lo hablaré con él, tendría que habérnoslo consultado.

Alice le miró como si intentara contenerse y Harmon se levantó. —Harmie hay que lavarse las manos para la cena.

El niño salió corriendo y Harmon se acercó a ella para coger la ensalada. —Intenta arreglarlo. Intenta tener una relación normal con su nieto.

—¿Ahora?

—Sé que tienes que pasar por alto muchas cosas y que tiene que ser muy duro para ti, pero…

—Te mintió y…

—No quería perderme.

—Nada de esto tiene sentido.

—¿Por qué dices eso?

—No te alejaste cuando te dijo que el niño no era tuyo.

Él se tensó. —No, no lo hice. Necesitaba saber que estabais bien.

—¿Entonces por qué lo hizo?

—Él dice que para que tú no fueras tan a menudo a su casa y que yo no dejara de venir por el pueblo por si me encontraba contigo.

—¿Y prefirió renunciar a su nieto por un hijo que no sabía cuándo llegaría? No me lo trago. Aquí hay algo más que no ha dicho.

—Nena…

—Tú no lo viste gritándome que era una sinvergüenza, no viste cómo me trató. Parecía que me odiaba y… —Tuvo que detenerse porque casi no podía hablar. Agachó la mirada. —Déjalo, da igual.

Él la observó mientras se sentaba a la mesa y forzaba una sonrisa hacia su hijo que le mostró las manitas. —Muy bien, cielo. Ahora a cenar.

El niño hizo una mueca al ver las verduras.

Harmon suspiró. —Ni se te ocurra quejarte, hijo.

—No, papi.

Se sentó frente a ella mientras su tía ponía el pollo. —No me miréis así, ya era muy viejo y esta noche debemos celebrar muchas cosas.

—¿Sí, tía? —preguntó el niño.

—Sí, como que mamá ya está en casa. —La cogió por los hombros y la besó en la sien. —Y que es la primera noche que papá cena estando todos juntos.

—Sí, papá —dijo el niño encantado—. Como todos los papás de mis amiguitos.

—Sí, hijo —dijo incómodo.

Alice le observó y vio como apretaba los labios. Estaba claro que nada de aquello era fácil para nadie y se preguntó cuánto tiempo podría soportar esa situación sin echarle en cara de nuevo todo el dolor que había pasado.

Tumbada en la cama suspiró pasando la hoja del libro y en ese momento se abrió la puerta. Parpadeó porque su marido fue hacia el baño como si tuviera todo el derecho del mundo. Entrecerró

los ojos. ¿No se le ocurrirá…? Escuchó la cadena y él apareció en la habitación quitándose la camiseta. Todo pensamiento coherente desapareció de su cabeza viendo las cicatrices que tenía su torso.

—Dios mío, Harmon.

La miró sorprendido. —¿Qué?

Ella se arrodilló impresionada, sobre todo por la más sonrojada que tenía en el costado, que se notaba que era reciente y que había sido realmente grave.

—No es nada, nena.

Sus ojos recorrieron su piel hasta una sobre el pectoral derecho, incluso tenía una cerca de la clavícula como si hubiera evitado que le cortaran el cuello. Se alejó de ella como si no quisiera que se las mirara. —¿Qué ocurrió? —Logró preguntar viendo que su espalda había sido aún más maltratada.

—Me capturaron en Nigeria y no se tomaron muy bien que no dijera mi identidad.

—¿Te rescataron?

Él se quitó los pantalones y en boxers se acercó a la cama. —No existía, nena. No había a nadie a quien rescatar.

Se tumbó en la cama y ella que no podía gritarle a gusto que dejara esa mierda de trabajo siseó —Estupendo. Encima te dejaron tirado.

—Es lo que hay. —Estiró el brazo para apagar la luz y ella que no se lo esperaba parpadeó hasta que vio su rostro por la poca luz que entraba por las cortinas de la habitación. —¿Qué haces?

—Dormir —dijo como si fuera lo más evidente del mundo.

—¿Y tienes que hacerlo aquí?

—Preciosa, no empecemos… Túmbate, tienes que estar agotada, no has parado desde que has llegado.

—Me sorprende que te hayas dado cuenta con todo lo que has estado hablando por teléfono.

—¿Más pullas?

—Y las que te quedan —dijo con mala leche porque ver todas esas cicatrices le habían dado ganas de gritar de la frustración.

—¿Podemos dejarlo para mañana?

—No deberías dormir aquí, todavía no lo hemos arreglado.

Él imitó un ronquido.

—Muy gracioso.

Harmon sonrió. —Nena, si no duermo contigo no sé cómo vamos a darle un hermanito a Harmie.

Jadeó. —¿Pero qué dices?

—El doctor que te operó me dijo que le habías preguntado si podrías tener más hijos. —De repente una mano acarició su muslo. —Eso solo se consigue de una forma, preciosa.

—En aquel momento esperaba tenerlos con otro.

Se sentó de golpe. —¿Con quién?

A ver cómo salía de esa. —Todavía no lo tengo claro, tendré que evaluar a los candidatos.

—Nena…

—¿Sí?

—Duérmete. —La besó en los labios y se tumbó de costado.

Sus ojos fueron a parar a su duro trasero y a esos muslos. ¿Estaba más fuerte que la última vez que le había visto desnudo? Sí. Sin dejar de mirarle se tumbó tras él y observó su espalda. Había un corte muy largo que iba de parte a parte. ¿Cómo había logrado salir cuerdo de algo así? Eso demostraba lo fuerte que era. Y sí que debía ser fuerte si había estado por el mundo y no había tenido sexo con nadie más. Se mordió el labio inferior sintiendo que el fuego la recorría, recordar cómo había besado cada parte de su cuerpo en la noche de bodas hasta le aceleró la respiración. —¿Cielo?

—¿Sí, preciosa?

—¿De veras no hubo nadie más?

—Estaba casi siempre embarcado o en aviones de un lado a otro. No tenía tiempo para relaciones que no iban a ningún lado.

—Ah… —dijo decepcionada.

—Además estoy casado.

—Podías habérmelo dicho, en una de tus visitas —susurró.

—No, nena, no era justo. Así tú podrías seguir con tu vida. —Se volvió para mirarla. —Además creí…

—Creíste la versión de tu padre sobre mi infidelidad.

—Sí. —Se miraron a los ojos. —El fin de semana antes de la boda estabas muy rara.

Alice agachó la mirada. —Es que…

—Dime, nena.

—No quería irme. —Elevó la vista hasta su rostro. —Me imaginaba la vida lejos de aquí y no me gustaba mucho lo que veía.

Él apretó los labios. —Entiendo, por eso en la boda no dejabas de decirle a todo el que quería escucharte que estabas contentísima por conocer mundo, para no disgustarme.

—Sí. —Hizo una mueca. —Yo tampoco fui muy sincera.

Sonrió. —Lo sabía.

No pudo disimular su sorpresa. —¿Lo sabías?

—No puedes vivir lejos de aquí, es como si lo llevaras en la sangre. Te encanta esto, ¿crees que no me había dado cuenta? —Acarició su mejilla. —Lo supe desde el principio.

—Y supongo que esa fue otra de las razones por la que me elegiste.

—Otra hubiera hecho el petate y me hubiera seguido en cuanto le puse el anillo en el dedo.

—Si hubiera sabido todo lo que vino después, lo hubiera hecho con tal de pasar unas horas más a tu lado.

Harmon la acarició hasta la nuca y se acercó mirándola con un deseo que la embriagó. —Pues ahora no tenemos solo unas horas, nena. Tenemos toda una vida. Y esta vez sí que voy a aprovecharla. —Atrapó su boca y la saboreó tan intensamente que Alice creyó que le faltaba el aliento. Acarició su torso hasta llegar a

su cuello y le respondió con ganas haciéndole gemir en su boca. De repente él se apartó y la miró como si estuviera enfadado. —Hasta mañana.

Cuando se dio la vuelta para dormir ella jadeó. —¿Pero qué haces?

—¡Nena, que no puedes, no me tientes!

—¿Que yo te tiento? ¡Has empezado tú!

—¡Es que dices esas cosas y no puedo evitarlo!

—¡Pues no lo evites!

—¿Quieres volver al hospital?

—Pues no.

—¡Pues eso! ¡A dormir!

—¿Y lo de aprovechar la vida y esas chorradas?

—Nena, que no puedes… —Se puso boca arriba. —¿Crees realmente que no quiero? —preguntó con voz ronca comiéndosela con los ojos.

Ella miró su sexo que estaba bien duro bajo sus boxers. Se derritió por dentro. —Un poquito…

—Nena, no sé cómo se hace un poquito. A dormir.

—Si casi no me duele.

—No me mientas, he tenido heridas, sé lo que es.

—Sabiondo. —Se tumbó dándole la espalda y gimió por haber hecho un mal gesto.

—¿Ves?

—Cierra el pico.

Harmon se echó a reír y ella no pudo evitarlo también sonrió apoyando la mejilla sobre la mano. Su marido besó su cuello y susurró a su oído —Me muero por hacerte el amor, nena, pero cuando te lo haga solo gozarás. —Besó el lóbulo de su oreja. Se tumbó y se quedaron unos minutos escuchando la respiración del

otro. —Por cierto, preciosa… ¿Has usado mucho el chisme ese que está en la mesilla de noche?

Ella gimió de la vergüenza mientras Harmon se reía a carcajadas. Le fulminó con la mirada. —Está nuevo. Me lo regaló Molly en un cumpleaños.

La miró con picardía. —Entonces lo estrenaremos juntos.

—¡Aquí no hay quien duerma! —gritó su tía.

Se miraron con los ojos como platos. —Nena, en esta casa no hay mucha intimidad.

—Total, para lo que hacemos… —Le dio la espalda de nuevo y sonrió. —Buenas noches.

—Buenas noches, preciosa.

Capítulo 12

Cuando se despertó él ya no estaba y suspirando acarició las sábanas. Se dio cuenta de que había una nota en la mesilla y la cogió a toda prisa:

"No te excedas o me cabrearé. Que tengas un gran día, preciosa. Ya te he dado un beso, pero me ha sabido a poco, así que te envío otro."

Soltó una risita y se la llevó al pecho. La volvió a leer loca de contenta. Una vocecita en su interior dijo de repente, "qué vida más triste tienes que te alegras así por una nota donde ni siquiera te dice que te quiere". Perdió algo la sonrisa y al ver su letra sonrió de nuevo. —Oh, cállate…

Se levantó y se dio una ducha rápida.

—¡Mamá!

—¡Sí, cielo, vete desayunando!

—¿Quieres que lo lleve yo?

—¡No, tía! —gritó poniéndose la camiseta con cuidado—. ¡Ya casi estoy! —Estaba bajando por la escalera cuando vio a Isaías en la puerta y se detuvo sorprendida porque estuviera allí.

—Buenos días —dijo él incómodo antes de quitarse la gorra—. ¿Podemos hablar un momento?

Bajó otro escalón. —¿Ahora quieres hablar?

—Por favor, es importante.

—¿Es por Harmon?

—Sí, tiene que ver con él.

—Tía, ¿puedes llevar al niño a clase? Al final no voy a poder ir.

—Claro, cielo. No te preocupes.

Entraron en el salón y cerró la puerta. —Oh, perdona, ¿quieres un café?

—No, gracias.

Qué educado estaba. —¿Qué pasa?

—Harmon ha ido a verme esta mañana. Estaba furioso conmigo.

Dio un paso hacia él. —¿Por qué?

La miró angustiado. —Ha descubierto que mi mentira fue mucho más allá de decirle…

—¿Que yo le había sido infiel? ¿Que su hijo no era suyo? ¿En qué más podías haber mentido? Creo que eso ya es lo bastante gordo como para… —Entrecerró los ojos. —Mentiste sobre su procedencia, sobre su adopción… Por eso lo ocultaste todo. —Le miró fijamente pensando en ello, en el día en que nació su hijo. Al ser prematuro le hicieron cientos de pruebas y recordó como estando su suegro delante el médico dijo que le habían hecho análisis de sangre. —Oh, Dios mío…

—Déjame que te explique.

—Me sorprendió que mi niño fuera del grupo O y recuerdo que la enfermera me dijo que sería por su padre. No confirmé que Harmon era del grupo O hasta que me operaron, el cirujano me dijo que él me había dado su sangre porque valía para todos. En ningún momento recordé tus palabras en el hospital cuando nació el niño… Te preguntaron tu tipo de sangre porque estaban haciendo campaña de donaciones y dijiste que eras O. Harmon sí que era tu hijo…

—Mi mujer creía que no podía tener hijos y se obsesionó con ello. Decía que su vida no tendría sentido si no podía tener hijos. Yo intenté comprenderla, pero una noche…

—¿Intentas justificar que tuviste un hijo con otra? —gritó furiosa.

—Cuando me enteré de que estaba embarazada entré en pánico, no podía perder a mi esposa.

—Pero se enteró.

—Sí. —Hizo una mueca. —Supongo que las mujeres lo sabéis. No me quedó más remedio que confesar la verdad y hablamos de ello durante horas. Y me perdonó. Apenas dos días después esa mujer se fue a trabajar a la ciudad. Un día quisimos verla y fuimos hasta allí, estaba borracha y un hombre salió desnudo de la habitación. Mi esposa estaba asqueada por las condiciones en las que el niño tendría que criarse. Entonces me dijo que ese niño debía estar con nosotros. Que debía…

Separó los labios de la impresión. —¿Se lo quitaste?

—Le di dinero para que se fuera después del parto.

Se sentó de la impresión. —¿Y se fue?

—Volvió. —Sus ojos angustiados la miraron. —Lo siento, tenía que separaros, lo intenté con todas mis fuerzas, pero Harmon volvió a ti, no pudo evitarlo…

—¿Volvió? —Su corazón se aceleró.

—Volvió a dejar a su hija con su tía.

Gritó de dolor llevándose la mano al vientre. —¡Mientes, estás mintiendo!

—Cuando volvió me pidió dinero otra vez. Se lo di muerto de miedo porque alguien se diera cuenta, que atara cabos y descubrieran que mi hijo también era suyo. No volvió por aquí y para mí fue un alivio, la verdad. Mi esposa se hubiera horrorizado de que todo el mundo supiera nuestro pecado. Y Harmon… No quería que le señalaran. ¿No te das cuenta de que…?

Se tapó los oídos con las manos. —¡Cállate, cállate! ¡Es mentira! —gritó desgarrada.

—Lo siento, creí que cuando Harmon fingió su muerte eso os separaría. Pero necesitaba hablar con él, era mi hijo, no podía soportar no saber nada de él, así que hablé con sus superiores, les dije que a mí no podían engañarme, les aseguré que guardaría el

secreto. Y entonces sucedió, Harmon se puso en contacto conmigo. Me dije que no podía consentir que volvieras a acercarte a él. Os amabais y solo era cuestión de tiempo que su amor superara a su deber y que fuera a verte para estar contigo. Así que mentí.

—Mientes, mientes. ¡Eres un viejo loco! ¡Largo de mi casa!

Escuchó que se abría la puerta del salón y Harmon entró mirando a su padre como si le odiara.

—¡Dile algo! ¡Dile que pare! ¡Solo quiere hacerme daño! —Se abrazó a él y sollozó mientras su marido la pegaba a su pecho.

—Shusss… —Le acarició la espalda y dijo —Padre vete a casa.

—Lo siento, pero sabía que tú no se lo dirías y…

Asustada se apartó para mirarle. —¿Harmon?

—Nena, no pasa nada. —Sonrió con tristeza y acarició su mejilla.

—Claro que pasa —dijo Isaías—. Sois hermanastros. Vivís en pecado. —El viejo sollozó. —Tenía que habértelo dicho antes de la boda, pero tu madre estaba tan delicada que…

—¡Cállate! —gritó Harmon furioso—. ¡Ya no me creo nada de lo que me digas! ¡Solo quieres dañar nuestra relación y yo te he dejado! ¡Fuera de esta casa!

—Pero hijo, te juro que no miento.

—¿Y por qué habría de creerte después de todas las mentiras que me has dicho?

—¡Natalie tampoco quería que se supiera!

Se le cortó el aliento porque supiera el nombre de su madre y se apartó para mirarle. —¿Mi tía te dijo su nombre?

—La conocí en el bar del pueblo. Había venido a ver a sus tíos y a sacarles algo de pasta. Esas fueron sus palabras. Bebimos, tonteamos y hubo un momento en que uno de mis amigos se acercó a mí y me dijo que tuviera cuidado. Pensé en lo que diría la gente y pagué dispuesto a irme. Entonces ella me dijo que podíamos vernos en otro sitio. Perdí la cabeza y le dije que nos encontraríamos en el

mirador del río. En el bar me había dicho que se iría al día siguiente, pero mi sorpresa fue que se quedó un mes más.

A Alice se le cortó el aliento. —Lo suficiente para confirmar el embarazo.

Él asintió. —Me sacó el dinero y se largó de inmediato. —Suspiró como si estuviera agotado.

Alice apretó los labios mirando a su marido y este gruñó antes de gritar —¡Padre dejaste que te timara!

—No, claro que no. ¡Hijo no digas tonterías, no nací ayer! ¿Crees que no lo pensé?

—Igual no lo pensaste mucho con las ganas que tenías de tener un hijo —dijo ella—. Mi madre nunca fue de fiar.

—Las fechas cuadraban y la sangre de mi hijo también. Como comprenderéis hace treinta y cinco años no se hacían pruebas de ADN como si fueran churros.

Pensó en ello. —¿Dices que cuando fuiste a la ciudad vivía con un hombre?

—Estaba embarazada de al menos seis meses. Me costó mucho encontrarla porque no quería meter a sus tíos en esto y contraté a un detective.

—¿Dónde la encontraste?

—En Great Falls, trabajaba en un hotel.

—¿Cómo era ese hombre?

—Pelirrojo y tenía un tatuaje en la espalda de un ángel con las alas extendidas.

Harmon miró a Alice. —¿Nena?

—No, no es mi padre. El hombre que conocí era moreno como tú y tenía los ojos verdes.

—Ese hombre tampoco era tu padre, cielo. Le conoció cuando tenías dos años.

Se volvió de golpe para ver entrar a Shelly que apretó los labios antes de decir —Tienes que desayunar, tienes que tomar las

pastillas.

—¡Tía, este hombre piensa que Harmon y yo somos hermanos!

Shelly miró a Isaías con sorpresa y de pronto se echó a reír a carcajadas.

Isaías gruñó. —No sé dónde está la gracia.

—¿Es una broma?

—No, tía, ¡se acostó con ella! ¡Tenemos la misma madre!

Shelly perdió la sonrisa de golpe. —¡Si era una cría! ¡En aquel momento debía tener dieciocho años!

—Pues te aseguro que sabía latín. —Todos se le quedaron mirando. —¿Qué? ¡Estaba pasando un mal momento!

—¿Tía? ¿Crees que pudo timarle para sacarle la pasta?

—Claro que sí.

—¿No puedes hablarme de ella, Shelly? —preguntó Harmon —. Alice me contó antes de casarnos cosas horribles de su infancia, pero no pudo contarme mucho.

Shelly suspiró volviéndose. —Todo lo que os diga se queda corto. —Fue hasta la cocina y todos la siguieron. Cogió el plato que había dejado para que desayunara Alice y lo llevó hasta el microondas. —¡La niña no ha comido y tiene que tomar las pastillas! Mira que molestarla con estas tonterías…

—¿Entonces no te lo crees? —preguntó Harmon ansioso.

—Claro que no. Natalie es una mentirosa compulsiva, siempre lo fue. Decía cualquier cosa con tal de sacar dinero a la gente. — Puso los brazos en jarras. —¿Queréis que os dé un ejemplo? Cuando tenía quince años me llamó por teléfono porque se había escapado de casa. Mi hermana estaba desesperada y todos estábamos esperando noticias. Me llamó a mí. Me dijo que su padre había abusado de ella y que necesitaba dinero porque en la casa de acogida donde estaba no la creían. Y tanto que no la creían porque no dejaba de mentir y la descubrieron. Quería dinero para largarse a

Los Ángeles. Yo me negué a darle dinero y le exigí que volviera a casa.

—¿Cómo la descubristeis?

—Se lo confesó a un policía cuando le robó el bolso a una mujer que tuvo la desgracia de encontrarse con ella. Lloraba como si fuera inocente de todo y hubiera cometido una chiquillada cuando podía haber metido a su padre en un problema muy serio.

—Nunca hablaba de sus padres —dijo Alice sentándose.

—Porque llegó un punto que renegaron de ella.

—¿Qué?

—Tus abuelos no querían saber nada de su hija. Por eso vino cuando cumplió dieciocho años, porque la echaron de casa hartos de sus deudas, de las drogas, de que llegara borracha a casa…

—Joder, menuda joya —dijo Harmon por lo bajo—. ¿Qué pasó cuando llegó?

—Mi marido no la quería aquí y se lo dejó claro. Entonces tendré que buscarme la vida —dijo con burla—. Tranquilo viejo, me iré mañana. Al día siguiente se fue al motel de la carretera y nos enteramos por el sheriff que había antes que pagaba al contado. Me pregunté de dónde había salido el dinero y fue mi marido quien se dio cuenta. Nos había robado la pequeña caja de caudales con el dinero que mi esposo guardaba para pagar ciertos gastos de la granja. El pienso que nos traían y cosas así. No la denunciamos, solo la queríamos fuera del pueblo.

—Y mientras tanto se la estaba liando a mi suegro.

—¡Os digo que no soy idiota! ¡Me dijo que se quedaba unos días mientras planeaba su vida y cuando le di la pasta se largó!

—¿Y eso no te dice nada, padre?

—¡Me dice que necesitaba el dinero porque no tenía nada!

Harmon se pasó la mano por la nuca y la miró a los ojos. —A mí todo esto ya me da igual, pero si quieres nos hacemos la prueba.

—Esa ya estaba embarazada y te la dio con queso, Isaías.

Miró asombrado a Shelly. —¿Crees que puede ser?

—Tan segura como que mañana va a salir el sol. Pero si quieres llamamos a sus padres para que nos cuenten si saben algo.

Alucinada se volvió hacia su tía. —¿Siguen vivos?

Shelly se sonrojó. —Niña, no quise decírtelo porque…

Dolida susurró —No querían saber nada de mí.

—No, de ti no. Tu abuela me llama muchísimo para saber de ti. Es de ella de quien huían. Creo que hasta le tenían miedo. Sabían que si te acogían no se librarían de ella, así que…

Asombrada miró a su marido. —Pero si no volvió a aparecer por aquí.

—Pregúntate por qué, cielo —dijo mirando fijamente a Shelly —. Al fin tenías la familia que querías, la tenías a ella. Tu sobrina solo era un estorbo. ¿Qué pasó, Shelly? ¿Volvió con intención de pedirte dinero y tu marido perdió la paciencia? Aquí hay muchas tierras para ocultar un cuerpo. Sobre todo, si es alguien a quien no quiere ver nadie.

El labio inferior de Shelly tembló y Alice se llevó la mano al pecho de la impresión. —¿Tía?

Le rogó con la mirada. —Era mala, niña. La persona más mala que he conocido nunca. Tenía al demonio en su interior. Cuando llegó de casa de sus padres con dieciocho años ya había timado a un vecino con eso del embarazo, pero él no se lo creyó y la denunció a la policía por extorsión. Sus padres la echaron de casa y ella les amenazó con destrozarles la vida. Dijo que como abrieran la boca en el juicio, volvería y conseguiría que los dos acabaran en prisión. Por eso mi hermana no me contó la verdadera razón por la que la habían echado. Simplemente me dijo que no se entendían y si me dijo eso fue por órdenes de Natalie. Pero como os acabo de decir mi marido no la quería aquí. Se rio de él y se largó. Yo sabía que algo habría robado, pero me callé. Cuando tu tío se dio cuenta de lo de la caja fue a verla al motel y ella con descaro se le insinuó —dijo con asco—. Mi marido dijo que no quería verla nunca más en la vida,

pero casi veinte años después nos llamó por teléfono. Nos dijo que había tenido una hija y que no podía mantenerla. Que si no la acogíamos la dejaría en la calle. Que servicios sociales se haría cargo de ti hasta que pudiera recuperarte. —Alice palideció. —Así que aceptamos, no podíamos soportar que te dejara en cualquier sitio. En mi interior siempre supe que no volvería a buscarte, aunque mi corazón no quería creerlo. Y pasaron los años. Cuando tenías doce años amenazó con llevarte si no le dábamos dinero. Nos estaba arruinando con sus continuas exigencias y tu tío no lo soportó más. Le dijo que le daría el dinero, pero a cambio vendría sola y se portaría como una madre contigo un par de días, luego podría largarse de nuevo. Hicimos que fueras a dormir a casa de una amiga ese fin de semana con la excusa de que nos íbamos a la ciudad…

—Para que todos pensaran que no estabais en casa.

—Exacto. Escuchamos como se acercaba su coche y mi marido se encargó de todo. Yo ni siquiera la vi.

—Tenemos que hacernos la prueba para salir de dudas —dijo Harmon—. Aunque estuviera viva y le preguntáramos, podría decir que somos hermanos simplemente para hacernos daño. No era de fiar, así que su palabra no nos hubiera servido de nada.

—Os digo que sois hijos de la misma madre. —Isaías se llevó las manos a la cabeza. —Dios mío, ¿qué he hecho?

Alice se volvió hacia su marido mostrando en su mirada el dolor de su corazón.

—A mí me da igual, nena.

—Por favor, no digas eso —dijo alejándose.

—Padre, cuando me entregó a vosotros, ¿estuvisteis en el parto?

—No, nos llamó cuando salió del hospital.

—Así que tampoco puedes asegurar que nací de su vientre.

—¿Qué quieres decir?

—Mírame. ¿Acaso me parezco en algo a Alice? ¿Me parezco en algo a esa mujer?

Isaías negó con la cabeza. —Era rubia como Alice, es su vivo reflejo.

Los ojos de Alice se llenaron de lágrimas, porque que la describiera solo apoyaba que su madre había tenido un lío con ese hombre. —¿Cuánto tardarán las pruebas?

—Tal y como están las cosas no lo sé, nena. —Acarició su mejilla. —Pero no te preocupes, yo me encargaré de todo. Les diré que es para una investigación y que deben darse prisa.

Se apretó las manos muy nerviosa. —Esto no puede estar pasando.

Harmon la abrazó. —No te preocupes, era una aprovechada y si somos hermanos me da igual, todo esto es fruto de una mente enferma que no voy a dejar que nos joda la vida.

Le abrazó con fuerza. —Nuestro niño…

—Es hermoso y perfecto. Y nada de esto saldrá de aquí nunca, como si nunca lo hubiéramos sabido. —La besó en la sien. —Pero antes saldremos de dudas para que no te angusties innecesariamente.

—Traeré nuestros cepillos de dientes.

—Yo iré a por ellos, tú desayuna.

—Eso niña, estás muy pálida y no me gustaría que te pusieras enferma por esto.

Isaías se sentó ante ella y se quedó en silencio con la mirada perdida varios minutos. Después de beber de su café Alice susurró —¿Qué piensas?

—Siento que sea hijo mío.

—Seguro que él también lo siente, ya se había hecho a la idea de que era adoptado. —Sonrió. —Menudo lío que has montado.

Avergonzado dijo —He ido saliendo del paso como he podido, niña.

—Tu mujer a pesar de la enfermedad parecía feliz en la boda.

—Mi mujer nunca vio a Natalie en el pueblo. Solo la vio en la ciudad cuando fuimos hasta allí.

—Entiendo. No creía que la mujer que dio a luz a tu hijo y la sobrina de sus vecinos fueran la misma persona.

—Jamás se le pasó por la cabeza. Estaba contentísima porque creía que vería a su hijo más a menudo, pues se casaba con una de aquí. Aunque sabía que no viviría mucho. Nunca imaginamos que sería tan poco. Cuando mi hijo no pudo venir al funeral un mes después de vuestra boda, supe que pasaba algo raro.

—¿Se lo reprochas?

Isaías apretó los labios. —El día en que se fue, se despidió de ella de una manera que me conmovió. Ella ya estaba muy mal ese día por los excesos de la boda y todos sabíamos que la enterraríamos pronto. Cuando murió, mi hijo no me cogió el teléfono, ahí supe que no volvería. Sé que no hubiera soportado verla morir, es un hombre muy duro para ciertas cosas, pero su madre… La adoraba, sé que cuando se enteró de que ya no estaba con nosotros, fue uno de los días más terribles de su vida.

—¿Te lo dijo cuando le viste de nuevo?

—No hacía falta. Estaba destrozado, aunque intentaba disimularlo. No fue una buena época para él. Y no solo por su madre, tener que perder su identidad, su familia, a ti… Cuando te encuentras en una selva rodeado de enemigos, lo único que piensas es en volver a casa y de repente él no tenía a donde volver. Fue duro y yo se lo puse aún más difícil al mentir. —Se adelantó. —¿Pero entiendes por qué lo hice?

—Sí.

—Si la prueba dice que sois hermanos, ¿qué vas a hacer?

Apretó los labios. —No lo sé, no es natural y… Dios mío… —susurró con la voz rota de dolor.

—Lo siento mucho, tenía que haber dicho algo desde el principio y no dejar que os casarais. Pero mi esposa sufriría, estaba entra la espada y la pared…

Harmon entró en la cocina con una bolsa de viaje en la mano.

Alice logró decir —¿Te vas?

—Ya he llamado para que preparen el helicóptero. Iré a Billings y esperaré a que realicen la prueba. No sé si volveré hoy.

—Está bien.

—Mientras tanto haré algunas investigaciones. Hay un informático destinado en Wyoming con el que he trabajado antes en algunas operaciones. Es discreto y averiguará lo que queremos saber mucho antes que cualquier detective. —Se acercó y la besó en la sien. —Desayuna, antes de que te des cuenta sabremos lo que ocurre. Si no vuelvo esta noche no te preocupes.

—¿Y tu trabajo aquí?

—Dejo al teniente Ryan al mando. En el ejército siempre hay sustitutos, todo irá bien.

Alice forzó una sonrisa sin saber qué más decir y Harmon apretó los labios antes de mirar a su padre. —Envíame al móvil la dirección a la que fuisteis a verla cuando estaba embarazada. Necesito toda la información que puedas darme, eso nos facilitará las cosas.

Shelly dio un paso hacia él. —Si quieres puedo llamar a sus padres por si saben algo.

—No, no quiero inmiscuir a nadie más en esto. Cuanta menos gente lo sepa, mejor. Pero sí puedes enviarme todo lo que recuerdes de ella que nos pueda dar una pista sobre su vida en aquella época.

—Vale.

Miró el plato y lo apartó sin ninguna gana de comer. —Eh… —Harmon se agachó a su lado. —No pasa nada.

—No digas eso. Nuestra madre era la misma persona, esto es muy grave. —Negó con la cabeza viendo por la ventana el columpio de su hijo y sus ojos se llenaron de lágrimas. —Como se entere alguien… Dios, no quiero ni pensarlo. —Se levantó y salió corriendo, dejando el silencio tras ella.

—Lo siento mucho, hijo, no sabes cómo lo siento.

Harmon se incorporó sin dejar de mirar la puerta por donde Alice había desaparecido. —No le quitéis ojo —dijo muy tenso.

Shelly preocupada dio un paso hacia él. —¿Crees que…?

—La versión de la pistola, de que fue un accidente, no me la termino de creer del todo. —Cogió la bolsa de nuevo. —Os llamaré, enviarme eso.

Salió sin despedirse y Isaías sollozó. —Voy a perderle.

Shelly no sabía que decir, no se podía creer lo que estaba pasando. Caminó hacia la ventana para verle subir a su coche. —No digas tonterías. —Le fulminó con la mirada. —Anda, que podías haberte inventado otra cosa.

—¿Qué? ¡Tendrías que haberme apoyado y no llevarme la contraria con cada palabra!

—¿Apoyarte en qué? ¿En que son hermanos? ¿Se te ha ido la cabeza?

—¡Se presentó en casa furioso porque le habían asaltado no sé qué dudas sobre su adopción! ¡No dejó de recriminarme mi comportamiento con la paternidad del pequeño ni de preguntarme por qué no lo había hecho de otra manera! ¡Ni sabía qué decir! ¡Me pilló por sorpresa y tenía que justificar de alguna manera que quería separarles!

—¡Se van a enterar de todo y nos van a odiar, tenemos que decírselo!

—¿Pero estás loca? ¿Cómo le voy a decir a mi hijo que tuve un lío contigo hace treinta y seis años y que te quedaste embarazada? ¿Que mentí a mi mujer para que lo adoptáramos? ¡Creerá que estuvimos liados siempre! ¡Una cosa es un desliz y otra muy distinta un lío de casi cuarenta años! ¡Dejará de respetarme!

—¿En serio crees que tu hijo prefiere pensar que se ha casado con su hermana a que tú hayas tenido un lío?

—¿Tía?

Se volvió sorprendida y palideció al ver a Alice en la puerta con cara de susto. —Oh, estás aquí… —Forzó una sonrisa. —Creí

que te habías acostado.

—Mierda —dijo Isaías cerrando los ojos.

—¿Estabais liados?

—Cielo…

—¿Estabas liada con mi suegro? ¿Por qué no nos dijisteis nada?

—Porque este idiota no quería.

Impresionada dio un paso hacia ella. —¿Diste a tu hijo?

—No lo entiendes, yo por entonces era soltera, hubiera sido un escándalo.

—Y se casó con Jeff que luego se convirtió en mi vecino —dijo Isaías molesto—. ¿Te lo puedes creer?

—¿Qué iba a decirle? ¿No compres esas tierras que tuve un hijo con tu vecino? ¡Y fue un marido estupendo! —gritó Shelly—. ¡Y mucho mejor amante que tú!

—Ya, por eso siempre caías de vez en cuando.

Shelly se puso como un tomate. —Viejo idiota.

Pasmada dio un paso a un lado para verle la cara a Isaías que sonreía con satisfacción como si estuviera encantado de que su tía tropezara con él de vez en cuando. —¿Por qué? —gritó sobresaltándoles.

—Bueno, niña, si te digo la verdad ha sido una relación amor odio. Cuando el chico llegó con que iba a casarse contigo no creas que me gustó mucho.

—¿Porque emparentabas con tu amante?

—Y porque mi mujer no se enterara.

Alice entrecerró los ojos y sacó el móvil del bolsillo trasero. —Esto se lo vas a explicar a tu hijo. Joder, no puede perdérselo, le va a encantar vuestra nueva historia.

—¡No, por favor!

—¡Va camino de Billings para hacer una prueba de ADN y todo porque sois unos mentirosos compulsivos! —Se puso el teléfono al oído. —¡Cielo! Vuelve cagando leches que aquí hay mucho más que rascar. ¡Han mentido en todo! —Les miró con furia. —Sí, los dos. Ven, que te espero para sacarles toda la mierda y me da que hay mucha.

Shelly miró a Isaías y le dijo con rabia —¡Eres idiota, te dije que siguieras el plan!

—¡Silencio! —gritó haciendo que la miraran y se quedaron de piedra al ver que llevaba la pistola en la mano—. ¡Sentaos y no quiero una sola palabra hasta que llegue mi marido!

—Pero niña…

—¡Tía, siéntate! —Le disparó a los pies haciendo un buen agujero sobre la baldosa. —¡Ahora!

Su tía se sentó en el acto y con los ojos como platos esperó. No tardaron en oír el motor del coche, el portazo y los pasos de Harmon en el porche. En cuanto entró en la cocina gruñó apretando los puños viendo a aquellos dos con cara de culpables. —Nena, ¿qué pasa?

—¡Que estaban liados! ¡Eres hijo de Shelly!

Harmon suspiró del alivio y ella jadeó. —¿No vas a decir nada?

—En este momento me han quitado tal peso de encima, que si te digo la verdad no puedo ni reaccionar.

—¡Ellos han intentado separarnos desde el principio porque no se descubriera su relación!

—Bueno, en realidad…

—¡Cállate, Isaías! —Se acercó apuntándole. —Ahora me lo vais a contar todo o mi marido os hará uno de esos interrogatorios donde se levantan uñas, se rompen huesos y uno se vuelve loco por la presión psicológica. ¿Verdad, cielo?

Harmon no contestó.

—¿Verdad? —le insistió con la mirada.

—Oh, sí, claro. Pan comido.

—¿Tía? Habla tú que este no hace más que mentir.

—Como si ella no mintiera —dijo Isaías por lo bajo.

Shelly apretó los labios antes de mirar a Harmon. —Le conocí hace treinta y seis años en la feria del pueblo. Nos acabábamos de mudar aquí porque mi padre había conseguido un trabajo en las tierras de los Roberts como jornalero. No teníamos dinero, nuestra casa era una ruina y yo que ya tenía veintidós años trabajaba en lo que podía, como todos mis hermanos que no estaban casados. Aquel día, deambulaba por la feria sin poder comprarme nada ni jugar en ningún puesto. Isaías estaba con sus amigos y tiraba al blanco mientras bebían cervezas. Yo a un lado les observaba y sonreía —dijo con nostalgia—. Entonces él me miró y me preguntó si quería probar. Ahí perdí parte de mi corazón. —Isaías alargó la mano y cogió la suya por encima de la mesa. —Yo no sabía que estaba casado, me lo ocultó. Tendría que haberme dado cuenta de que siempre nos veíamos a escondidas, pero si os digo la verdad me daba lo mismo porque lo único que deseaba era estar con él. —Apretó los labios. —Me enteré de que estaba casado en la iglesia. Yo no era de ir mucho, pero aquel domingo fui porque se emperró mi madre. Teníamos que quedar bien con el jefe de mi padre que era muy beato. Entonces les vi salir del coche y entrar saludando al cura. Al principio creí que era su hermana o algo así, pero no me costó averiguar quién era preguntándole a una compañera de la cafetería donde trabajaba. No me lo podía creer —dijo mientras su voz se congestionaba de dolor—. Fue como darse un porrazo de primera con una pared. Dejé de quedar con él, dejé de verle. No me parecía bien lo que estábamos haciendo. Isaías me llamó mil veces a la cafetería, pero nunca me permití quedar con él. Pero a los dos meses llegó la sorpresa.

—Estabas embarazada de mí.

—Sí. Mi padre me dijo que lo arreglara y cuanto antes, porque como su jefe se enterara con lo recto que era, nos echarían a la

calle. Me asusté muchísimo, el futuro de mi familia dependía de mí, así que le llamé para que me pagara el aborto.

Impresionada bajó el arma. —¿Aborto?

—Niña, ¿qué podía hacer? ¡No tenía dinero ni futuro, no podía hacerme cargo de él!

—Entonces cuando habló conmigo, yo… Mi mujer tenía problemas para quedarse embarazada, todo eso era verdad. Así que le pagué un hotel en Billings hasta que dio a luz.

—¿Madre no sabía de quién era?

—No, ella siempre pensó que era de alguien de la ciudad.

—Así que tu primera versión no era mentira del todo.

—No.

—¡Continúa!

—Dos años después Shelly se casó y se vino a vivir aquí al lado —dijo con rencor.

Entonces Alice empezó a comprender. —No quería perderos.

Shelly se sonrojó. —No, no fue por eso, yo quería a mi marido. Me sentía especial a su lado.

—Pues bien que te veías en el pajar conmigo.

—¿Acaso tú no querías a tu esposa?

Isaías gruñó. —Eso no puedo negarlo.

—¡Pues eso!

—Dios mío, ¿qué clase de relación teníais vosotros? —preguntó Harmon asqueado.

—Chico, el sexo era estupendo —respondió Isaías sonrojando a su amante aún más.

Alice hasta tuvo que sentarse. —¿Qué pasó después?

—Que llegaste tú y se acabó. Se centró en ti y en su marido. A partir de ahí tuvimos unos diez años en el que había algún desliz de vez en cuando, pero nada de importancia. Hasta que el chico dijo que se alistaría. Shelly se cabreó muchísimo.

—No quería que fueras, pero no tenía ni voz ni voto, así que me aguanté. Tu padre siempre estuvo obsesionado con lo que era tu deber y todas esas mierdas. Pero todo se complicó cuando enviudé —dijo Shelly. Entrecerró los ojos—. Ahí tenía demasiado tiempo libre.

Pasmada miró a su marido que tampoco salía de su asombro.

—Bueno, el hecho es que nos volvimos a relacionar.

—¡Dirás a encamar! —gritó Harmon sobresaltándola.

—Eso.

—Uy, que ya veo por dónde va el asunto y no me gusta un pelo —dijo Harmon.

—¿En serio? Porque yo no tengo ni idea.

—¡Nos alejaron porque no querían decir que estaban liados!

—No, no fue así del todo —dijo Isaías.

—Ah, ¿no?

—Bueno, un poco sí —reconoció Shelly—. Cuando nos enteramos de que salíais pensamos en ello, es lo normal, e incluso ideamos cómo separaros, pero no hicimos mucho porque creímos que todo quedaría en nada. Luego las cosas no salieron del todo bien.

Isaías suspiró. —Claro, porque os enamorasteis. Al principio pensábamos que era algo pasajero, pero tantos permisos aquí a mí empezaron a mosquearme.

Ambos asintieron para mirar a Shelly que gruñó. —Que Harmon viniera en cuanto podía nos preocupó muchísimo, así que tomé medidas.

—¿Qué medidas?

—Te borraba las llamadas perdidas del móvil, te decía que no había llamado a casa tampoco, tiraba las cartas…

Alice asombrada miró a Harmon. —¿Me escribiste?

Él gruñó como si estuviera incómodo. —Nena, hubo un par de semanas en las que no me respondías los mensajes, algo tenía que hacer.

Se sonrojó de gusto antes de mirar a su tía. —Sigue.

—La cosa se puso más seria cuando te acostaste con él. Ahí me di cuenta de que si te casabas…

Se le cortó el aliento. —Me iría. Te quedarías sola.

Shelly la miró arrepentida. —Lo siento, pero ya le había perdido a él por el ejército, no pensaba consentir… ¿He dicho ya que lo siento?

—¿Qué hiciste? —gritó perdiendo la paciencia.

—Llamé a Isaías, le dije que vuestra relación se estaba poniendo muy seria y él me dijo… —Miró de reojo a su cómplice.

—¡Habla! —gritó Harmon.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Me dijo que no me preocupara, que todo eso acabaría en nada de tiempo. Yo le pedí una explicación y me dijo que te había oído hablar con alguien por teléfono, que le habías dicho que todo estaba preparado, pero que no estabas seguro de si era lo correcto. La otra persona dijo algo que te hizo decir, "Muy bien, dígales que el funeral no sea muy exagerado, cuanto antes me entierren mejor." Eso fue a pocos días de que le pidieras matrimonio.

Harmon miró a su padre. —Lo sabías incluso antes de la boda.

—Sabía que si tenías que hacer algo así, era por una razón muy importante. Mucho más importante que nosotros, así que hice lo posible para que cumplieras tus planes. Le dije a Shelly que te irías y que ya no volverías por aquí, que después del funeral todo volvería a su curso y que Alice te olvidaría. Era joven, podía hacerlo.

—Pero no lo hice, de hecho, enfermé —Miró a Shelly. —Y tú te asustaste, creíste que podías perderme.

—Ni sé cómo llegaste a dar a luz. Eras un alma en pena. Solo salías de la granja para ver a Isaías, como si necesitaras tener contacto con él. Creías que estaba como tú porque no solo había perdido a su mujer sino a su hijo también. Yo no sabía que este

viejo estúpido se había puesto en contacto con sus superiores ni que veía a Harmon escondidas.

—Sabes por qué no te lo dije, palomita, no quería que te preocuparas. Creerías que todo se volvería atrás y que el chico resucitaría ante todos. Yo sabía que eso no podía ser, el paso estaba dado, no había marcha atrás. Era una cuestión de seguridad de estado, así que cerré la boca y te lo oculté.

Alice apretó los labios. —¿Qué pasó cuando nació el niño? ¿Por qué cambiaste de actitud conmigo?

Isaías la miró arrepentido. —Harmon no dejaba de preguntarme por el niño, así que mentí sobre su paternidad para que pensara que no merecías la pena, para que todo siguiera su curso.

Sonrió con tristeza. —Para que me odiara.

—Sí.

—¿Por qué no dijisteis la verdad cuando regresé? —preguntó Harmon furioso mirando a Shelly—. ¿Por qué seguisteis mintiendo una y otra vez? Por Dios, si en el hospital me echaste una bronca de primera, me culpaste de todo a mí cuando tú también estabas metida en esto y eras tan cómplice como yo. ¡Incluso montasteis un teatro frente a Colin justificando toda vuestra falsa historia! ¡Él me lo contó todo y me rogó que no fuera muy duro contigo, padre! ¡Que todo lo habías hecho para proteger a nuestra madre! ¿Es que habéis perdido la cabeza? ¡Alice estaba entre la vida y la muerte en ese momento y aun así seguíais mintiendo!

Shelly jadeó. —¿Y qué íbamos a hacer? ¿Decir en ese momento que lo tramamos todo? Era una situación muy delicada como para descubrirnos. ¡No nos hubieras perdonado nunca! ¡Y Alice tampoco! —Le miró fijamente. —¡No sabía si mi niña iba a sobrevivir, pero Isaías estaba a punto de perder a su hijo por lo que habíamos hecho y tenía que justificarse por mentir sobre la paternidad del niño! Con mis recriminaciones pudo hacerlo y que Colin estuviera allí nos ayudó mucho a que no te enfurecieras con tu padre. ¡Tenía que ayudarle a que se justificara! Además, si Alice se llega a enterar de

todo en ese momento, nunca me hubiera perdonado con todo lo que había sufrido con tu muerte y más después de lo que hizo Isaías para mantenerla alejada de ti. ¡No nos quedaba más remedio que seguir mintiendo! ¡Y esa mentira cada vez se hizo más grande!

—¿Cómo te enteraste tú de que a veces Harmon venía por aquí? —le preguntó ella a su tía.

—Lo que te dije del coche era cierto. Pero fue yendo a casa de Isaías.

—A ver a tu amante.

—Harmon estaba yéndose en ese momento y no pude evitarlo, me moría por verle, por hablar con él, así que le detuve. Y me dio el teléfono por si algún día necesitabas algo.

—Y solo me llamaste para decirme que me mantuviera alejado de ella —dijo con rabia.

—Sí —dijo con remordimientos.

—Por lo que cuando regresé os pusisteis muy nerviosos, había muchas cosas que cubrir. Vuestras mentiras podían hacer que nos perdierais para siempre.

—Sí. Lo primero que había que solucionar era lo de la paternidad del niño —dijo Isaías—. No me quedó más remedio que reconocer que te habíamos adoptado y que si había mentido fue para proteger tu misión.

—Pero no pensabas reconocer nada más, ¿no es cierto? ¡Como tu infidelidad a mi madre!

—¡Hijo, es que eso era muy gordo!

Asombrado miró a su esposa. —¿Eso era gordo?

—¿Crees que se les ha ido la cabeza? Igual debería llamar a mi psicóloga para que les dé un repaso.

—¡Nena, de esto no se puede enterar nadie! ¡Están para que les encierren y tengo una reputación!

—¿Entonces todo está solucionado? —De repente Shelly sonrió de oreja a oreja y se levantó con los brazos abiertos. —Mi

niño…

Harmon dio un paso atrás espantado.

—¿Demasiado pronto? Tranquilo, lo entiendo, iremos poco a poco.

—¡Un momento! —gritó Harmon—. Aún quedan cosas por aclarar. ¿Por qué decir que éramos hermanos? Es que habéis perdido la cabeza, ¿no veis el daño que le estáis haciendo a Alice?

—Bueno, eso fue tu padre, que para no decir la verdad, salió con otra mentira. Y tiene imaginación, a mí nunca se me hubiera ocurrido lo de Natalie. Es obvio que tiene tus genes en eso de las tácticas y las trolas, porque hijo, tú también las metes como puños. El día de tu boda alucinaba con lo bien que simulabas que estabas loco por mi niña cuando ya tenías el petate hecho —dijo con mala leche—. Además, yo no quería que mi Alice se enfadara conmigo. Imagínate, sabía que habías fingido que estabas muerto, ella sufriendo lo que no está escrito y yo con el piquito cerrado. No, no podía confesar algo así, la perdería. Lo mejor era seguir con la táctica de intentar separaros para que nuestras mentiras no salieran a la luz y debo reconocer que eso de que sois hermanos era buenísimo para separaros del todo. —Hizo una mueca. —Si no hubiera pruebas de ADN, claro, pero las hay. Bueno, da igual, aquí mentimos todos.

Harmon carraspeó antes de mirarla. Alice cruzada de brazos miraba a unos y a otros mientras su rostro se iba transformando en pura furia. —A ver si me he enterado bien… —Señaló a Harmon. —Tú me engañaste para que nos casáramos y que tu padre no descubriera lo que había en el ataúd cuando él ya lo sabía. —Señaló a su tía. —Tú estabas liada con mi suegro y no querías perderme, así que te vino de perlas que este idiota fingiera su muerte. Y has seguido mintiendo para que no me largara con él y me enterara de toda la mierda que ocultabais. —Su tía le rogó con la mirada antes de que la saltara para señalar a su suegro. —Y tú… ¡Tú has mentido en todo, no has respetado ni la paternidad de tu hijo ni la de tu

nieto para encubrir tus mentiras y tejemanejes! —De repente gritó fuera de sí —¡Me tenéis harta! ¡Todos!

Los tres oyeron como subía las escaleras y daba un portazo antes de que algo chocara contra la pared. Harmon suspiró. —Perfecto, me la habéis cabreado, ahora tendré que volver a calmarla después de que hayáis removido toda esta mierda. —Les miró con rencor. —¿Seguís liados?

—No —dijo Isaías antes de fruncir el ceño—. Bueno…

Puso los ojos en blanco antes de volverse. —¿Sabéis qué? No quiero saberlo, haced lo que os dé la gana, ¡pero dejadnos en paz!

—Hoy haré lasaña para cenar, hijo —dijo Shelly emocionada por no tener que ocultarlo más—. ¡Sé que te encanta!

Le escucharon gruñir e ilusionada se volvió hacia Isaías. —Ya lo saben todo. Uff, de la que nos hemos librado. Hubo un momento en el que creí que Alice nos pegaba un tiro.

—¿Crees que nos perdonarán?

—Claro. —Hizo una mueca. —En menos de un año todo irá como la seda.

—No nos quitarán al niño, ¿no?

—Claro que no. No vamos a consentirlo.

—Si Harmon se va, se los llevará con él.

Los dos entrecerraron los ojos. —Pues hay que evitar que se vaya ninguno de los tres.

Harmon se tumbó a sus espaldas y la abrazó. —Al menos ya lo sabemos todo.

—No te fíes… —dijo haciéndole sonreír.

—Joder, qué susto me han pegado con eso de que éramos hermanos.

No pudo evitar sonreír. —Y todo para que no me fuera contigo.

Harmon gruñó. —No sé cómo tomarme eso. No se molestaron mucho porque yo desapareciera a cumplir con mi deber.

Soltó una risita. —¿Pica?

—Bastante. Joder, es mi madre…

Se volvió para mirarle porque para él también tenía que ser un shock todo aquello. —¿Cómo te sientes?

—No lo sé, por una parte estoy tan aliviado de no ser tu hermano que todavía no me ha dado tiempo a digerir que tengo madre de nuevo. Y por la otra tuve una madre increíble y me siento raro con todo esto.

A pesar de todo el dolor causado, sabía que lo que Shelly había hecho era porque la quería por encima de todo. —Es una madre estupenda y si le dieras una oportunidad no te arrepentirías, te lo aseguro.

Se la comió con los ojos. —Eres mi prima.

Se sonrojó. —Prima segunda, majo.

—Eso puedo soportarlo —susurró acercándose a sus labios.

—¡Yuju…! —gritó su tía desde abajo—. ¡Nos vamos a casa de Isaías para que estéis solos! ¡Tranquila, que ya recogemos nosotros al niño!

Ambos rieron por lo bajo. —Sabes lo que están pensando ahora, ¿no? —preguntó él.

—No, ¿el qué?

—Ahora que ya no tienen que ocultarse y que lo han cantado todo, harán lo que sea porque no nos vayamos del pueblo.

—¿Pensábamos irnos a alguna parte? —preguntó mirando sus labios con deseo.

Él acarició su cintura por debajo de la camiseta. —No, tenemos cosas mucho más importantes que hacer.

—Dijiste que no podíamos hacerlo —susurró rozando sus labios.

—Seré muy delicado, pero si no quieres…

Ella le cogió por la nuca para reclamar sus labios y se besaron con ansias. Alice agarró su camiseta y tiró de ella por la espalda. Harmon apartó sus labios para sacársela por la cabeza y para no perder el tiempo Alice hizo lo mismo mostrando que no llevaba sujetador. Él tiró su camiseta a un lado bajando su vista por sus pechos hasta la cicatriz que ahora tenía al aire. —Júrame que no lo hiciste a propósito. —La miró a los ojos. —Júrame que nunca harías algo así.

—Te lo juro. Jamás le haría eso a mi niño.

La abrazó con fuerza. —Nena, no pretendía hacerte tanto daño.

—Creo que tú también has sufrido. Tomaste una mala decisión y todo vino rodado. —Se apartó y sonrió. —Estás cagado, ¿no? Tienes miedo de hacerme daño.

—Preciosa, tu herida es muy reciente.

Ella acarició su pecho y su mano bajó hasta su entrepierna acariciando su duro miembro por encima del pantalón. —El sexo es muy importante en una pareja.

Harmon gruñó mientras pasaba su mano de nuevo excitándole aún más.

—Y si queremos tener un matrimonio feliz, más te vale que me des buen sexo si tengo que soportar tu trabajo.

—¿Ah, sí? —preguntó divertido.

—Sí, coronel.

La tumbó de espaldas y acarició su pecho. —Dime si algo te molesta.

Alice ya no podía pensar en nada más que en lo que le gustaba sentirle y cerró los ojos mientras sus labios empezaban a besar su cuello. —Nena, nunca olvidé tu olor —susurró contra su piel antes de lamerla hasta su pezón y rodearlo con la lengua haciéndola suspirar de placer. Sintió como abría sus vaqueros, mientras sus labios rodeaban su cicatriz hasta llegar al borde de sus braguitas. —Ninguna hubiera merecido la pena porque no sentiría lo que siento a

tu lado, preciosa. —Tiró de sus braguitas hacia abajo y sin dejar de besarla llegó hasta sus botas quitándoselas antes de que se diera cuenta y dejándola desnuda ante él. Entonces su mano acarició su muslo. —Nena, has debido echarme mucho de menos, puedo ver tu humedad desde aquí. —Sus manos subieron por el interior de sus piernas hasta llegar a su sexo.

—Dios… —Agarró la almohada porque su cuerpo ardía por lo que llegaría. Impaciente movió las caderas. —¡Haz algo! —gritó frustrada. Sintió su aliento sobre su sexo y su corazón pegó un bote en su pecho. —No, eso…

Su lengua la recorrió antes de que pudiera impedirlo y chilló por el placer que la traspasó. Su cuerpo inconscientemente intentó apartase, pero él la agarró por las nalgas para impedírselo. —No te muevas —susurró antes de besarla sobre su clítoris. Creyó que se volvería loca y se retorció sin darse cuenta.

—Nena, no te muevas tanto.

—¡Ni se te ocurra parar!

Su lengua la hizo gritar de nuevo y para que no arqueara la espalda y se hiciera daño él levantó sus piernas colocándolas sobre sus hombros para seguir torturándola a gusto. Porque no le dio tregua, cada vez que notaba que se excitaba de más, bajaba el ritmo de sus caricias hasta hacer que gritara de la desesperación por llegar al clímax y cuando Alice volvía a creer que lo conseguiría, Harmon se detenía frustrándola aún más.

—¿Recordabas esto? —dijo él enderezándose y cogiéndola por los muslos para acercarla a su pelvis. Acarició sus humedecidos pliegues con su sexo. —Joder, estoy deseando llenarte. —Entró poco a poco y cuando llegó al final movió sus caderas para acomodarse hasta llenarla por completo. Para impedirle mover su vientre la sujetó por los muslos elevándola y se deslizó por su interior lentamente aumentando su tortura por mil. Alice sin aliento pensaba que no podría soportarlo más y él volvió a llenarla proporcionándole un placer increíble una y otra vez. El ritmo se volvió frenético y aun

así se moría por más. Abrió los ojos para mirar los suyos y la dicha aumentó hasta romperla por completo para catapultarla al paraíso.

Él la abrazó con delicadeza mientras se recuperaban y la llenó de besos, caricias mientras le decía todo lo que la había echado de menos. —Renunciaré.

Se le cortó el aliento levantando la vista hacia él. —¿Qué has dicho?

—En cuanto los campos empiecen a producir y los supermercados tengan abastecimiento, renunciaré. Ya es hora de que me ocupe de los míos.

—¿De veras? —preguntó emocionada.

Acarició su espalda. —Sí, nena. Se acabó, ya he dado mucho más de lo que hubiera dado cualquiera. Es hora de empezar una nueva vida. —La miró a los ojos. —Esta vez no pienso perderme nada si te quedas embarazada. Pienso estar contigo y con nuestro hijo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Gracias.

—No tienes que darme las gracias. No tendría que haber hecho lo que hice, jamás tuve que anteponer mi trabajo a mi familia y nunca tendría que haberte utilizado.

—Lo hacías por tu país.

—Estuvo mal.

Ella acarició su pecho observando las cicatrices. —Si no hubieras tenido que fingir tu muerte, ¿me hubieras dado una oportunidad? ¿Hubieras salido conmigo entonces?

Suspiró mirando el techo. —Con lo tímida que eras, puede que no. Antes me gustaban más espabiladas.

—¡Eh!

—Nena, querías la verdad —dijo divertido—. Eras muy tímida conmigo. Pero lo que pasó después de sacarte a bailar… Fue toda una sorpresa porque descubrí que cuando estaba lejos me moría por regresar a casa de permiso.

—Es que soy irresistible.

Él acarició uno de sus rizos. —Te quiero, nena.

Se le cortó el aliento de la sorpresa. —Pues demuéstramelo como yo te lo he demostrado a ti.

—Esta vez no volveré a defraudarte, te lo juro por mi vida.

—Esa vida ahora es mía, coronel, que no se te olvide. Quiero que me dures muchos años, así que si antes de que lo dejes, te ves en peligro, ya puedes salvar el trasero o me enfadaré muchísimo.

—Hecho.

Alice besó sus labios. —Supliqué a Dios millones de veces que volvieras a mi lado, lo rogué con toda el alma y le pedí que volvieras porque te necesitaba... Y te necesito, mi amor, así que no vuelvas a dejarme.

—Tranquila, todo irá bien. En un año como mucho todo habrá acabado.

Capítulo 13

Se bajó del caballo y corrió hacia el porche saltando los tres escalones para entrar en la casa. —¡Cariño, los nabos ya están listos! ¡Hemos tenido suerte, no ha nevado y ya están listos! —Corrió hacia la cocina quitándose la cazadora. —¿No ha llegado?

—No, niña —respondió Shelly ultimando la cena—. Y queda poco para irse, así que ya puede ponerse las pilas. Llámale, ¿quieres? —dijo sacando las patatas del horno—. Isaías y Colin están al llegar para ir a la representación de Navidad.

—Mejor no le llamo, estará ocupado. Si no le da tiempo a llegar, irá a allí directamente, entonces se lo contaré. —Frotó las manos. —Qué emoción, mañana empezaré a recogerlos.

—¿Los pagarán bien?

—Sabes que nos darán un precio justo después de descontar los brotes que puso el gobierno. Las demás cosechas de otros productos han sido más que justas. Todos lo dicen. —Miró el reloj de la cocina. —¿Ya es esa hora? —Salió corriendo. —¡Peque, tienes la representación! ¿Estás listo?

Su hijo apareció en lo alto de la escalera vestido de pastorcito con una sonrisa de oreja a oreja. —Ay, qué mono estás, mi niño.

—¿Verdad que sí? De mayor quiero ser pastor.

—¿Pastor? ¿No querías ser coronel? —preguntó yendo a toda prisa hacia el baño de su habitación.

—Un pastor del ejército. Seguro que allí tienen ovejas.

—Claro.

—Mami, vamos a llegar tarde.

—Claro que no. —Entró entornando la puerta. —Llegarás a tiempo, como siempre.

—Ayer llegamos tarde al ensayo.

Abrió el grifo de la ducha. —Eso fue un ensayo para no hacerlo más, como su propio nombre indica.

—¿Como las maniobras de papá?

—Exacto. —Se metió bajo el agua haciendo una mueca porque estaba fría. —¡Vete sacando el coche!

—Mamá, no sé conducir. —Su hijo soltó una risita.

—¡Uy, pues eso tendremos que arreglarlo!

—¡Peque! —gritó el abuelo desde abajo.

—¡El abuelo ha llegado!

Gimió porque llegarían tarde. No podría secarse el cabello, pensó frotándolo con fuerza. Se lo aclaró en tiempo récord. Salió de la ducha tropezándose con los pantalones del suelo, pero se sujetó al lavabo a tiempo. —Por poco. —Se envolvió en la toalla y corrió hacia su habitación. Sacó del armario su vestido blanco de lana y agarró las medias para metérselas en el bolso, se las pondría en el coche. Agarró los zapatos de tacón y en tres minutos estaba vestida. Se acercó al espejo y se sujetó el cabello en un moño en la nuca. Tendría que valer. Cogió la barra de labios, el bolso y el abrigo marrón. —¡Ya estoy!

—¡Isaías ya se ha llevado al niño! —gritó Shelly desde abajo.

—Mierda. —Bajó corriendo las escaleras. —Ya voy, ya voy, no me mires así. ¿Llevas tú el coche?

—Sí, porque estás a medio vestir —dijo poniéndose el abrigo.

—¿Lo has apagado todo?

—Sí, niña. Solo se me olvidó una vez el horno encendido y ahora me lo recuerdas siempre.

Chasqueó la lengua saliendo de la casa. —Mejor prevenir que lamentar. —Se subió al coche de su tía y sacó las medias del bolso. —¡Venga! Llegaremos tarde.

—¡Por tu culpa! —dijo arrancando.

—Qué presión. —Escucharon que las medias se rasgaban y gruñó antes de decir —El vestido es muy largo, no se notará.

Su tía soltó una risita. —Eso es porque no estás acostumbrada a ponerlas.

Escucharon que se rasgaban de nuevo y exasperada se las quitó.

—¡Te vas a helar!

—Si vamos a estar dentro, tía. Habrá calefacción.

—Y encima vas con el cabello mojado, como para coger una pulmonía.

—Serás exagerada.

Llegaron a la carretera discutiendo sobre que no se cuidaba, que dormía poco comía menos y que no paraba en todo el día.

—Claro que duermo, como y todo lo demás. —Alguien les pitó y su tía asustada se acercó demasiado al arcén. —¡Cuidado, tía! —Shelly frenó mientras el otro coche les adelantaba a toda pastilla. —¿Pero está loco?

—¿Ese no es el coche de Molly?

—Sí —susurró sin dejar de observarlo—. Y ha debido beber porque parece que hace eses.

—Llama a Albert para que la pille antes de llegar al pueblo.

Abrió el bolso y gimió. —Se me ha olvidado en casa.

—Coge el mío, está en el bolso.

Alice miró hacia atrás y juró por lo bajo porque se tenía que estirar. Alargó el brazo y con las puntas de los dedos lo rozó, pero este se movió por el asiento alejándose de ella. —¡Maldita sea! —Se quitó el cinturón y se puso de rodillas sobre el asiento para alargar el brazo. Cuando lo cogió volvió a sentarse, pero ya estaban entrando en el pueblo. —Me da que no va a pillarla.

—Llámale igual.

Hizo el esquema en la pantalla para desbloquearlo y marcó el teléfono de la oficina del sheriff. Se puso el teléfono al oído. —Oh, ¿Sara? Acabamos de tener un encuentro en la carretera con Molly Richmond. Parecía… —Apretó los labios porque no quería decir que estaba borracha, pero tenía miedo de que tuviera un accidente. —Conducía como una loca y durante un momento parecía que hacía eses. —Suspiró del alivio. —Sí, avisa a Albert, por favor, me preocupa. Si llevaba los niños a la representación... Gracias. —Colgó. —Menudo marrón, me va a matar cuando se entere de que la he denunciado yo.

—Lo has hecho por su bien. —Su tía sacó la llave del contacto. —Vamos, estarán a punto de empezar —dijo mirando a los pocos que quedaban por entrar.

Salieron del coche a toda prisa y subieron los escalones de piedra del edificio del instituto donde todos los niños del pueblo, incluso los de la guardería, harían sus representaciones por edades. El resto sería un rollo, pero tendrían que soportarlo. Estaba emocionada, esa era su primera representación.

—¿Crees que se le olvidará la canción? —preguntó su tía preocupada.

—Claro que no, se la sabe al dedillo. Hemos tenido que soportar la puñetera cancioncita dos meses, como se le olvide le hago comer nabos hasta el verano.

Su tía rio por lo bajo y miró tras ella. —Mira, ahí está Molly.

Sorprendida se volvió y su amiga se acercaba con una sonrisa en el rostro. —¿Emocionada por ver a tu niño soltando gallitos, novata?

No se lo podía creer, parecía estar bien. —¿Has traído tu coche?

—No, he venido en el de Harry. El mío hacía un ruido raro.

—¿Y él ha venido contigo?

—¿Para ver esto? Es mejor quedarse en casa con una cerveza en la mano. Entre él y su padre ya deben haber agotado todas las

cervezas del restaurante.

—¿Habéis tenido movida?

—Y tanto que sí, esto se acabó definitivamente, le he puesto delante los papeles para que los firme de una puñetera vez —dijo muy seria—. Me tiene muy harta y ya no voy a consentir más sus tonterías. —Apretó los labios acercándose. —¿Sabes cuál ha sido la última que me ha montado? Ha dicho que como le deje, se mata. Me he cagado viva, te lo juro, pero no pienso continuar dejando que me chantajee.

—No, no debes consentirlo. Debes vivir tu vida como te venga en gana y si se acabó, se acabó.

—No debió ni haber empezado. —Miraron hacia la gente que se estaba sentando. —Oh, mira, allí está tu suegro haciéndote gestos con la mano. Al parecer tiene sitios en tercera fila.

Sonrió a Colin que también indicaba los asientos. Al ver que su marido no estaba apretó los labios. —Harmon no ha llegado.

—Hombres… Os dejo, voy a ver si a mi niña se le han quitado los nervios. Tiene que recitar un verso y no hace más que decir que se van a reír de ella como su padre. Os veo luego.

—Vale. —Cuando se alejó dijo —Déjame el móvil, voy a llamar a Sara.

Su tía asintió dándole el teléfono y ella salió al hall del salón de actos para llamarla. En ese momento escuchó que alguien hablaba desde el escenario y gimió. —Vamos Sara, cógelo. —Se acercó a las puertas y miró a través del ojo de buey. La directora del instituto estaba hablando a la audiencia con un micro en la mano. Frunció el ceño porque no se lo cogían y volvió a llamar. Mirando a través del cristal vio que Molly salía de detrás del escenario y se sentaba en una silla en primera fila. Entonces apagaron las luces. A la mierda, ya la llamaría luego. Empujó la puerta y corrió hacia su derecha de puntillas para no hacer ruido en el suelo de parquet porque ya se cerraba el telón. Cuando llegó al final empezó a bajar el pasillo lateral hasta llegar a la tercera fila. Los padres murmuraban con los móviles en alto dispuestos a grabar. Llegó hasta Isaías y se

sentó en el asiento exterior suspirando. Su suegro rio por lo bajo con el hijo de Colin sobre el regazo. —Has llegado por los pelos.

—Ya te contaré. ¿Dónde está Harmon?

—Ni idea, pero sabes que es mejor no preguntar —susurró.

Bueno, a ella le contaba mucho de su trabajo. La verdad es que había conseguido que se lo contara todo, porque no pensaba dejar que le ocultara nada nunca más. Y lo que le inquietaba es que para ese día no parecía tener nada importante. Miró hacia atrás preocupada. —Qué raro, hubiera jurado que no se lo perdería por nada.

Se abrió el telón y allí estaba la otra clase de la guardería. Sonrió porque estaban monísimos vestidos de los reyes magos y sus súbditos. El hijo de Molly era Melchor y se bajó de su palo de escoba con cabeza de camello en papel cuché para decir —¡El hijo de Dios ha nacido!

Molly aplaudió levantándose y todo. —Mami, siéntate —dijo el pequeño Gordon mirándola de reojo haciéndoles reír.

—Uy, perdón. —Molly se sentó de nuevo.

Gordon volvió a su papel y dijo bien alto —¡Iremos hasta Belén para darle la bienvenida!

Y entonces empezó la música. Dejó caer la mandíbula del asombro al ver que empezaban a bailar en dos filas como si iniciaran el camino siguiendo la estrella que estaba en el decorado. Aplaudió porque hicieron el baile muy bien con algún tropiezo que otro, pero Alice estaba realmente impresionada. Isaías que estaba grabando como Colin y su mujer, rieron cuando todos en fila les hicieron una reverencia antes de salir corriendo del escenario. El telón se cerró y escucharon pasos apresurados al otro lado. —Esto es más interesante de lo que me imaginaba, por Dios solo tienen tres años.

—Casi cuatro —dijo Isaías orgulloso.

Entonces escucharon un chillido y Alice se tensó. —Será… —Los gritos al otro lado del telón hicieron que muchos se pusieran en pie. Y entonces el telón se abrió mostrando a los niños aterrorizados

en un grupo casi al final del escenario, mientras el marido de Molly apuntaba con un arma a su niño. Su amiga gritó de miedo levantándose. —Harry, ¿qué haces?

—¡Que no se mueva nadie! ¡Que nadie se levante de su asiento! —gritó con rabia poniéndoles los pelos de punta.

Alice buscó con la mirada a su hijo que estaba entre el grupo de niños que no dejaban de llorar. Una profesora intentó acercarse a ellos, pero Harry la vio y le pegó un tiro en el costado haciendo que todos gritaran de miedo. —Dios mío… —susurró mientras él gritaba que se callaran.

—¡Como se mueva alguien, me lo cargo!

—¡Harry! —gritó su esposa horrorizada.

—¡Sube aquí, puta!

Molly con lágrimas en los ojos miró a su hijo y empezó a caminar hacia el escenario. La puerta del salón de actos se abrió dejando pasar la luz y Harry disparó hacia allí. Alice miró hacia atrás para ver que un hombre caía al suelo gritando de dolor.

—¡Tengo muy buena puntería y munición de sobra! ¿Alguien más quiere retarme?

Su amiga que ya había subido los escalones al escenario se detuvo a unos metros. —¡Ven aquí! —Molly se acercó más y Harry soltó a su hijo para agarrarla del cabello acercándola a él para ponerle la pistola bajo la mandíbula.

—No papi…

Él dio una patada a su propio hijo que se hizo una bola en el suelo sin dejar de llorar. —Dios mío, los va a matar —dijo muerta de miedo. Miró a Harmie y se dio cuenta de que se había puesto ante una niña como si quisiera protegerla quedando totalmente expuesto. —No, no…

—Enseguida llegará la caballería, con tantos móviles seguro que ya están avisados —dijo su suegro por lo bajo antes de darle el niño a Shelly que se lo dio a su madre a toda prisa—. Solo hay que evitar que ese loco mate a alguien más.

—¿Solo?

Isaías se levantó sorprendiéndola y Harry le apuntó. —¿Qué quieres, viejo?

—Lo que más quiero en este momento es que te calmes y nos cuentes qué es lo que quieres tú, chico.

—¡Siéntate si no quieres un tiro entre ceja y ceja!

Asustada le agarró por el cinturón y tiró de él. —Por favor, siéntate.

Isaías no le hizo ni caso. —Tienes a mucha gente retenida y asustada. Si has venido hasta aquí y no nos dejas salir es porque quieres que sepamos algo.

—¡Quiero que veáis!

—¿Que veamos como matas a tu mujer?

—¡Sí!

—¿Por qué?

—Por favor, amor, siéntate —dijo Shelly cogiendo su mano para tirar de él.

Isaías la ignoró soltándola. —¿Qué te ha hecho para recibir tal castigo?

—¡Me quiere dejar! —gritó fuera de sí. Agarró a Molly del cuello y elevó su rostro—. ¡Esta zorra me quiere dejar! ¡Por ella perdí mi vida y ahora me deja tirado como a un perro!

—¿Acaso no tiene derecho a elegir?

—¿Lo tuve yo? Me tuve que casar con ella porque la muy estúpida se quedó preñada y estaba encantada de haberme conseguido. Le valía mientras llevaba dinero a casa. ¡Pero en cuanto las cosas fueron mal, me pide el divorcio! ¡En lo bueno y en lo malo, en la riqueza y en la pobreza! Esos son los votos, ¿no? ¡Pues ella no ha cumplido y tengo derecho a vengarme!

Molly sollozó. —Sabes que no es así. El dinero no era importante…

—¡Sí, sí que fue así! ¡Y cuando el dinero dejó de llegar, empezaron los desprecios y ahora me quieres dejar! ¿Crees que soy idiota? ¿Ya te has buscado a otro que te mantenga? ¡El otro día te vieron hablar con Albert! Pues mala suerte porque ya me he encargado de él.

—Oh, Dios mío… —Asustada porque ese hombre ya no tenía nada que perder miró a su alrededor intentando buscar una solución mientras Isaías seguía hablando.

—¿Has matado al sheriff?

Harry rio con desprecio. —Ese no era sheriff, el puesto le llegó caído del cielo y nunca estuvo a la altura.

Entonces se escucharon ruidos tras el escenario y Harry gritó volviéndose para disparar al telón. Muerta de miedo Alice se levantó asustada por su niño que se había tirado sobre la tarima del escenario cubriéndose la cabeza con las manitas. —Bien, cielo —susurró—. Como te enseñó papá.

Los gritos lo inundaban todo y cuando Harry se volvió vio que muchos corrían hacia la puerta y que algunos habían salido. Empezó a disparar, pero se le acabó el cargador, así que tiró a Molly a un lado para coger otra pistola que tenía en la cinturilla del pantalón. —¡Cerrad esa puerta! —gritó fuera de sí.

Todos se tiraron al suelo pensando que les dispararía y de repente sonrió. —Así me gusta. No seáis idiotas. Nadie va a salir de aquí hasta que yo lo diga. —Apuntó a Isaías haciéndoles gritar de miedo. —¡Ahora sentaos, estaba hablando con mi mujer!

Ella se sentó en el acto, aunque su suegro se sentó a regañadientes. Isaías dijo por lo bajo mientras Harry agarraba de nuevo a Molly poniéndola ante él —No piensa salir vivo de aquí. —Bajó aún más la voz. —Se llevará por delante a todo el que pueda.

—¿Qué hacemos?

Harry apretó el cañón de la pistola en la mejilla de su mujer que sollozó muerta de miedo. —Diles, diles la verdad. ¿A cuántos te has tirado? —Apretó aún más el cañón de la pistola contra su mejilla

deformando la expresión de su rostro. —¿A cuántos? —gritó fuera de sí.

Molly la miró a los ojos. Vio en ellos que no sabía si seguirle la corriente o no, aunque ambas sabían que daba igual lo que dijera, la mataría de todas formas. Entonces vio como la rabia de Molly se reflejaba en sus ojos y su amiga dijo —Nunca me acosté con otro, pero tendría que haberlo hecho.

La agarró por el cabello. —¿Qué has dicho?

—Maldito impotente de mierda, no tienes huevos para hacer nada sin un arma en la mano. ¿Te pone? ¿Ahora estás excitado? ¡Sería un milagro ya que no se te levanta desde hace dos años! ¡Venga, mátame! ¡Mátame ahora, maldito cobarde!

—Hija de mala madre… —La soltó y le dio un bofetón que la tiró al suelo ante Harmie que ocultó su carita como si no quisiera ver aquello. Alice gritó de miedo porque Harry estaba fuera de sí pegándole patadas a su mujer. Entonces sintió un roce en la pierna y miró hacia allí para ver a su marido arrastrándose por el suelo boca arriba con un fusil sobre el pecho. Él le hizo un gesto poniéndose el dedo sobre los labios. Asintió imperceptiblemente. Su marido se arrastró avisando al que tenía ante ella para que no le delatara. El hombre no se movió. Alice disimulando se inclinó a un lado apenas unos centímetros para ver cómo se giraba y colocaba el fusil sobre su hombro apuntando al escenario. En ese momento Harry se agachó para agarrar a Molly del cabello. Era el momento, estaba distraído y su marido dejó claro que sabía lo que hacía porque no perdió el tiempo, el tiro en la sien le dejó seco y cuando cayó todos gritaron levantándose para ir a buscar a sus hijos y salir corriendo. Alice suspiró del alivio mientras Harmon con el arma en la mano corría hasta el escenario saltando para subirse a él y sin dejar de apuntarle gritaba —¡Niños bajad!

—¿Papi?

Alice esquivando a la gente se acercó al escenario y alargó los brazos. —Ve con mamá, peque —dijo su padre.

Harmie corrió hacia ella tirándose a sus brazos y su marido gritó para que le oyera —¡Vete a casa, nena! ¡Esperadme allí!

Al volverse vio que el teatro se estaba llenando de uniformes. —Gracias a Dios. —Caminó entre la gente que intentaba salir y susurró a su hijo —Ya todo está bien, cielo. Papá lo ha arreglado todo.

—Sí. Papi es el mejor, ese hombre malo le hizo daño a Gordon y a Molly. Y los hombres malos merecen morir.

—Sí, cielo —dijo preocupada por él porque no dejaba de llorar —. Los hombres malos merecen morir.

—Papi los matará a todos.

Apretó los labios. —Papi matará a los hombres malos para que no vuelvan a hacer daño.

Capítulo 14

Sentada en la cama abrazándose las piernas tenía la mirada perdida pensando en lo que había sucedido esa tarde.

Harmon entró en la habitación y se sentó a su lado. Ella levantó la mirada y le abrazó con fuerza. La acarició en la espalda. —Ya ha pasado, nena.

—He pasado tanto miedo…

—Lo sé. —La besó en la sien. —Pero ya ha pasado. Estáis seguros y en casa. ¿Cómo está el niño?

—Ha llorado mucho y estaba asustado por ti, pero al final he conseguido que se durmiera diciéndole que tú llegarías pronto para protegernos. —Se apartó para mirarle. —¿Es cierto lo que dijo de Albert?

Apretó los labios. —Entró en la oficina del sheriff y disparó a Sara. Albert salía de su oficina en ese momento y no tuvo tiempo a reaccionar antes de recibir un tiro en el pecho. Sara ha muerto, Albert salió hace veinte minutos de la operación y parece que se repondrá.

—Pobre Sara… —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —No tenía la culpa de nada.

Su marido suspiró antes de decir —Desgraciadamente hay otros dos fallecidos del teatro que tampoco tienen ninguna culpa. El chico de la puerta y un trabajador del instituto que se encargaba del atrezo del escenario. Intentaba que los niños que estaban esperando para actuar y que ya estaban colocados tras los decorados salieran por la puerta de atrás.

—¿Y Molly?

—Está en el hospital de campaña llena de golpes, pero se repondrá. Sus hijos están con ella, no he querido separarlos. El médico les ha dado un sedante para pasar el trago y que puedan descansar.

—¿Han operado a alguien más?

—Algunas heridas de bala sin demasiada importancia. Pero dos son niños de detrás del decorado.

Cerró los ojos. —Es horrible, cada vez que pienso lo que le podría haber pasado a nuestro hijo.

—Shusss, no debes pensar en ello. No ha ocurrido. —Acarició su espalda.

Asintió porque tenía razón. No debía torturarse con lo que podría haber pasado porque bastante tenían ya. Le observó mientras se levantaba. —¿Has cenado algo? ¿Quieres que te prepare…?

—No, he comido un sándwich en mi despacho mientras esperaba noticias. Nena, deberías estar durmiendo, es muy tarde. —Empezó a desabrocharse la camisa del uniforme.

—¿Sabes lo que he pensado?

—Me imagino que en lo de esta tarde.

—En que hubiera muerto mucha más gente si no hubieras estado allí.

Sin contestar después de la camisa se quitó la camiseta mostrando las cicatrices de su espalda. —En que tu profesión es mucho más importante que yo.

Se sentó en la cama y de espaldas a ella empezó a desabrocharse las botas. —Nena, no digas tonterías, vosotros sois mucho más importantes.

—No, no lo somos. Tu labor salva vidas, vidas de personas que os necesitan. No todo el mundo está tan preparado como tú para hacer esa labor y es egoísta esperar que te quedes aquí, cuando tanta gente te necesita. —No la miraba y acarició su brazo. —Cielo, mírame.

Él lo hizo.

—Me costaba muchísimo entender por qué Isaías estaba convencido de que habías hecho lo correcto cuando fingiste tu muerte, pero esta tarde lo he entendido. Algo mucho más importante que nosotros te esperaba y tenías que hacerlo.

Harmon acarició su mejilla y ella cerró los ojos disfrutando de su caricia como si fuera la última. —Te amo, nena.

Abrió los ojos y sonrió con tristeza. —Lo sé y yo te amo a ti. Pero hoy he entendido que si te amo, debo amar todo de ti y tu profesión es muy importante. Es importante para ti y para los demás, no quiero que renuncies a ella por mí, por no perderme.

Él se apartó levantándose. —Sabes el riesgo que corro.

—Si algo me ha enseñado estos últimos meses es que el riesgo está en cualquier sitio. Cuando intentó robarme el sheriff, cuando robaron a tu padre, Molly… No corremos riesgo simplemente por ir a una selva perdida a rescatar a unos rehenes, el riesgo forma parte de la vida.

—No quiero hablar más de esto, ya estaba decidido. —Entró en el baño y Alice apretó los labios porque ahora no quería escucharla. Y no le extrañaba porque aún tenían el susto en el cuerpo después de lo ocurrido esa tarde. Suspiró mirando hacia la ventana y escuchó el sonido del agua. Aún tenían tiempo para decidirlo mientras se arreglaba el problema de los alimentos. Tenían meses para hablar de ello. Se levantó y fue hasta el baño empujando la puerta. Él tenía las manos apoyadas en los azulejos dejando que el agua cayera sobre su nuca como si intentara relajarse. Sabiendo que la necesitaba, se quitó el pijama a toda prisa y entró en la ducha. Acarició su espalda y él se volvió para reclamar su boca y besarla ansioso, como si no quisiera separarse de ella jamás, demostrando la intensa lucha que tenía en su interior. Alice le respondió con el alma y cuando la cogió con rudeza de las nalgas para elevarla, ella apartó su boca abrazándole por el cuello justo antes de que su sexo la llenara con una contundencia que la dejó sin aliento. Y no le molestó, sino que su firmeza la excitó aún más

haciendo que gritara de placer. Harmon la miró a los ojos saliendo de ella y besó sus labios antes de llenarla de nuevo de una manera que casi la lleva al éxtasis. —¿Lo quieres, preciosa?

—Sí.

—¿Me quieres?

—Te amo.

Movió sus caderas y aumentó el ritmo poco a poco tensando cada fibra de su ser hasta que fue insoportable. Alice deseando más, apretó sus dedos sobre su piel y una última estocada la hizo estallar, llevándola a una felicidad que solo conocía a su lado.

Después de unos segundos aún con la respiración agitada abrió los ojos y se miraron mientras el agua caía sobre ellos. —¿Crees que renunciaría a lo que tenemos? —dijo él antes de besar sus labios suavemente—. No puedo, nena. Ya no puedo.

Tumbados en la cama se abrazaban el uno al otro intentando dormir, pero el sueño no llegaba.

—No tenía que haberme ido.

Ella acarició su brazo. —¿Crees que no ha merecido la pena?

—¿Por perderme la vida de mi hijo tres años? No. Siempre llegará otro chiflado que lo complique todo, siempre habrá otro y otro, nunca se acaba.

—Pero alguien tiene que detenerlos, mi amor. —Le observó durante unos segundos. —¿Si no estuviéramos nosotros lo dejarías?

—No —respondió sinceramente.

—Pues ya has resuelto todas nuestras dudas.

—Pero estáis vosotros.

—Y seguiremos estando aquí. —Acarició su brazo y rozó una de sus cicatrices. —Y curaremos tus heridas…

Él sonrió. —¿Eres buena enfermera?

—La mejor. —Besó una cicatriz de su pecho. —¿Ves?

—Nena, si no lo dejo ahora no lo dejaré nunca. Llegarán más responsabilidades.

Le miró intentando retener la emoción, el miedo por perderle. —Y estaremos muy orgullosos de ti.

—No lo has entendido, tendréis que venir conmigo a la base.

—Oh… —Se sentó sobre él. —¿A la base?

—Sí. Con mi nuevo rango ya no haría tantas misiones, pero…

Tenía la sensación de que algo no iba bien. —Cariño, ¿quieres ser general?

Él apretó los labios. —Es un cargo más administrativo, no sé si estoy preparado para eso.

—¿Dudas de ti? —Sonrió. —Lo que no quieres es soltar la metralleta.

Harmon rio. —¿Eso crees?

—Cielo, eres un hombre de acción.

Acarició su trasero. —Eso no lo dudes, preciosa.

—Hablo en serio. —Se tumbó sobre él. —Piénsalo, haz lo que creas que será mejor para ti y si tengo que seguirte para ir a fiestas de gala mientras esas pijas toman champán, haré un esfuerzo.

Rio de nuevo. —Seguro que estarías preciosa.

—Por supuesto. —Pasó el índice por su mandíbula. —Pero si quieres seguir siendo coronel, si quieres seguir haciendo misiones me quedaré aquí, cielo.

Él asintió. —Lo entiendo.

—Decidas lo que decidas pienso apoyarte, pero te agradezco muchísimo que pensaras en renunciar a tu vida por el niño y por mí. Que pensaras en renunciar a todo lo que has luchado para llegar hasta aquí.

—Lo haría sin dudar.

Emocionada asintió. —Lo sé. —Besó sus labios sintiéndose aterrada por llegar a perderle algún día, porque esos hombres de uniforme regresaran a darle la peor noticia que puede recibir la mujer de un soldado, pero sabía que hacía lo correcto.

Tres meses después

—No, Molly, así no se hace una sisa —dijo su tía divertida al ver que no había metido el punto por donde era.

Su amiga miró sus agujas y el desastre de labor que estaba haciendo antes de mirarla a ella que ya estaba acabando el jersey del niño. —Venga ya.

Rio. —A mí me enseñó hace mucho tiempo.

—Cierto, mi niña sabe hacer de todo.

Molly suspiró dejando la labor a un lado. —Pero los gorros se me dan genial. —Bebió de su café y cogió una pasta. —¿Os habéis enterado?

—¿De qué?

Miró a una y a la otra. —De que el supermercado de las afueras del pueblo esta mañana ya tenía de casi todo.

La miró sorprendida. —¿Cómo?

—Sí, y han vuelto a solicitar gente para aumentar la plantilla. He pedido trabajo y una amiga que trabaja allí me ha dicho que lo tengo casi seguro. Que la encargada quiere echarme un cable después de lo que ocurrió.

—Qué buena noticia —dijo Shelly.

—¿Y ya tienen harina?

—Bueno, no es que haya mucha, se ha acabado enseguida porque la gente ya sabes cómo es. Pero sí, al parecer ya empiezan a vender lo que gente como tú cosechó el año pasado. Y han puesto un cartel enorme que dice que se pone a la venta después de

analizarlo todo concienzudamente, ¿sabes? Para tranquilizar a la gente con que el producto es seguro para la salud. Enseguida volverá todo a la normalidad. —Sonrió encantada.

—¿Pero cómo es posible?

—Seguro que los del ejército tienen algún plan. Igual como analizaron esta, han analizado más harinas de fuera, el gobierno pagará lo que sea por ella mientras sea segura. Al parecer algunos mercados ya empiezan a exportar. Además, en nada volveréis a plantar trigo y eso, así que supongo que no han querido dejar la harina en los almacenes y la han puesto a la venta.

—Es genial, así la gente estará más tranquila —dijo forzando una sonrisa sabiendo que su marido no tardaría en tener otro destino.

—¿A que sí? Cuando venía hacia aquí han dicho en las noticias de la radio que la economía ya empieza a levantar cabeza. Y no solo aquí, en todos los países pasa lo mismo. De hecho, mi suegro ya piensa en abrir el restaurante de nuevo.

—¿Cómo está?

Hizo una mueca. —Avergonzado.

—No tiene por qué, él no tiene la culpa —dijo Shelly.

—Dice que le consintió siempre demasiado y que esta ha sido la consecuencia. No deja de pedirme disculpas por todo y pasa más tiempo con los niños, como si quisiera compensarles por la ausencia de su padre. —Se quedó mirando su taza de café. —No entiendo todavía cómo llegamos a esa situación. Cómo llegamos a odiarnos tanto…

—No debes torturarte con ello —dijo preocupada por su amiga.

—A lo mejor si hubiera sido de otra manera con él…

—No te hagas esto, no es justo. Se lo advertiste muchas veces y si no quiso cambiar no es culpa tuya. Como tampoco es culpa tuya que decidiera haceros daño. Olvídalo y sigue con tu vida.

—Por cierto, hablando de cambios de vida —dijo Shelly—. ¿Es cierto que te has ido a tomar algo con Albert? ¿Estáis saliendo?

Asombrada miró a Molly que se sonrojó. —Claro que no.

—¿No?

—No seáis cotillas.

—La leche, ¿te gusta Albert?

—Nos hemos apoyado mutuamente, eso es todo. Será mejor que me vaya, tengo mil cosas que hacer en casa.

—¿Estás intentando evitar el tema?

—Oye, maja, solo somos amigos.

—Esto tiene pinta de que acaba en romance —dijo su tía maliciosa.

—No quiero escucharos…

Lo que sí escucharon fueron pasos en el porche y Harmon no tardó en aparecer. Y por su cara no eran buenas noticias. —Alice, ¿puedes venir arriba? Necesito hablar contigo.

Había llegado el momento. Forzó una sonrisa y dijo —Claro, cielo.

Se levantó y se acercó a él para darle un beso en los labios. —Todo está bien —dijo intentando calmarle.

—No lo creas.

Esa frase sí que la preocupó y rápidamente subió los escalones antes que él para llegar a la habitación. Harmon cerró la puerta. —Cielo, ¿qué ocurre? Ya empiezan a vender harinas, eso es bueno, ¿no?

—Sí, es evidente que ya se está mejorando y que al final no va a haber hambruna. Hemos conseguido mantener a la población sana.

—¿Y ahora qué ocurre? —Le miró a los ojos. —¿Ya te lo han dado? —Él parecía no comprender. —El destino, ¿ya te lo han dado? Te han comunicado algo del ascenso, ¿no? Por eso estás preocupado.

—Oh, no, no me muevo de aquí hasta que decidan que los campos están seguros. Aún no se ha pasado la crisis y puede seguir habiendo robos. Debemos asegurar los alimentos de los próximos meses.

—Entonces, ¿qué te ocurre?

Se acercó a ella. —Nena… Hoy he estado en el hospital de campaña. El teniente Hobson me ha llevado aparte para hablarme de tus pruebas de ayer.

Palideció. —¿Hay algo mal?

—Me dijo que la ecografía abdominal había ido muy bien, que la operación había sido un éxito.

Suspiró del alivio. —Pensaba que ibas a decirme algo malo.

—Estás embarazada.

No pudo disimular su sorpresa y Harmon sonrió. —Eso dicen los análisis. El doctor me dijo que era una pena que no hubiera pasado el ecógrafo más abajo, que tendrás que ir de nuevo.

Chilló de la alegría y saltó abrazándole. —¿Vamos a tener un hijo?

Harmon sonrió. —Sí, nena. Vamos a tener otro hijo.

Ella le besó loca de la emoción. Se sintió muy distinta a la otra vez que se enteró, porque estaba destrozada por su ausencia. Pero esa vez nada sería igual porque estaría a su lado. —¿Te alegras?

—Mucho.

—Espero que sea niña. —Apoyó la cara sobre su pecho y suspiró. —Y estás aquí, es genial. Estás a mi lado…

Él perdió parte de la sonrisa. —Sí, preciosa, estoy aquí y por mucho tiempo.

Esa noche Isaías y los demás fueron a cenar para celebrarlo. Y para que entraran todos, decidieron cenar en el salón ya que la

mesa era más grande. Isaías llevó dos botellas de vino que tenía en su bodega y pasaron una velada agradable en familia. Su tía había hecho una tarta de chocolate y rieron al ver a los niños comiéndola con ansias ante el televisor donde estaban viendo dibujos.

Al darse cuenta de que se había acabado el café, se levantó para llenar la jarra de porcelana con el que ya se estaba preparando y fue hasta la cocina. Cogió el rollo de papel para limpiar a los niños y cuando se volvió allí estaba su suegro llevando al fregadero sus platos de postre. —No hacía falta que lo hicieras.

—Es que quería hablar contigo.

Perdió algo la sonrisa. —Dime…

—Esta tarde recibí una llamada. Del general Wilcox.

Sintió un vuelco al corazón. —El jefe de Harmon.

—Sí. Me conoce de cuando solicité ver a mi hijo hace cuatro años. Y como guardé silencio entonces, tiene confianza en mí y sabe que entiendo lo importante que es mi hijo para el ejército.

Tuvo que sentarse porque sabía que lo que iba a decirle no iba a gustarle nada. —Continúa, por favor.

—Me ha dicho que la situación en las ciudades podría haber sido mucho más grave si no hubieran contado con el trabajo de Harmon para reorganizar los campos y su producción en un tiempo récord. Dijo que su trabajo había sido inestimable y no solo durante los últimos meses, en el pasado la seguridad nacional se vio comprometida en varias ocasiones en las que Harmon fue clave para que estuviéramos a salvo. —Dio un paso hacia ella. —A medida que hablaba era más consciente de que iba a decirme algo que puede que no me gustara. Sé que hace unos años…

—Isaías vete al grano.

Él se sentó a su lado. —Ahora que Harmon está aquí cada día… Joder, me debo estar volviendo viejo, pero ahora tengo a mis chicos aquí y… Sé que después de lo que hice puede ser egoísta, pero no les quiero lejos de mí. Colin piensa trabajar aquí de abogado.

—Al grano…

—Además está Shelly, al fin no tiene que ocultarse con Harmon y está viviendo un sueño. Bueno, el hecho es que el general no ha querido aceptar su renuncia hasta que no haga una última misión.

Le dio un vuelco al corazón sintiendo una alegría inmensa. —¿Qué? ¿Ha presentado su dimisión?

—Sí, pero no quieren soltarle.

Entonces se dio cuenta de lo que quería decir —¿Qué última misión? ¿Hablas de una misión lejos de aquí?

—No me lo ha dicho, pero para que no quieran soltarle, tiene que ser peligroso y me imagino que aquí no será.

Para que le quieran a él… Se mordió el labio inferior pensando en ello. —¿Es tan peligroso como cuando le hicieron todas esas cicatrices?

—Seguro que sí, algo fácil puede realizarlo cualquiera con experiencia, tiene que ser una misión bastante arriesgada.

Pálida miró hacia la puerta y vio que su marido estaba allí observándoles. —Papá, ¿puedes dejarnos solos?

Isaías se levantó. —Lo siento, hijo, pero no sabía qué hacer y al llegar la vi tan contenta que me di cuenta de que no sabía nada.

Pasó a su lado y Harmon la miró a los ojos. —No la haré, ahora menos todavía. Me necesitas y eso es lo único importante.

—¿Qué misión es?

Se acercó a ella. —No puedo hablar de ello.

—Déjate de rollos, dime la verdad.

—Nena…

Alargó la mano hacia él y Harmon se la cogió sentándose a su lado. —Cuéntamelo, por favor.

Él suspiró y miró su mano acariciando la alianza que nunca se había quitado. —Quieren que vuelva a Nigeria. Varias personas

importantes de la ONU irán en dos días y temen problemas. Como conozco muy bien la zona, quieren que vaya yo de escolta, pero…

—Es una tapadera. A esos hombres de la ONU no se les ocurriría hacerles nada por la cuenta que les trae.

—Hace dos semanas secuestraron a la hija de un senador de los Estados Unidos. Una estúpida que no sabe nada de la vida. Se fue allí con una ONG para sacarse fotos y colgarlas en Instagram. No sabía dónde se metía. Los asesinatos y secuestros son el pan de cada día. Según la CIA está en el mismo campamento donde me retuvieron a mí.

Apretó su mano sintiendo que el terror la invadía porque no era tonta, salir de allí con vida de nuevo sería casi imposible. —¿Cómo vas a sacarla de allí?

—Nena, he dicho que no.

Sonrió con tristeza. —Dime que no has pensado en cómo sacarla de allí mil veces desde que te dieron la orden.

Harmon apretó los labios.

—Lo sabía.

—Es inevitable que piense en ello. Como esa chica muera, nuestro gobierno tendrá que hacer algo y entre todos terminarán matando a muchos inocentes.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Estoy tan orgullosa de ti…

—No quiero que creas que no pienso en lo que sientes, nena. Pienso en ti, en nuestro hijo y te juro que si no quieres que lo haga no iré. Terminarán aceptando la dimisión si no quieren llevarme a un consejo de guerra y con mi historial eso sería un escándalo.

No podía permitir que hiciera eso. No podía dejar que por egoísmo y miedo no ayudara a esa persona y que con ello acabara tan mal su carrera. Se acercó y besó sus labios. —Sé que volverás a casa y no olvides nunca que te amaré siempre. —Se levantó y sintiendo que su corazón gritaba de dolor fue hasta las escaleras y subió hasta su habitación cerrando lentamente la puerta. Escuchó que se despedía de su familia y cómo Shelly lloraba mientras

intentaba convencerle de que no se fuera. Caminó hasta la ventana y le vio ir hacia el jeep con su hijo en brazos. Su niño le abrazaba por el cuello con fuerza y él le acarició la espalda con ternura antes de besarle en la mejilla. Colin lo cogió en brazos antes de que se subiera al jeep. Él levantó la vista arrancando y Alice sin darse cuenta de que lloraba tocó el cristal como si pudiera llegar hasta él. Harmon le susurró que la quería antes de salir de sus tierras. Sentía tanto miedo que gimió mientras su cuerpo temblaba. Volvería, tenía que volver, su hijo le necesitaba, ella le necesitaba, no les defraudaría. Volvería.

Miró por la ventana y apretó los labios por la cantidad de copos que caían. La peor tormenta de nieve en marzo desde que se tenían registros.

—Ya me parecía muy raro que este año no nevara en condiciones —dijo Shelly mientras pelaba unas patatas.

Suspiró volviéndose. —Espero que no hubiera muchos cultivos preparados. La nieve quemará todos los brotes.

—Seguro que no. Tu marido te dijo que no cultivaras nada hasta la primavera después de los nabos, seguro que a los demás les dijo lo mismo para evitar esto.

—Dios nos echó una mano.

—Sí.

—Creo que voy a limpiar los baños de arriba.

—Niña, descansa, es como si tuvieras vacaciones. Hasta dentro de dos semanas no tendrás que trabajar y…

—Tengo que hacer algo o me volveré loca —dijo por lo bajo antes de salir de la cocina.

Shelly apretó los labios y cuando la escuchó en el piso de arriba se acercó al teléfono y marcó el número de Isaías. En cuanto descolgó le preguntó —¿Sabes algo? Se sube por las paredes. Ya ha limpiado toda la casa tres veces. —Miró por la ventana y vio algo al

final del camino. Entrecerró los ojos y tiró del cable del teléfono para acercarse a la ventana. —¿El cartero ha ido a tu casa esta mañana? Sí, ya sé que está nevando, no estoy ciega, pero es que… —Chilló de la sorpresa dejando caer el teléfono y casi pegó la nariz en el cristal. En ese momento su niña bajó volando las escaleras y abrió la puerta. Shelly se llevó la mano al pecho mientras corría por la nieve lo más rápido que podía para llegar hasta él. Cuando Alice se tiró sobre su marido no pudo reprimir la emoción y sollozó viendo como Harmon la abrazaba con fuerza. Entonces llegaron a ella los gritos de Isaías al teléfono y se agachó para cogerlo. Se lo puso al oído siendo testigo de su felicidad y emocionada dijo —Cielo…. Nuestro hijo ha vuelto a casa.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

1- Vilox (Fantasía)
2- Brujas Valerie (Fantasía)
3- Brujas Tessa (Fantasía)
4- Elizabeth Bilford (Serie época)
5- Planes de Boda (Serie oficina)
6- Que gane el mejor (Serie Australia)
7- La consentida de la reina (Serie época)
8- Inseguro amor (Serie oficina)
9- Hasta mi último aliento
10- Demándame si puedes
11- Condenada por tu amor (Serie época)

12- El amor no se compra
13- Peligroso amor
14- Una bala al corazón
15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.
16- Te casarás conmigo
17- Huir del amor (Serie oficina)
18- Insufrible amor
19- A tu lado puedo ser feliz
20- No puede ser para mí. (Serie oficina)
21- No me amas como quiero (Serie época)
22- Amor por destino (Serie Texas)
23- Para siempre, mi amor.
24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)
25- Mi mariposa (Fantasía)
26- Esa no soy yo
27- Confía en el amor
28- Te odiaré toda la vida
29- Juramento de amor (Serie época)
30- Otra vida contigo
31- Dejaré de esconderme
32- La culpa es tuya
33- Mi torturador (Serie oficina)
34- Me faltabas tú
35- Negociemos (Serie oficina)
36- El heredero (Serie época)
37- Un amor que sorprende
38- La caza (Fantasía)
39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)
40- No busco marido
41- Diseña mi amor
42- Tú eres mi estrella
43- No te dejaría escapar
44- No puedo alejarme de ti (Serie época)
45- ¿Nunca? Jamás
46- Busca la felicidad

47- Cuéntame más (Serie Australia)
48- La joya del Yukón
49- Confía en mí (Serie época)
50- Mi matrioska
51- Nadie nos separará jamás
52- Mi princesa vikinga (Serie Vikingos)
53- Mi acosadora
54- La portavoz
55- Mi refugio
56- Todo por la familia
57- Te avergüenzas de mí
58- Te necesito en mi vida (Serie época)
59- ¿Qué haría sin ti?
60- Sólo mía
61- Madre de mentira
62- Entrega certificada
63- Tú me haces feliz (Serie época)
64- Lo nuestro es único
65- La ayudante perfecta (Serie oficina)
66- Dueña de tu sangre (Fantasía)
67- Por una mentira
68- Vuelve
69- La Reina de mi corazón
70- No soy de nadie (Serie escocesa)
71- Estaré ahí
72- Dime que me perdonas
73- Me das la felicidad
74- Firma aquí
75- Vilox II (Fantasía)
76- Una moneda por tu corazón (Serie época)
77- Una noticia estupenda.
78- Lucharé por los dos.
79- Lady Johanna. (Serie Época)
80- Podrías hacerlo mejor.
81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)
82- Todo por ti.

83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)
84- Sin mentiras
85- No más secretos (Serie fantasía)
86- El hombre perfecto
87- Mi sombra (Serie medieval)
88- Vuelves loco mi corazón
89- Me lo has dado todo
90- Por encima de todo
91- Lady Corianne (Serie época)
92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)
93- Róbame el corazón
94- Lo sé, mi amor
95- Barreras del pasado
96- Cada día más
97- Miedo a perderte
98- No te merezco (Serie época)
99- Protégeme (Serie oficina)
100- No puedo fiarme de ti.
101- Las pruebas del amor
102- Vilox III (Fantasía)
103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)
104- Retráctate (Serie Texas)
105- Por orgullo
106- Lady Emily (Serie época)
107- A sus órdenes
108- Un buen negocio (Serie oficina)
109- Mi alfa (Serie Fantasía)
110- Lecciones del amor (Serie Texas)
111- Yo lo quiero todo
112- La elegida (Fantasía medieval)
113- Dudo si te quiero (Serie oficina)
114- Con solo una mirada (Serie época)
115- La aventura de mi vida
116- Tú eres mi sueño
117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)
118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)

119- Sólo con estar a mi lado
120- Tienes que entenderlo
121- No puedo pedir más (Serie oficina)
122- Desterrada (Serie vikingos)
123- Tu corazón te lo dirá
124- Brujas III (Mara) (Fantasía)
125- Tenías que ser tú (Serie Montana)
126- Dragón Dorado (Serie época)
127- No cambies por mí, amor
128- Ódiame mañana
129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)
130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)
131- No quiero amarte (Serie época)
132- El juego del amor.
133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)
134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)
135- Deja de huir, mi amor (Serie época)
136- Por nuestro bien.
137- Eres parte de mí (Serie oficina)
138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)
139- Renunciaré a ti.
140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)
141- Eres lo mejor que me ha regalado la vida.
142- Era el destino, jefe (Serie oficina)
143- Lady Elyse (Serie época)
144- Nada me importa más que tú.
145- Jamás me olvidarás (Serie oficina)
146- Me entregarás tu corazón (Serie Texas)
147- Lo que tú desees de mí (Serie Vikingos)
148- ¿Cómo te atreves a volver?
149- Prometido indeseado. Hermanas Laurens 1 (Serie época)
150- Prometido deseado. Hermanas Laurens 2 (Serie época)

151- Me has enseñado lo que es el amor (Serie Montana)
152- Tú no eres para mí
153- Lo supe en cuanto le vi
154- Sígueme, amor (Serie escocesa)
155- Hasta que entres en razón (Serie Texas)
156- Hasta que entres en razón 2 (Serie Texas)
157- Me has dado la vida
158- Por una casualidad del destino (Serie Las Vegas)
159- Amor por destino 2 (Serie Texas)
160- Más de lo que me esperaba (Serie oficina)
161- Lo que fuera por ti (Serie Vecinos)
162- Dulces sueños, milady (Serie Época)
163- La vida que siempre he soñado
164- Aprenderás, mi amor
165- No vuelvas a herirme (Serie Vikingos)
166- Mi mayor descubrimiento (Serie Texas)
167- Brujas IV (Cristine) (Fantasía)
168- Sólo he sido feliz a tu lado
169- Mi protector
170- No cambies nunca, preciosa (Serie Texas)
171- Algún día me amarás (Serie época)
172- Sé que será para siempre
173- Hambrienta de amor
174- No me apartes de ti (Serie oficina)
175- Mi alma te esperaba (Serie Vikingos)
176- Nada está bien si no estamos juntos
177- Siempre tuyo (Serie Australia)
178- El acuerdo (Serie oficina)
179- El acuerdo 2 (Serie oficina)
180- No quiero olvidarte
181- Es una pena que me odies
182- Si estás a mi lado (Serie época)
183- Novia Bansley I (Serie Texas)
184- Novia Bansley II (Serie Texas)
185- Novia Bansley III (Serie Texas)

186- Por un abrazo tuyo (Fantasía)
187- La fortuna de tu amor (Serie Oficina)
188- Me enfadas como ninguna (Serie Vikingos)
189- Lo que fuera por ti 2
190- ¿Te he fallado alguna vez?
191- Él llena mi corazón
192- Contigo llegó la felicidad (Serie época)
193- No puedes ser real (Serie Texas)
194- Cómplices (Serie oficina)
195- Cómplices 2
196- Sólo pido una oportunidad
197- Vivo para ti (Serie Vikingos)
198- Esto no se acaba aquí (Serie Australia)
199- Un baile especial
200- Un baile especial 2
201- Tu vida acaba de empezar (Serie Texas)
202- Lo siento, preciosa (Serie época)
203- Tus ojos no mienten
204- Estoy aquí, mi amor (Serie oficina)
205- Sueño con un beso
206- Valiosa para mí (Serie Fantasía)
207- Valiosa para mí 2 (Serie Fantasía)
208- Valiosa para mí 3 (Serie Fantasía)
209- Vivo para ti 2 (Serie Vikingos)
210- No soy lo que esperabas
211- Eres única (Serie oficina)
212- Lo que sea por hacerte feliz (Serie Australia)
213- Siempre estás en mi corazón (Serie Texas)
214- Lo siento, preciosa 2 (Serie época)
215- La intensidad de lo que siento por ti
216- Lucha por lo que amas (Serie Australia)
217- Ganaré tu corazón (Serie Vikingos)
218- Mi otra cara de la moneda
219- Ni tú conmigo, ni yo sin ti
220- No necesito más, si te tengo a ti (Serie Oficina)
221- Me enfrentaré a todo por tu amor (Serie época)

222- Algo único (Serie Australia)
223- Volver a enamorarte
224- Empezar de nuevo (Serie oficina)
225- Nunca seré tuya (Serie Vikingos)
226- Sería imposible olvidarte (Serie Vecinos)
227- Juramento de amor 2 (Serie época)
228- Siento tu corazón
229- ¿Has pensado en mí?
230- La oportunidad de enamorarle
231- No dañes mi corazón (Serie Escocia)
232- Te siento mío (Serie Texas)
233- El uno para el otro
234- Mi sueño eres tú
235- Déjame amarte, preciosa (Lo siento, preciosa 3)
236- Intentaré amarte (Serie oficina)
237- Haré lo que sea por ti
238- Volveré a ti (Serie Texas)
239- Salvará su corazón (Serie Escocia)
240- Tenemos toda una vida (Serie Montana)

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. Gold and Diamonds 4
5. No cambiaría nunca
6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Juramento de amor 2
12. Una moneda por tu corazón
13. Lady Corianne
14. No quiero amarte
15. Lady Elyse

También puedes seguirla en las redes sociales y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.